LITERATURA CHILENA

creación y crítica



SUMARIO

Vol. 8 *** No. 4 Año 8 *** No. 30 LITERATURA CHILENA, creación y crítica OCTUBRE / DICIEMBRE de 1984 Editorial Un paralelo necesario Diálogos con Alberto Romero Carlos Droguett 17 Cuatro poemas Francisco Viñuela Eddy Rafael Perez Rios Bravos / Con la plenitud de la noche Ramón Riquelme Tres poemas Alberto Pipino 2 Reencuentros / Contra la pared Jorge Campero 3 Aborto Raúl Barrientos 13 Tango con facha de fumando espero... Raúl Inostroza 13 Elegia Sebastián Nómez 13 Rocas / Nubes / El futuro Pedro Meléndez 13 Conciencias Sergio Badilla 13 Poema Insectal Antonio Montero Abt 14 Tenía la necesidad Guillermo Trejo 15 Pila, rasca, rasca Fernando Jerez 16 La canción de los pollitos Gonzalo Santelices 18 Cuatro poemas Bruno Montané 19 Homenaje a todas las fechas / Peligro a toda máquina Roberto Bolaño 19 Los niños rojos Sergio Macias 20 Seis poemas Sergio José González 20 Crónica del afuerino / Tras-tierra / Flora chilensis Santiago Alcalá 21 Minero del carbón / Nostalgia Radomiro Spotorno Oyarzún 21 Con grietas / La Iluvia / Santiago Jorge Diaz 22 Pedro Rojas Eduardo Carrasco 26 Conversaciones con Matta Darío A. Cortés 30 Bibliografía de Manuel Rojas (Cuentos) Naĭn Nómez 32 La aparición de Humberto Díaz Casanueva Andrés Sabella 32 Los 'enganchados' en la era del salitre de Pedro Bravo-Elizondo Marjorie Agosin 33 Lumpérica de Diamela Eltit Pedro Bravo-Elizondo 33 Anti-United States Sentiment.... de Víctor M. Valenzuela Joige Etcheverry 34 Seudónimos de la muerte de Gonzalo Millán 35 Libros recibidos

Las ilustraciones del presente número son reproducciones de Goya

Santiago Arcos / Alejandro Venegas

Vivían tranquilamente.... / Pero creemos que Chile......

LITERATURA CHILENA, creación y crítica P.O. Box 3013 Hollywood, California 90078 USA.

DIRECCION COLEGIADA

† Guillermo Araya Armando Cassígoli ◆ David Valjalo

CONSEJO EDITORIAL

LITERATURA

Jaime Concha / Juan Armando Epple Luis Eyzaguirre / Juan Loveluck Naín Nomez / Miguel Rojas Mix Grinor Rojo / Víctor M. Valenzuela

> PLASTICA René Castro / Mario Toral

> > CINE Patricio Guzmán

MUSICA Patricio Manns

> TEATRO Jorge Díaz

COMITE DE SOLIDARIDAD Claudio Arrau, Presidente

Fernando Alegría / Nemesio Antúnez Carlos Droguett / Juan Pablo Izquierdo Miguel Littin / Juan Orrego Salas Roberto Matta

David Valjalo, Editor Ana María Velasco, Asistente del Editor

Editado por Ediciones de la Frontera Los Angeles, California

Copyright, Literatura Chilena, creación y crítica International Standard Serial Number (ISSN) 0730-0220

Publicación Trimestral

Enero / Marzo (Invierno) Abril / Junio (Primavera) Julio / Septiembre (Verano) Octubre / Diciembre (Otoño)

Vol. 8 / No. 4

••••• Año 8 / No. 30

UN PARALELO NECESARIO

Un solo ejemplo tenemos en nuestro pasado inmediato basado también en el poder de la fuerza, amparado en el mando de tropas y poder de fuego. Sin embargo, el paralelo es completamente opuesto. El hombre fuerte anterior obedeció a una tendencia que se manifestaba primordialmente en la inquietud social y en la incapacidad de los mandatarios de turno. Aún antes de asumir el mando supremo ejerció el poder basado en la fuerza bruta. Bastan dos ejemplos. Desde su cargo del entonces llamado Ministerio de Guerra, hizo detener y deportar arbitrariamente la noche de su renuncia al Ministro del Interior, o sea, a su jefe que sólo horas antes dirigia el Gabinete Ministerial. Segundo, hizo detener y desterrar al Presidente de la Corte Suprema que, por coincidencia, era hermano nada menos que del propio Presidente de la República. En otras palabras, antes de asumir la primera magistratura, ya había demostrado su poder basado en la arbitrariedad.

En el caso actual, hasta los conspiradores iniciales (que ya han sido desplazados en sus aspiraciones) fueron sorprendidos al comprobar que el anónimo militar disciplinado y constitucionalista, se apropiaba de un golpe de estado del cual se suponía que él era solamente un modesto instrumento.

Volvamos al caso anterior. Su poder no sólo fue el de la fuerza, ya que logró someter a todos los partidos políticos tradicionales a su órbita, quebrándolos por un lado y por otro, contando con su colaboración. Basta recordar que uno de sus Ministros del Interior que se caracterizó por su acción represiva, luego llegó a la Presidencia por la vía electoral. También logró por primera vez en la historia republicana someter a todos los partidos con representación parlamentaria a un acuerdo unánime, al realizar una farsa electoral legalmente. Esta consistió en designar la misma cantidad de candidatos como cargos a elegir. De esta manera (al coincidir el número de candidatos con las vacantes electorales) la ley determina que no es necesario, como es obvio, el acto electoral propiamente tal. Esto fue llamado Congreso Termal, ya que la reunión del caso se efectuó en unas termas.

En el caso actual, si bien algunos partidos participaron en la conspiración previa y luego solidarizaron y aplaudieron el golpe, como conglomerado no son responsables del gobierno, pero sí de su gestación. Si algunos de sus hombres participaron o siguen participando del poder desde algunos cargos claves, éstos, por el despótico proceder del régimen y por la mentalidad política del mismo, son los únicos civiles responsables de la más deleznable de las complicidades. Su razón de ser en las concomitancias con el régimen no obedece a otra cosa que al aprovechamiento de la oportunidad para lograr usufructo pecuniario y personal. Las cifras oficiales demuestran las especulaciones y las estafas económicas y financieras de que son víctimas la ciudadanía y el país. Basta con citar la cuantiosa deuda externa privada de la cual se ha hecho responsable el Estado por un lado, y por otro, la también cuantiosa cantidad de moneda dura depositada por particulares en los bancos extranjeros.

La culpabilidad por los crimenes del régimen corresponde tanto a los que visten uniforme como a los cinicos civiles que forman parte de él, con el único objeto de participar en provecho personal en el saqueo del païs.

DIALOGOS CON ALBERTO ROMERO

□ CARLOS DROGUETT

Tal vez nadie, ni mis hijos, ni mi mujer, menos mis mejores amigos, lo han sabido: un solo escritor, uno solo, no un escritor historiado y digerido, no un lejano y envidiado escritor de papel, sino uno de carne y respiración, se encuentra en mi prehistoria literaria. Era la década del 30. Claro, había habido en mi niñez salgariana, en mi adolescencia verniana, en mi violenta juventud solitaria y nihilista, otras voces, otros clamores inolvidables, otras llamadas rumorosas de la selva. Sucesivamente se habían planteado en mis interminables días de muchacho primero débil, después alfeñique y enfermizo, finalmente hospitalizado, otros nombres lejanos y cercanos, profundos y superficiales, solares o desesperados; Sandokan y su padre creador suicidado, el capitán Hatteras y su viaje obsesivo al polo en busca de su locura, vía la luna, cavando y escarbando sus sueños y sus delirios a través de la profunda tierra, y después, no mucho después, los inconsolables e insaciables protagonistas nórdicos, los muchachos hirsutos, esos harapientos de cuerpo y alma que deambulan la estepa rusa, Ana Karenina, cargada de lágrimas y de sangre, la Máslova, cargada de lágrimas y de grillos carcelarios, Raskolnikof esgrimiendo su lúcida y orgullosa miseria para apuñalar con ella, nada más que con su aterida y gastada miseria, a la vieja usurera e inaugurar, aunque aun no se notara, la revuelta sangrienta de los de abajo; las creaturas desoladas y civilizadas de Selma Lagerlof, las heroínas medievales, llenas de vida y muerte, insatisfechas de todo y de nada, de Sigfrid Undset, los trágicos y obsesionados locos de Ibsen, el boticario, el fastuoso de inmensidad Peer Gynt, o Hedda, la suicida por intuición o y elección, quien, mientras ilumina sus tinieblas últimas con la llamarada de un disparo, escucha, la voz burguesa, sensata y estomacal, iOh, eso no se hace! También, una y otra vez, Jack London y Edgar Allan Poe, persistentemente me habian vacunado y dejado más solo y descentrado con su compañía en los sucesivos cambios de piel -aquí donde comienza y termina por ahora nuestra isla-, que habían sido el viaje alucinado desde la neblina de la ciudad norteña, con mi madre empaquetada en sus chalones, hasta las humaredas ruidosas de Santiago con mi madre moribunda, el-nuevo matrimonio de mi padre con una desconocida tan conocida y las inexplicables emigraciones de mi hermano Roberto a un internado en La Serena, de mis hermanas mayores a un internado de monjas de la avenida Independencia, de mi hermano Jorge, rubio, pálido, estilizado, transparente, hasta el internado transitorio del cementerio general. ¿Este silencio, este cuarto vacío, era la soledad?

Lo dudaba, lo balbuceaba, se lo preguntaba al techo mirándolo, a la pared apoyándome en ella, se lo preguntaba a ella misma, pero la soledad se quedaba callada como un mueble, obstinada y despatarrada como un mueble ya pasado. Me parece, tengo la impresión de ese recuerdo, la soledad, la soledad, hacia 1927 o 28, no era un sentimiento, ni un vacio ni una ausencia, sino una enumeración tangible de cosas visibles usadas o por usar, mesas, sillas, cacerolas, platos, tazas, vasijas, zapatos que parecian ausentes, sombreros que parecían muertos, maletas cerradas llenas de polvo y, de vez en cuando, otro ruido más visible y desapacible, un delantal blanco con un médico dentro, unos lentes con un doctor inmóvil detrás, como un delincuente que te hurga la muerte como un piojo, un estetoscopio, unas jeringas, una lavativa de color enfermizo, un olor vago y servicial que me dibujaba en las gotas que goteaban el vidrio la figura delgada y enlutada de mi madre, ese vaho urgente y emergente eran sus brazos descarnados, sus trenzas huyendo para alcanzarla, esas gotas de ácido fénico, de alcohol, de alcanfor, eran sus ojos húmedos, sus manos heladas, su mirada detenida y vaciada de sí misma para que escucháramos el silencio que empezaba a ser ella. Pero esos sueños y esos ensueños ceran imaginarios o lo habían sido? Yo no tenía a nadie a quien conversarle, a quien preguntarle una duda o una certeza, sólo papeles, los ingenuos papeles reiterados de Calleja o los papeles de tamaño más crecido y más vivido de Julio Verne el fabuloso y su luna sin nadie y su capitán Nemo en el fondo de su navío o su Phileas Fogg en el fondo de su niebla londinense, los dos solitarios y distantes en el centro de la tierra amiga y enemiga que ardía al fondo de la memoria. Esas figuras y esas llamaradas que las devoraban y formaban la intriga, el misterio, el terror, no me iluminaban sino someramente, sólo me mostraban lo pequeño que era y lo solo que estaba. ¿Cómo podía un niño tan inconcluso contener sueños tan grandes y por ahora tan posibles? Todo niño es ciego, porque para mirar hay que atreverse, porque nunca se sabe la trampa o el camino, nunca se supo nada de estas ecuaciones hasta que las letras, las ingenuas primeras letras, las inocentes, inútiles y frágiles monstruosas letras de cordel o de alambre, le abrieron la puerta. Sí, todos esos seres dudosos escapados conmigo de los libros, felices, huraños, tristes, desahuciados, riendo, llorando demasiado, malvados como un hacha, ajustadamente malvados y puntuales, postergados o repentinos, nacidos antes de tiempo o asesinados antes de haber vivido, me señalaban un foso o un camino, eran una flecha que te patrocinaba o una mano que te detenía. Después, mucho después, sabría, por lo menos sospecharía, que todos los caminos son fosos o conducen a ellos. Pero conocía los libros y el secreto de fugarme por ellos hacia la vida, hacia las calles, bocacalles y encrucijadas que constituían la vida o la andaban buscando o imaginando o lo que, por aquel entonces, ya enterado y desorientado, yo creía que esa arquitectura simplemente exterior era la vida.

En 1933, exactamente hacia la Navidad, publiqué mi primer cuento en una revista política de moda y a causa de ese entusiasmo primaveral entreverado, por razones de esa primera y cuidada

fatal y decisivo, pero las dudas, las decisiones, indecisiones y preguntas de respuesta postergada se iban amontonando debajo de una cantidad de cuentos que escribí aquel verano, mientras me repetía para no olvidarme de nada o para olvidarme de todo, menos de eso, que estaba escribiendo. Esos cuentos jamás fueron publicados todos, menos en diarios y revistas, mucho menos en el único libro de narraciones que formé yo mismo para una editorial bonaerense. Mientras continuaba recordando mis estudios universitarios, una mañana como abogado y acostándome esa noche como escritor, trataba de conocer un poco la vida, no a través del lente deformante de la literatura sino con mis propios ojos, conocer la vida, por lo menos alguna de la poca gente que pasaba viva por la vereda o entraba viva por la puerta. Desconfiado, era un desconfiado irresoluto. Y si después de todo, ni siquiera eso, ¿la vida tampoco existía? Pero inesperadamente, su fatal secretaria, vino un día a llamar a mi puerta. Sí. Era 1936 y al otro lado del globo acababa de estallar la guerra civil española. Ese invierno de Chile, ese verano humeando en España, sobre los escombros ardiendo, sobre los cadáveres que se afiebraban, me hice cargo, como un testigo inesperado y prescindible, del asesinato de García Lorca y del asesinato de Héctor Barreto. A ambos los había conocido a través de los libros y por causa de ellos en ese presidio artesanal que es la corrección de pruebas de una imprenta. iPodíamos estar corrigiendo las pruebas del Romancero Gitano en vez de estas páginas inexistentes del improbable Souviron!, se quejaba una noche de sábado Barreto, bostezando de sopor y sueño, de sueño inyectado por ese escritor emigrado de su patria y de la literatura, porque no quería pelear como un hombre el lindo, porque no quería morir en la guerra fascista el hermoso y odioso Jose María, quien, con toda mala intención, tenía, además, nombre de analgésico. Era verdad, pero no lo era del todo, porque García Lorca lo habría hecho bostezar también a Barreto a esa hora, faltaban veinte minutos para medianoche y por la claraboya del altillo en que trabajábamos el cielo nos mostraba un trozo de azul prohibido y estrellado. Sí, es cierto, Carlos, pero el trágico poeta granadino me habría hecho bostezar de impaciencia, de furia ensoñada y de celos desbocados cabalgando a la coqueta casada infiel... Esa misma madrugada, o la madrugada siguiente, lo asesinaron en la avenida Matta, a una cuadra de San Diego los nazis criollos. Los nazis caricaturescos y canallescos, unos chicos adolescentes torcidos por la vida, unos obreros cesantes torcidos por la mala vida, que dos años después, serían a su vez asesinados por los perros de presa de Arturo Alessandri, como lo he contado reiteradamente en dos novelas, aunque sólo yo lo sepa en estos momentos. 1938 me entregó, pues, sin saberlo yo ni solicitarlo, otra carga de muertos para que trabajara con ellos o para que, mirando y palpando esa barbarie, ingresara a través de ella a la vida, a la verdadera vida del animal civilizado o civilizable, pues ya había leido eso tan certero y tan faial, que se entra en literatura como se entra en religión. Es decir, para no salir jamás, es decir para perderse o salvarse. Si, podria ser, tenia que ser una condena a vida para desesperarse o afirmarse, el ser se entrega a la literatura, o debe entregarse, suicidándose hacia la vida, pues sólo el arte es tu tabla de salvación y maldición, él o ella sólo conservará tu huella si eres verdadero, si existes de verdad y no sólo de apariencia en tu carnet de identidad variable. 1938 fue, personalmente para mí sólo un año de gracia y de desgracia. He hablado de los escritores radiosos, soñados y desconocidos que empapelaron y mosconearon mi primera juventud. (Esa es la riqueza o la avaricia desencantada de la vida, que te da una sola

juventud de pobre materia para que te hagas pedazos golpeándote

alergia literaria, un mediodía caluroso fui rajado en mi examen de

preparar el próximo lunes, tal vez a mediados de febrero, el examen

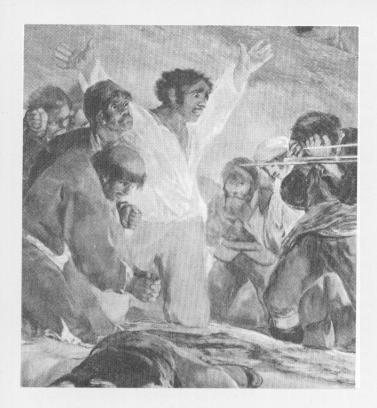
Derecho Romano. ¿Abogado o escritor?, me preguntaba para

desconsolarme o embriagarme, mientras decidía empezar a

en ella o te da unas cuantas presuntuosas y presurosas juventudes sucesivas que irás deformando y te irán formando y deformando por los caminos notorios o reservados de la tierra, de tu tierra, no la de otros. Los locos burocráticos, inolvidables y contagiosos de Poe, Maupassant y Chejov me habían otorgado oportunamente su cuota de desquiciamiento para que me buscara en las tinieblas de mí mismo y en la soledad, esa enfermedad social. En 1938 me ocurrieron, pues, dos desgracias irreparables y destinadas: la matanza del Seguro Obrero y la amistad de Alberto Romero. Sin la primera no habría conocido al segundo. Por lo

demás, hacia esos años tan lejanos y tan cercanos -tan lejanos en el tiempo, tan cercanos en la piel-, yo tenía ya una cantidad provisoria de sospecha de que la vida y la literatura no eran dos cosas distintas sino la misma salud y enfermedad, la misma circunstancia predestinada e intercambiable, como la luna y la luz de la luna, como el sueño y la persona que está soñando. Ese descubrimiento fue mi aprendizaje, ese aprendizaje fue mi mediana salvación, pero faltaba la reglamentaria confirmación, como en el dogma, y me era preciso el sacerdote que la oficiara. Porque hay muertes que dan la vida, la vida que no alcanzaron a usar ni gastar los infelices que se fueron impagos por el destino y yo, para ser tan solo, tan joven y tan pobre, había economizado en mis bolsillos sin dinero muchas muertes para no extraer de ellas unas gotas suficientes de vertiginosa ansiedad. He dicho que Alberto Romero fue mi maestro, mi primero y único maestro y voy a decir, o tratar de decir, cómo. Fue, además, con toda seguridad, el increíble y portentoso caso de un maestro que desde un principio no conversó conmigo desnivelado y que, sin embargo, o por eso mismo, me dijo más experiencia y trascendencia. Por eso lo recuerdo, por eso no puedo dejar de recordarlo y exponerlo como una tesis, una teoría, una retórica y una forma de enfermarse sin apuro y profundamente. También como un consuelo y una lotería para los solitarios de mi patria cargados de trabajos, de

insomnios y de lágrimas. Los estudiantes muertos en la matanza del Seguro Obrero no eran unos desconocidos para mí. Uno de los hermanos Thenet, el menor, era mi compañero en el primer año de leyes de la Universidad de Chile. También César Parada, el suficiente, el insolente, el seguro de si y de su destino. También Humberto Yuric, el rubio y pobre Yuric, el primer asesinado. Conmovido la noche siguiente a la matanza en la corrección de pruebas de la calle Agustinas no me cansaba de mirar esas fotos, las primeras, las primeras tomadas en la morgue o en el largo edificio tubular frontero al palacio de La Moneda, que había sido el sitio del sangriento episodio. Tenía miedo, con toda seguridad que tenía miedo, pero era un miedo especial, como si esos muertos, como si todos esos muertos, conocidos y desconocidos, sembrados en los escalones blancos que aun goteaban, o abarrotados como mercadería de embarque en las bodegas de la morgue, me estuvieran diciendo algo con su silencio empecinado y activo. Porque a veces se necesita mucho coraje para tener un ataque de miedo. (Años después, Francisco Coloane me contaba que al concurrir aquella mañana del imborrable setiembre a los funerales de Pablo Neruda, rodeado el poco público de carabineros, de aviadores, de marineros, de milicos, olvidados rabiosamente de que eran pueblo y que tenían ahora al alcance de la mano la venganza de la maldición de serlo, la seguridad y la invulnerabilidad de que podían asesinar a cualquiera y a todos, porque el crimen, el crimen desatado y generalizado se había instalado en La Moneda fusilada e incendiada iluminando con saña el cadáver de Salvador Allende, me contaba Pancho que cuando se disponían los sepultureros a descender el ataúd a la tierra que tanto había caminado y cantado el poeta, sintió un largo escalofrío, tuvo miedo, un miedo pánico, -del dios Pan-, de morir, de morir policialmente en el cementerio, que apretó el brazo de su acompañante y que de repente saltó sobre su miedo y empezó a hablar, sin importarle ya nada, como si hubiera, sin darse cuenta, salvado la raya de la carne que vive y no quiere morir y fuera caminando al lado del inmenso poeta asesinado por el doble cáncer, uno visceral, el otro marcial. No me importó nada, Carlos, no me acordé de nada ni de nadie, sabía que alguien estaba elogiando al gran poeta y creía distinguir y recordar el timbre de



Era, agregaba sonriendo, como si el contacto tan evidente y probable de la muerte tuviera algo de vicioso y embriagador y cuando estás borracho bien borracho nada te importa un pucho, sensación tan repentina y repetida en su vida bohemia, de la cual yo habia sido, ciertas noches, testigo presencial y actuarial). Si, en mi caso y ocasión debió ocurrirme algo parecido. Una noche de poco trabajo en el altillo de la corrección de pruebas, me arrinconé bajo una luz y escribí, como si se tratara de una carta. la versión que publicaria, exactamente un año después, el diario La Hora, al que concurría por las noches, hacia la una de la madrugada, a entregarle a Juan de Luigi, mi artículo semanal. Cuando tiempo después se publicó el libro, del cual no se vendió, que yo sepa, ni un solo ejemplar, le envié ejemplares a varios escritores o a alguna gente que yo creía escritores. No tenía mucha esperanza de respuesta, no, no esperaba nada, ni agradecimiento ni carta. Pero había en mí cierto presentimiento de que, por lo menos, uno, uno a quien admiraba mucho, no dejaria sin respuesta un libro que había escrito verdaderamente emocionado, lo que me ha ocurrido sólo una vez después, al transcribir Patas de perro. Hacía años que yo había leído a Alberto Romero, tal vez antes de leer a Baldomero Lillo, que hizo pedazos mi visión inmovilizada de la vida, pero Alberto Romero la había estado ya resquebrajando. En ambos había un mundo desolado, castigado, implacable para el débil, el pobre, el solo, el enfermo. Si, no eran alegres, no producian sueño sino insomnio, no dejaban tranquilo ni apacible sino odioso, furioso, se sobreentendía, al recorrer sus páginas, al releer sus pasajes más conmovedores, que lo que contaban no lo habían inventado sino mirado, eran distintos pero eran iguales, una misma atmósfera de inmovilidad, de maldad establecida rodeaba a sus creaturas, impidiéndoles vivir en paz, morir en paz, en la ciudad como en la mina, sumidos en las tinieblas de la tierra o del conventillo sus héroes, sus desventurados héroes estaban siempre señalados, marcados por el siniestro destino, más que esos seres solos en su enfermedad o en su singular anécdota, no parecian ellos los protagonistas sino el ambiente mismo y los dueños de las riquezas de las entrañas de la tierra o de los arrabales de la ciudad, la maldad sin causa, sin otra causa que ella misma, la frialdad en las acciones, especialmente en la falta de acciones, la injusticia certera no castigada, estaban susurrándole al lector y a sus lágrimas que aquello también podría extenderse como una plaga y una peste y alcanzarlo a él mismo en su tranquilo bienestar, no, no podían ser esos escritores unos mentirosos, unos

solazados, unos frívolos, sólo estaban describiendo la vida, no como a menudo los ciegos llenos de ojos la veían sino como en realidad para ellos solos, existía, como su totalidad, su recuerdo, su alma, su coraje la veian desnudándola. Es decir, como en realidad, fatalmente, existía. Por eso, yo, que recién comulgaba con el misterio absoluto de la creación literaria tenía fe, esperanza y caridad en que quien había escrito paginas para mí tan preciosas y necesarias no podía dejar sin respuesta el envío de mi primer y pequeño libro. Por lo demás, su novela, su pequeñita novela que comenta la figura de la niña Toya, que yo había rescatado en la libreria de viejo del cholo Araya, segunda cuadra de la calle San Diego, me había presionado, más que impresionado, por la novedad, por la distinción -cualidad de ser distinto-, que adivinaba en ella, comparándola con la escueta vida, con la ordenada y elaborada vida que transcurría a mi lado en casa de mi madrastra, en la calle Lira recorrida diariamente, en la mañana, al mediodía, al atardecer, para concurrir a las clases de los padres agustinos, en la biblioteca nacional, en el parque forestal, en la calle Diez de Julio, tan procaz, tan veraz, tan triste, tan alegre, que solía recorrer, con el corazón sobresaltado, algunas noches, en la elegante figura de mi padre, que me descubría sorprendido, aunque sin señalar su sorpresa, sentado en las baldosas de la entrada alguna noche de otoño, esperándolo, sin saber él que lo esperaba, pues jamás se lo dije, no me atrevia a decirselo, él me pasaba los diarios, que yo aceptaba agradecido, se quitaba el calañés, lo colgaba en el paragüero, se peinaba con la mano los peinados cabellos, mirándome a través del espejo, mirándome desde muy arriba, ¿tú, cuántos años tienes? Gentil y desaprensiva pregunta de un desconocido a otro desconocido. un desconocido que me producía angustia y atracción, como tierra anhelada, soñada, jamás alcanzada, prohibida para siempre. Mi padre trabajaba en el telégrafo del estado, en plena Plaza de Armas, tenía en él un cargo importante. Como sabía que me gustaba mucho leer, me habia regalado, alguna Navidad deslumbrada, las obras completas de Julio Verne, en dos volúmenes enormes, hermosamente empastados e ilustrados, más algún Swift, un De Foe, y alguna Odisea, que con sólo hojear me daba sueño. ¿Sabes?, me dijo un dia que estaba contento, tal vez enamorado, otra vez enamorado, pensaba con recelo, pensamiento y recelo que, en realidad, no me correspondían, que me habían sido transferidos. Hay en el telégrafo unos escritores que trabajan conmigo. ¿Quiénes, papá? Januario Espinoza, Luis Durand. Creo que agregó también a Díaz Meza, pero no recuerdo si trabajaba en el telégrafo o en el correo, o había trabajado. ¿No los conoces? No, papá, no los conocía, a la biblioteca voy a leer a Alejandro Dumas, a Paul Feval, a Pio Baroja. No pierdes mucho, contestó con rápida alegría, más alegría que sorna y, andando los años, comprendí que en esa observación había, entreverada en ella, una pequeña lumbrarada de cariño por su hijo más que de desprecio por sus compañeros escritores. Sí, parecía que, hacia las décadas del 20 y el 30, el Telégrafo del Estado no hacía otra labor de más permanencia que despachar hacia el futuro o el olvido, si no recados urgentes de escritores, a los escritores mismos. Una tarde mi padre me llevó a su oficina antes de que, de regreso, entráramos al portal a comprar en la famosa pastelería Palet las tradicionales pastillas de café con leche. Ya en su escritorio, me agarró en brazos para exhibirme, pues yo, tan corto de cuerpo como de genio, iba disfrazado impunemente de marinero, con gorra estrellada la cabezota de turno y pito con cordón trenzado el pequeño bolsillo lustral. Mira, ahí está Januario, disparando puntos y rayas temblorosos con la maquinita. El decía que Januario no hacía más trabajo que pololear con el alfabeto morse intermitente a una agraciada campesina telegrafista de Rancagua, hecha especialmente para él la desgraciada. A veces, mi padre y mi tía Concepción, su hermana menor, que había trabajado también en el telégrafo, conversaban de la misma manera morse, improvisando los tenedores y cuchillos para sus conversaciones puntuadas y privadas. Cuando ese alfabeto culinario empezaba a tintinear burocráticamente en el mantel de damasco, era la señal para que los hijos se mandaran mudar. Nos levántabamos desganados y nos ibamos, nos teníamos que ir lejos, no al patio, al gran patio de palmera que deslindaba con el enorme ventanal del comedor,

sino al huerto que corría allá abajo, a un nivel más profundo que el de la gran casa de diez habitaciones. Después, a la hora de once, listas para estallar, mis hermanas rodeaban con alguna ansia a mi tía, ¿se puede saber, tía, de qué hablaban en secreto con mi papá en el comedor? Sólo de lo que puede hablar un hombre joven y viudo con su hermana joven y soltera, contestaba dignamente ella, soltándose el moño para peinarlo. ¡Si se casa me mato!, rugía roja de rabia Mercedes, mi hermana mayor. Si se casa la mato a la María y me mato yo, agregaba con tranquila frialdad mi hermana Elena y vo sabía que esa frialdad era capaz de hacerlo. Mi tía se sonreia y cogia su espejo y su peineta de concheperla, cogia su largo pelo y lo acercaba al sol, mirándolo, tornándose pensativa. iDebiera darle vergüenza hacerlo con su cuñada!, rezongaba Mercedes, lloriqueando y mirando con odio a mi tía, como si ella fuera al mismo tiempo nuestro padre y su cuñada. iY mi mamá murió no hace todavía un año y él es un viejo de cuarenta!, se arañaba y se sonaba Elena. De cuarenta y dos, niña, corregia mi tía para hacerse un poquito más joven y unas señoritas de 14 y 13 no debieran decir esas barbaridades, ¿qué pensaría sor Gertrudis si las oyera? Bah, interrumpia, alborotado de experiencia y risa Roberto, sentado sobre las piernas cruzadas en el suelo, como un pequeño mago de las mil y una noches, seguro de su mensaje perverso como un testigo profesional y ocular, isi sor Gertrudis duerme con cristo crucificado entre sus tetas! y huía antes de que el florero azul que le lanzaban se reventara en el suelo y no en su cabeza. Mi hermano Roberto era muy alegre, era bromista y exterior, tenía la ocurrencia fácil y la mueca y la palabra instintivas. Habría llegado a ser un excelente actor si, cargado de trabajos y de hijos, la tuberculosis no se lo lleva antes de cumplir sus cuarenta años.

Sĩ, mi iniciación literaria, enlutada y sensualizada, transcurrió sola, tan sola como el niño que había sido yo y el estudiante universitario y periodista nocturno que sería hacia el año 30. Pero no tan solo ni olvidado. Porque un mediodía, de regreso de la universidad, me esperaba en mi cuarto, con claraboya también mi cuarto, junto a la acostumbrada carta de mi novia porteña, otra carta, esta de Alberto Romero. Pocas veces en mi vida he estado tan maravillado, tan incrédulo y tan nervioso. Tal vez la segunda experiencia fue cuando, años después, recibi de París una carta de un escritor que había leído algunos de mis cuentos publicados en el diario La hora y en la que me decía una cantidad increible de vaticinios. Pero la carta de Romero era muy distinta, más manuable y más terrestre, además yo la esperaba, la había estado llamando. Porque era un escritor de veras existente y alcanzable, que vivía aquí, en América, en Chile, en Santiago, quizás cerca de nuestro barrio. Yo le había enviado el libro a su casa, pero ignoraba dónde estaba esa calle. El me decía escuetamente que lo fuera a ver a su oficina, que quería conversar conmigo, que me esperaría. ¿Te das cuenta, Carlos?, quiere conversar contigo, te está esperando!

Romero era, por entonces, cajero de la Caja de Crédito Hipotecario, aristocrático edificio que se alzaba en la esquina de Huérfanos y Morandé, lleno de mármoles, de pasillos suntuosos, de recovecos vetustos a media luz aquella tarde de verano. Me recordaba la mansión del crimen de Crimen y Castigo y también los pasadizos y dormitorios, tan sosegados y anegados por el silencio, en espera del fastuoso baile, del cementerio católico. Fui muy puntual en mi cita y recuerdo que estaba tratando de sentarme en un orgulloso sillón de terciopelo, de alto respaldo, como un reclinatorio, cuando, allá lejos, desde detrás de una vidriada ventanilla, al otro lado del sombrio e iluminado hall, me hacian señas unas manos y unas gafas. Enrojecí y me puse de pie, empecé a pasearme, tratando de no transpirar, hasta que sentí unos pasos suaves, una voz ronca y suave, un gran sombrero alón que abanicaba una cara blanca, llena de pecas, de cansancio, sin pizca de literatura. Qué bueno que haya venido, Carlos, me dijo sencillamente el escritor. No me trataba de colega y se lo agradecía, eso me habría sonado a burla, a falsedad, como si esa cercanía postiza me estuviera alejando, clasificando para ridiculizarme. Colega es cualquiera, hasta el más infeliz, hasta Januario Espinoza, hasta Luis Durand, hasta el negro Díaz Meza, se sonreía donoso mi padre, atuzándose el bigote castaño. En cambio, Carlos no había

nada más que uno en el mundo y era yo. Me invitó a que fuéramos a tomar once al café Astoria, calle Ahumada, aquí mismo, muy cerca. Esto, si no tiene otro compromiso, agregó, la juventud tiene siempre otros compromisos, le faltan horas a sus días, sobre todo a sus noches. Qué fino era, que agradecido le estaba. Además, me repetía a mí mismo -sólo mucho después se lo conté-, él fue el único escritor que se dio por enterado del recibo de mi libro. El resto de la edición, cuando algún domingo cogia el primer expreso a Valparaiso para ir a pololear a mi futura esposa, iba disparando ejemplares por la ventana, entre las rocas, entre los yuyos y, al hacerlo, me sentía angustiado y divertido, como si estuviera suicidando y salvando, viajando y echando raices. Me gustó su libro, dijo él, haciendo a un lado el azucarero, apartando un florerito, y agregó en seguida, rápidamente, para impedirme decir algunas palabras idiotas, cuando se publica un primer libro, ya no se puede volver atrás, ya está caído uno en el profundo abismo, ya no sale, no puede salir. Ahi está su tumba o su pedestal. Carlos, ¿ha leído a Ibsen? No, no lo había leído lo que se llama leer, le confesé que hasta el momento no tenía mucho dinero para comprar libros, que estudiaba en la universidad, que trabajaba en una imprenta, que pensaba casarme. Mi padre tiene esos textos en su pequeño estante, en el gran salón, los he hojeado, no me he atrevido a leerlos sino a trozos, parece un escritor terrible, no quisiera sufrir mucho aun, le tengo, la pura verdad, miedo al sufrimiento. Se rió con simpatía y sin premura, como si esa risa cuidada y controlada fuera la única que debiera gastar en nuestra primera charla. Un escritor formidable, no te ilumina, te incendia, un gran realista del corazón, un inestable en un mundo inmóvil, un inconformista, un furioso. ¿Sabe usted? A Ibsen le erigieron por suscripción popular, ya famoso y más huraño, una estatua y él enloqueció de rabia, se negó a acudir al solemne acto en que sería inaugurada. Pasó el tiempo y una noche un amigo sorprendió al gran hombre junto a su estatua, limpiándola con su pañuelo, en realidad acariciándola. Pero ¿por qué una estatua? le pregunté, después de todo, quizás él tenía razón, seguramente consideraba que él mismo, su cuerpo, su ropa, su chambergo, sus lentes, sobre todo sus dramas, eran su propia estatua. Sí, dijo él, en general se inventan las estatuas para desprenderse de un tipo famoso, lo despachan primero al cementerio, después lo vacian en el hierro o en la piedra para que no pueda de ninguna manera escapar. ¿Pero por qué hablamos de Ibsen?, ¿por qué no hablamos, mejor, de nosotros dos que, con toda seguridad, no tendremos estatuas, aunque nos sobrarán pañuelos? ¿Sabe, Carlos?, su libro y su recado me cogieron de sorpresa, pues apenas nadie me escribe, apenas recibo algunos libros consagrados desde Buenos Aires. Tal vez no tengo bastante orgullo, tal vez no soy lo suficientemente bullicioso, tal vez, lo más probable, lo menos rescatable, no tengo talento. Le contesté que, por ejemplo, Toya y su milagro, me había gustado especialmente por su sencillez, escribir una historia como si no se escribiera, ino es harto dificil, no se nace con esa dificilidad tan fácil y notoria?, el pequeño librito lo había leído hacía años, cuando recién terminaba mis humanidades, pero la viuda, la viuda del conventillo, no sólo es suya, también es mía, también me ha hecho, si no llorar, conmoverme de piedad y de esperanza, no solo pensando en Isabel he estado noches y noches sin dormir, enfrentando la posibilidad o la imposibilidad de casarnos, sino también en la desventurada y valiente Eufrasia. Es verdad, murmuró, pareciera que está viva, que trata de vivir como todos los que absorben una cuota exagerada de sufrimientos, yo traté de ponerla en la novela tal como la conocí, apenas agregándole un pensamiento mío, un trozo de comentario. ¿Entonces existió la viuda?, pregunté admirado, como si, al mismo tiempo, me pareciera una ofensa, una falsía y una estafa meter en un libro un personaje no inventado y, al mismo tiempo, una advertencia, un consejo, una especie de yo pecador, de confesión mía sin haber pecado a sabiendas, sólo habiendo pecado venial porque había escrito sobre unos personajes que yo tampoco había inventado, que habían existido de verdad, pero no los había visto vivir, no los había visto morir. El, él, en cambio, era mucho más importante. Había escrito, por lo menos, sobre un ser humano que había conocido de mirarle, de hablarle.

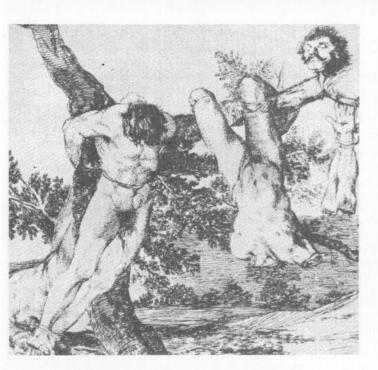
No me contestó la pregunta, tampoco me miró, parecía distraído, pensativo, estaba solo. Al rato regresó su pensamiento y dijo, sin mayor insistencia, con la sencillez que se hallaba en seguida al abrir uno de sus libros, lo que diría muchos años después, va jubilado de sus labores en la Caja Hipotecaria y también de la literatura, la enfermedad lo había paralizado en plena madurez. cuando le quedaba mucho camino recorrido que debía recuperar, muchos recuerdos que ordenar y revivificar. Recuerdo que en un encuentro de escritores organizado por la Universidad de Chile en Playa Ancha, en la década del 50, si no me equivoco, explicó como un estímulo y una experiencia que recoger y aprovechar, aquello mismo de aquella tarde lejana de mi juventud. Que los escritores de esta época, esta época nueva y vertiginosa que lo encontraba archivado y viejo, eran mucho, muchisimo más afortunados que los escritores de su generación, la de finales de siglo, la de principios de siglo. No recuerdo sus palabras exactas pero si su pensamiento, si su intención. No, no teníamos nada ni nadie para guiarnos, sólo la literatura francesa más mercantilizada y divulgada, la literatura rusa mal traducida, mal digerida, mal imitada. No había maestros, guías, teóricos, cursos de lenguaje, conferencias de eminencias europeas, concursos, becas, premios, no había diarios, páginas dominicales, revistas literarias o simplemente artisticas. Sin Maupassant, sin Zola, sin Flaubert, tal vez hubiera habido menos, ni adulterios literarios, ni asesinatos de gran mundo, ni la casa grande, ni el roto, estábamos solos, solos con nuestro pobre o monstruoso talento sin encontrar donde hallarle empleo y renta. Eramos unos muertos de hambre, en el sentido absoluto o en el sentido más restringido y espiritual. ¡Y los consejos editoriales o periodísticos que nos entregaba la suerte! Recuerdo a Humberto Grez Silva, quien, de semana en semana publicaba alguna prosa fina, grácil, leve, a Federico Gana, algún soneto a Víctor Domingo Silva. Diez pesos la prosa. Diez pesos el soneto. ¿Y qué hacemos con este único papel sellado?, se quejaba con finura Federico, excusándose tímidamente con esas palabras de no poder invitarnos a todos y al mismo tiempo a comer y emborracharnos. O comíamos o nos curábamos. Hasta que un día Víctor Domingo llegó con espuelas a enfrentarse con el director de Zig-Zag, ipor la misma mierda, don Humberto, hasta cuándo me paga los sonetos a diez pesos la pieza!, Grez Silva dejó pasar un rato de silencio, se puso lentamente de pie, se acercó al poeta, le puso una mano en el hombro y lo consoló magestuosamente. iMire, Silva, cuando usted me traiga sonetos largos se los pagaré al doble! Todos, todos, hasta los más ilusos, hasta los más difusos, los con menos huesos y carne, los que podían volar unas cuadras sin derretirse, un D'Halmar, un Pedro Prado, han sido unos ciegos imitadores. No sólo ciegos, también sordos de nacimiento y de intento para no fijarse ni escuchar que había solo una maestra, un solo libro verdadero, la vida, un solo escritorio, la tierra. La tierra chilena y la vida chilena, Carlos. Yo la descubrí muy huaina, la descubrí sin quererlo porque mi padre, que era político, tenía su gran casa patricia que deslindaba por el fondo con la comisaría del barrio Santo Domingo. Los gritos, las puteadas, los insultos, los golpes, los gritos insultados, los gritos llorados, no me dejaban dormir. La triste y verdadera clientela de los pacos de la época, eran borrachos, rateros, prostitutas, los molían a golpes, se las tiraban gratis, todavía no ingresaba el asesinato en las órdenes del día, las botas no se llenaban todavía de sangre. Ahora es más fácil tener talento, dijo abrazándome fugazmente con generosidad. Se quedó callado durante mucho rato, yo hubiera dicho que por varios años, con los recuerdos estaría mirándose niño, adolescente, soñador e insomne, levantándose en la noche a pie pelado para correr hasta el fondo de la casa y detenerse en la muralla medianera eseuchar los gritos, los silbidos, las puteadas, los golpes, los sollozos. O esperaba quizás escuchar mi voz, mi voz podría decirle con más seguridad que mi pequeño libro quién era realmente yo, o pretendia ser o queria o no queria ser. ¿Que podría contestarle? La política para mi nunca había sido una cosa demasiado atractiva, según mis recuerdos. Hacía una cantidad de tiempo, siendo yo aun niño, mi padre había sido violentamente

Lo quedé mirando en espera de información, ¿dónde, cuándo?

sacado de su escritorio de jefe del distrito telegráfico de Santiago y arrojado a una celda de la sección de detenidos, por causa de un telegrama, un urgente y confidencial telegrama enviado por el presidente de la república en funciones a un intendente sureño para que apalearan los pacos, no bien hubiera bajado del tren, a un diputado de la oposición que era su enemigo jurado. El telegrama original había sido robado del escritorio y publicado textualmente al día siguiente en el Diario Ilustrado, que dirigía alguien muy astuto y águila, padre de quien sería, andando el tiempo, el desgraciado y feliz tiempo del exilio, uno de mis mejores amigos. La secretaría de la presidencia, contaba después mi padre, de regreso de la cárcel y residenciado para siempre en la cesantía llamada administrativamente jubilación, desmintió la existencia de tal mensaje, alegando falsía, cobardía y difamación, pero al día siguiente el diario publicó en facsimil la foto del telegrama, redactado y firmado con bien poca astucia por el maestro de políticos, apaleadores y asesinos, Arturo Alessandri. Eso era para mi la política, ¿o no debía serlo? Y el Seguro Obrero, la matanza del Seguro Obrero, ¿no era también la política? Alberto Romero no me contestó sino con una risa muy especial, personal y matizada, perfectamente ajustada y aureolada en su larga experiencia de cajero de un millonario banco de crédito agricola, donde sólo entraban los dueños de fundos, jamás los inquilinos pata rajá. Era una risa no para mi, evidentemente, tampoco para él, por lo demás una risa nada de hiriente y sin tema, sino al contrario, sutil y endiablada, insistente, dirigida y funcional, una risa segura y etérea que estaba cumpliendo su trabajo invisible creador de recuerdos, como el vuelo de una mariposa, no como sus alas, reflexionaba yo en mi soledad provisoria, que al volar improvisado, más que volar pareciera que va señalando y trasladando por los aires un pensamiento obsesivo, una ocurrencia discursiva que, al revolotear por los bancos de la plaza de armas, adormilados en la siesta detenida de las cuatro de la tarde o al deambular entre las hojas de los enormes plátanos orientales del parque forestal, pareciera ir en su vuelo ondulado invisible y misterioso tejiendo un tejido fino, el de la fiebre, el del sufrimiento coronando la fiebre, pues se ve la mariposa, su tornasolado grácil bailoteo en el aire y en las rondas, se la ve maravillado a ella pero no a su práctico vuelo, no el trabajo persuasivo y exacto de su vuelo apresurado y útil, eso, como si estuviera anotando para esta noche, para mañana, a la hora de la primera misa, las reflexiones tristes, ligeramente convulsivas, con el solo asidero de las lágrimas y del labio, de la pobre viuda que sólo un momento posó sus huesos en el banco de la plaza y del parque porque luego vinieron unas chicas modositas muy elegantes picoteando una menudeada conversación y entonces se levantó la pobre vieja viuda o soltera. nacida viuda o amanecida viuda cualquier madrugada, nacida harapienta, arrugada y menesterosa, como nacen todos los pobres de este mundo que estamos respirando, sí, era una risa que estaba anotando, atenta, concentrada y fugaz, simulando su fugacidad y su esquivez para ser más profesional y efectiva para anotar sin falta los pensamientos del viejo escritor y los silencios mios, sin temas, sin deseos, sin pensamientos, sin proyectos. Me puse de pie avergonzado de mis delirios pueriles, como si quisiera indicarle al escritor que ya no quería fastidiarlo más, que estaba muy agradecido, muy contento, hasta muy soñador de que hubiera tomado en cuenta mi pequeño libro. El me tomó del brazo y me obligó a sentarme y me controló con los lentes. Mire, Carlos, me es muy agradable y me será muy útil recordar después mi charla salpicada con usted, por varios motivos, el menos importante y para mí el más cercano, es que durante todo el día no hablo con nadie de la vida sino del fundo que sacarán a remate, del incendio fatal de la hacienda de Los Vilos, del accidente fatal del hijo mayor de un señor feudal magallánico, cosas que interesan en los labios al empleado bancario que debe estar exacto y atento como un sillón disponible, pero que no le valen de nada a un escritor, a un escritor de raza y no de rulo si quiere llegar a ser el testigo, el eco, el secretario de primera o segunda mano de su tiempo, en el día, en el largo día, soy hombre de números, sólo en la noche soy hombre de letras o trato de serlo, no frecuento a los colegas y, la verdad, no lo siento demasiado, ahora mismo me

codeo mas con políticos, porque su tema, la matanza del Seguro Obrero ha tenido, o va a tener, una consecuencia insospechada y vital. Es posible y fatal que, por fin en este país, desde los lejanos e increibles años de Balmaceda, del gran Balmaceda, esa novela cíclica que fue el presidente asesinado y que nadie, ningún escritor de mi generación, menos de la anterior, ha tomado como lo que es, una expresión profunda de nuestra tierra, de los anhelos, las frustraciones, las desesperanzas de nuestro pueblo, sí, ahora, ahora mismo, dijo bajando la voz, hablando misteriosamente, como un conspirador, es posible que esos muchachos y obreros desangrados en el Seguro Obrero, ahí en el Seguro, levantó la mano señalando un poco hacia las nubes, como si desde ese cielo arrebolado descendiera el ensangrentado edificio, esos muertos, todos, es seguro que votarán en las próximas elecciones. Ellos no han servido sólo a la literatura, esos asesinados y saqueados no sólo han sabido lanzarlo a usted a la literatura, a la hermosa y odiosa literatura, el difícil y fácil arte de juntar palabras para escribir una historia ya escrita por la vida, si, murmuró, es ante esta tragedia, medianamente harto posible que también en Chile, como en España, como en Francia, tengamos un gobierno de frente popular, si los dueños de la tierra lo permiten, si los milicos lo consienten. Los militares... los yanquis... los dueños de Chile..., se sonrió nostálgico, enfermándose. Otro día, a una pregunta de Alberto Romero, le contesté que mi padre estaba bien, que ya no iba al juzgado por causa de esas citaciones que lo tornaban furioso más que nervioso, que estaba jubilado, dedicado a cuidar su huerto, a regar sus enredaderas; su pequeña viña, sus rosales, siempre callado, casi nunca sonriente, con un gesto orgulloso y desencantado en la cara que lo hacía parecer más joven, con otros recuerdos, con otra clase de conocimiento, como si la cárcel, las horas de vigilia de la cárcel, donde no podía leer ni fumar, donde no podía hacer siesta -él tan acostumbrado a ella-, los sueños nocturnos junto a otros detenidos por delitos varios y vagos, le hubieran dado otra dimensión, no sólo a sus movimientos, a su modo pensativo y al mismo tiempo rotundo de caminar, aislándose, su manera de sacar la mano del pantalón o del chaleco, su modo de manejarla para tenderla condicionalmente o no tenderla a un amigo o a un desconocido, según fuera el aire y el tiempo, según hubieran sido las acciones y las omisiones..., eso lo había cambiado. iYa no tengo amigos!, le oí quejarse una tarde conversando con su mujer, su mujer era su mujer, no era ya mi mamá, ya no podľa acercarme yo a esa mediana intimidad, a esa intimidad diurna que no me estaba permitida, pero él en realidad, su tono de voz me hacía constatarlo, no se quejaba, sólo estaba verificando un hecho, un documento de la vida, un tema disponible para recordarlo o escribirlo, en la desgracia, en la soledad, en la pobreza -palabras todas que significaban lo mismo-, explicaba él, ya no hay amigos, los amigos llegan hasta el comedor y hasta la botella de vino, no hasta la celda y el cáliz de la amargura, se rió divertido pero herido, nadie, nadie, nadie, ¿lo oyes?, ninguno de mis queridos, sinceros y antiguos amigos me fue a ver, claro, yo estaba rayado, aunque no me pusieron el traje rayado de telegramas porque era un detenido especial, si no estaría todavía allá, cinco años, diez años si no te olvidan y eso significa quemar sin humo el resto de juventud, unos cuantos años tan preciosos tirados al watercloset de los políticos, después, si por milagro te dejan en libertad, ya eres otro, tú te quedaste para siempre allá adentro del cemento, por eso, como dicen los escritores chiflados en las celdas de la cárcel donde se han sucedido año a año muchos detenidos, finalmente uno se ahorca o se corta las venas. Me quedé callado y lo miré muy serio y pensativo, trataba de no mirarme, trataba de que en mi pensamiento borrara lo ocurrido a mi padre. Los surcos en la vida, dijo, sacando el reloj del bolsillo del chaleco, pero sin mirarlo, como si con sólo tocarlo estuviera verificando la hora, no esta hora, no nuestra hora de charla sino otra más general y más profunda, en verdad, Carlos, la política es algo poco recomendable o nada de recomendable o muy recomendable, según sean los hombres, los pueblos, la época que nos va señalando y consumiendo. Pero Balzac y Zola hablan de política, pareciera que no hablaran de otro tema y argumento, que están enfrentados a ella, a todos sus matices, a todas sus motivaciones, a todas sus

fatalidades, me atreví a decir y enrojecí rápidamente, porque de Balzac sólo había leído El lirio en el valle y Papa Goriot, una me había hecho suspirar y soñar, la otra me había hecho llorar y creo que me había envejecido un poco. Zola era peor, de Zola sólo había leído Nana y había quedado deslumbrado con el violento fulgor y costo que el autor ponía en esa creatura ansiosa de vida, casi angelical y virginal. Todos esos libros están escritos en un fondo sucio de política nacional o internacional. No podían dejar de hacerlo si querían reflejar su tiempo, es decir verificarlo, contestó modiéndose el labio, como si deseara buscar o perseguir un pensamiento olvidado, una idea importante postergada u olvidada, porque les tocó vivir un tiempo en que el dinero, el gerente y el motor de los políticos que es el dinero y sus afluentes, empezaba a dominar la vida francesa y no sólo europea y a separar más clara y sañudamente, con más teorías y más odios, las dos veredas, es decir la vereda y el cauce, aquélla para los ricos enchapados en oro, éste para los pobres hechos de lágrimas y harapos. Y el proceso Dreyfus, Carlos ino le parece la más admirable y explosiva de las novelas escritas por el autor que describió la taberna, los prostíbulos, las minas laminadoras de hombres? Una novela vivida y no escrita, una canallesca y magistral novela urdida por el mundo y desenredada por él, que dejaría finalmente su vida asfixiada en prenda. Dicen que murió por accidente, o cansado o suicidado, pero si fuera así, ¿qué cambia esto o lo otro de la página blanca de la vida, -como diría Augusto D'Halmar—, de la cual nosotros no somos sino las letras bien o mal garrapateadas? iNo hay suicidios, sólo hay asesinatos! ¿Por eso habló así usted el otro día del Presidente Balmaceda?, pregunté con júbilo. Si, por eso, y no sólo yo lo digo, también mucha gente, algunos políticos, Pedro Aguirre Cerda, por ejemplo. Se sonrió con cansancio, dudoso de sí o de la vida, su mirada vagaba buscando un recuerdo, un asidero, se situaba en su casa, quizás en el rincón apacible de su escritorio. Ahora regresó y lo iluminó la amplia sonrisa. A Aguirre Cerda lo he conocido como agricultor antes que como político. Es chiquito de cuerpo e inmenso de alma, pues siendo hacendado y viñatero no odia a los pobres, tampoco los explota hasta el hospital, es mi amigo y solemos conversar, cuando lo veo atravesar la puerta giratoria, abandono mi caja de cajero para bajar al hall a conversar con este pequeño huaso tan lleno de sueños prácticos y de deseos de actuar útilmente. Es sólo eso, dijo finalmente, poniéndose de pie, continuando sin duda alguna su pensamiento nada de nuevo ni gastado, este país necesita con urgencia un fuerte e histórico remezón, parece mentira que en una tierra en que tiembla casi todos los días y donde hay un terremoto de encargo en cada presidencia, todo se mantenga inmóvil, petrificado, indiferente, establecido para siempre, moviéndose el país, pero muerto, todos muertos, hasta los que viven hasta reventar. Caminé junto a él y como no hablaba ni hablaba yo, pude contemplarlo sumariamente. Bajo, algo débil en su apariencia de gordura burocrática, aunque parecia de buena salud, blanco espectral con unas pecas que hubieran parecido algo teatrales si no estuvieran veladas por la ropa sombría, desaliñada y fina y el gran sombrero romántico inconsolable. Me cogió del brazo, le agradecí que lo hiciera, era como si me hubiera adoptado, como si me hubiera aceptado y otorgado el pase reglamentario, con su gesto me estaba transmitiendo una buena porción de intimidad y de amistad, quizás de primera experiencia, de capacidad instintiva para ser lo que soñaba ser, un escritor, pero no uno cualquiera, de la esquina o del sindicato, tampoco un escritor premiado ni estampillado, sino un ser humano que usa no sólo sus manos, sino todo su ser para lograr el verdadero premio, el galardón que no se cotiza en diplomas ni en billetes, esa capacidad de conmover y remover a sus lectores, como lo hacía en su tiempo el lagrimeante y desgraciado Dickens, cuyas novelas, curiosamente me gustaban mucho, pero no su modo de componerlas, ¿pero una cosa no era o suponía la otra? Yo encontraba más admirables y envidiables sus cuentos fantásticos, como si de repente, para huir de la canallesca vida, él misteriosamente, se trocara en otro, tocara otro fondo, desembocara en otro mundo, más inexistente pero más verdadero.



Amaba y odiaba, al mismo tiempo, al gran escritor. Quería preguntárselo a alguien, confidenciarle a alguien especial mis dudas y, ahora mismo, hubiera dado cualquier cosa para poder preguntárselo a él, ¿pero a título de qué, con qué motivos esenciales? Había hablado de motivos importantes, tenía otros intereses, visiones más generales, pensaba quizás en su próxima novela, en otro viaje a Buenos Aires, no, no podía entremez clarme sin que hablara antes él, bastante tenía con que me hubiera tomado en cuenta, el único, el primero durante mucho tiempo y, especialmente, que hubiera deseado conversar conmigo. Sobre todo, que me hubiera leído. De repente me vino la sospecha y aflojé un poco el brazo, como rogándole que me lo devolviera. ¿Y si no me había leído? ¿Si no le interesaba nada lo que pudiera escribir un don nadie, un fulano, un aparecido? Droguett, decía sonriendo mi padre, es un género de vestidos femeninos muy popular en Francia, muy floreado y muy ordinario. Como el silencio se prolongaba, creí que deseaba irse, soltó mi brazo y dijo algo sorprendente, como si recién nos viniéramos topando y conociendo. Me miraba fijamente, se quitó los lentes para semblantearme mejor y reconocerme, como se podrían encontrar y saludar con alguna duda un viejo tío con un joven sobrino provinciano que acaba de bajarse del tren y al que ha ido a buscar por compasión, pues, además de pobre, no tiene madre, es decir es pobre dos veces. Sopló los lentes y pasó sus lentos dedos por el vidrio, luego el pañuelo y murmuró algo, algo que era evidente para mí, para mí solo, pues adiviné que me encontraba, por fin, frente a la ventanilla del escritor que ya no entregaba y recibía cheques, sino impartía y restringía bendiciones y maldiciones. Pronunció una pregunta, una pregunta sola y definitiva. Lo suyo, verdaderamente, me ha conmovido. ¿Cómo se le ocurrió, Carlos, escribir esa terrible historia? ¿Qué podía contestarle que no fuera inventado sino verdadero, sin adornos, sin pose, sin hipocresía, sin rastreos en la memoria que a menudo estaba agarrándose de la famosa frase de un famoso escritor? Porque no lo pude evitar, dije con presuntuosa sencillez. Por eso le salió el relato como le salió, respondió sin apuro y sin matices y yo no encontraba intención malévola ni benévola en sus palabras, eran palabras neutras de alguien que no se quiere comprometer ni menos prometer nada. Se puso un poco de través para enfrentarme, para que no escapara. ¿No se propuso escribir un tema, no lo pensó antes, como se los propone y piensa ese cuentista profesional e industrial que es Mariano? Pronunció sólo el nombre, no el apellido, ni falta que hacía, lo había conocido en circunstancias estudiantiles, como ya he contado en otra parte. No, no lo pude evitar, don Alberto, me atreví a explicarle, sentí sólo una urgencia,

una necesidad inaplazable, además de empleado subalterno, estudio leyes en la universidad, algunos de esos muchachos eran compañeros de curso y al que no lo era lo conocía de mirarlo, de encontrarnos juntos en la escalera cuando llegábamos atrasados a la clase de derecho penal, las ocho de la mañana, o cuando descendíamos corriendo para ir él a coger el tranvía que lo llevaría a la pensión de Recoleta, mientras yo caminaba las pocas cuadras que me separaban de la imprenta, no almuerzo en mi casa, me voy al casino situado junto a las linotipias, me sirvo un sandwich, una cerveza y trepo la escalerita de la corrección de pruebas para empezar a despachar los pliegos de la última novela de Maurois o alguna biografía de Zweig o las pruebas de páginas de la revista Ercilla. En esas pruebas vi las fotos de los prisioneros que desfilaban por la alameda, rodeados por los pacos, en esa mañana del cinco de setiembre, día lindo de cielo arrebolado, algo caluroso, pero la foto que mostraba a Humberto Yuric lo muestra con abrigo, era pobre, buenmozo y muy pobre, quizás su ropa de finales de invierno era humilde. Esa visión y esa obsesión no me dejó dormir la primera noche, tampoco la segunda, sin darme cuenta empecé a teclear las primeras palabras en la misma imprenta. Cuando terminé estaba contento y triste. No, don Alberto, no me costó escribir, era como si me estuvieran dictando, creo yo que no estaba tratando de hacer literatura, ahora estoy seguro de que no quería hacer literatura, sólo escribir, pues literato y escritor son valores distintos, ¿no? Como el cielo y la tierra, respondió. Bourget es un literato, Maupassant era un escritor. Aquí, en esta pobre tierra inédita, D'Halmar y Prado son literatos, Pezoa Véliz y Baldomero Lillo fueron escritores. La mayoría escribe para ser mirados y comentados, exhibidos en las vitrinas y en las vitrinas de la página dominical de El Mercurio. Escribir para permanecer, esa es, o debiera ser, la pauta, escribir para conmover, para poner furioso o lamentable; para dejar sin dormir, para que te des cuenta quién eres si no eres nada, para preguntarte si estás vivo estando muerto, si estás muerto estando vivo, eso deben ser y hacer los escritores y no sólo ellos, si no no habría existido Beethoven el tempestuoso y Mozart el plácido, el inmenso y trágico Mozart. Estábamos en la esquina de la plaza, donde pasaban tranvías hacia Nuñoa, hacia Quinta Normal, hacia el barrio Maestranza, hacia San Diego. Alzó el bastón nerviosamente y pensé que trataba de detener un autobús, quizás un taxi, pero no, estaba saludando a alguien, alguien que dibujaba una vuelta ceremoniosa con su mano y su sombrero, que sonreían ambos. Se quedó callado y caminó lentamente, retardando la despedida y, de repente, como si recién se hubiera recordado de unas palabras claves o definitivas, me dijo eso, algo misteriosamente, como si ya hubiera transcurrido el largo trance del aprendizaje y estuviéramos confortablemente instalados en nuestra célula de conspiradores o nuestro templo de masones atosigados de palabras propias o ajenas. ¿El ojo escribe, Carlos? ¿O la mano? ¿Sólo ellos? ¿Y el hombre, sus entrañas, el resto del hombre? ¿Hay que inventar o sólo mirar? ¿Qué es más importante? ¿Armar chascarros campesinos o prostíbularios o recordar desgracias, injusticias y desventuras? ¿Es necesaria y fatal la imaginación o no existe o es sólo un flujo y una luz de la memoria, otro matiz, otro estado, otro reflejo de ella? ¿Cuáles son los artistas que han quedado? Piense en Shakespeare, en Dostoyewsky. ¿Le gustan? No se si me gustan, pero me sacan de mi cuerpo, me cambian en otro, los dos son unos locos muy lúcidos. Shakespeare me pone melancólico o entusiasmado, Dostoyewsky me pone triste y desesperado, me deja más solo y enfermo y me hace pensar en la revolución, en cualquier revolución, contesté con más confianza, respirando satisfecho porque había logrado redactar una frase completa casi sin dudas y probablemente sin defectos. Si, dijo, porque ellos han logrado reflejar el trozo de eternidad que es la vida. Una vida no es la eternidad, pero si se vive y se trabaja aceptando lo malditamente transitorio que es el ser humano, es posible, es posible —y sólo algunos lo han logrado—, dejar un soplo de corta o larga eternidad en su vida o en su obra. Usted ha empezado donde debía, Carlos, ha escrito porque no pudo evitarlo, no porque quería recibirse de escritor. Eso está bien, eso está muy bien y no debe perderse. No se preocupe de nada ni de nadie, escriba sólo cuando no lo puede evitar, no hay

inspiración, no debe haberla, es posible que haya maldición o predestinación, pero ella funciona en nosotros, los insatisfechos, sólo de tarde en tarde, como el glorioso mal menstrual de las mujeres. Por lo demás, esta extraña y nueva vida no le será fácil y no debe lamentarlo, cuando uno hace lo que debe hacer y cuando es, de todas maneras, y a pesar de todo, lo que debe ser, no se viaja en coche sino dificilmente y a pie, como Gorki, pero no hay que acobardarse ni arrodillarse ante ninguna estatua de carne o de piedra. Quizás, sí, quizás sea esto lo que algunos artistas de moda, muy bien lustrados, consagrados y enlatados, llaman inspiración. Bueno, Carlos, no me escriba, no me llame por teléfono, venga a verme a la oficina, estamos en visperas de un tiempo extrañamente promisorio para los que vivimos mal, aunque aparentemente vivamos bien, pero hay otros que no viven. Hasta luego y adiós, Carlos.

Esa fue la primera o la segunda conversación con Alberto Romero, ya no recuerdo, pero si la más larga y para mi la más importante. Era un escritor. Me lo había dicho alguien que lo era absolutamente y que, sin embargo, seguía siendo sencillo, normal, sagaz, real, de esta tierra y no del olimpo. No, no lo olvidaría. Por eso escribo estos recuerdos que debieron haber sido ordenados cuando él, su envoltura visible, estaba aun en este mundo. Era generoso, tan simplemente, tan sin premeditación ni alevosía. lo era tanto y tan llanamente hasta en su manera de, a su vez, mostrarse agradecido. Lo que era más sorprendente, agradecido de mi. Me lo dijo más de una vez, cuando ibamos a sentarnos a una mesita apartada del café o a un banco sombreado de la plaza. ¿Agradecido por qué, don Alberto? Porque nosotros, los tipos desgraciados y enviciados que nos pasamos la vida ensuciando papeles, no solemos serlo, no lo somos con quien nos ayudó con sus consejos, sus prevenciones, sus críticas fundadas o sin funda. No, con toda seguridad, los escritores no somos generosos, ni con la vida, si nacimos un poquitito predestinados, ni con nuestros semejantes, si adivinamos, sospechamos, tememos, sobre todo si tememos, que su paso, su vuelo, su carga sea más terrible, peligrosa y más improvisada que la nuestra, esto es más merecida. ¿Y qué tenía que ver? ¿En qué lo había ayudado yo? Porque usted, Carlos, ha hablado como pocos de mi nombre y de mi obra, diciendo lo que nadie ha dicho hasta ahora, lo que los colegas jubilosos menos dicen mientras más me hundo en el silencio a causa de mis manos, a causa de la incipiente enfermedad que me ha enviado al retiro primero como hombre, luego como escritor. No era para tanto, juro que no era para tanto, pero ese agradecimiento de que él hablaba era sobradamente obligado y debido. Efectivamente, en la universidad, en la radio, en la prensa, en la televisión, yo había dicho mi deber, que era una vergüenza, una vergüenza reiterada y notoria, en realidad un escándalo que a un escritor como él, que desde el principio del siglo venía lanzando consignas sociales, antologías de belleza, de tristeza, de rebeldía, de coraje en cada uno de sus libros, no se le hubiera mencionado siquiera como remoto candidato al premio nacional de literatura. Es usted vehemente, Carlos, pero todo eso que dice es probablemente verdad, por lo menos yo quisiera que fuera. Pero es verdad también, y nadie lo ha dicho, y yo tampoco debiera decirlo, por lo que me concierne, pero ya muerto Aguirre Cerda vale la pena confesarlo a un amigo tan pasional como usted, pero no lo divulgue antes de mi muerte.

Y me contó algo sorprendente. Como él había vaticinado, es decir como me había asegurado, Aguirre Cerda había llegado a la presidencia de la república, el segundo presidente que ha tenido Chile en más de cien años, como diría andando el tiempo, la miseria, la esperanza, la desesperanza, el ruido de sables asesinos, Salvador Allende. Aguirre Cerda ya estaba muerto, ya lo habían reemplazado cansancios administrativos, pero uno de sus primeros actos privados había sido llamar a su amigo Alberto Romero y pedirle que le redactara un proyecto de ley de premio nacional de literatura. Hace muchos años, distinguido escritor y banquero, le dijo con sorna, siendo ministro de educación hice algo muy fácil para un político y obligatorio para un ser humano especial, que no debe olvidar que todos sus actos son mirados, si no por sus contemporáneos, por el futuro que se llama historia. Sí, algo hice para que Gabriela Mistral fuera designada profesora de un liceo,

por eso la gran poetisa nos dedicó, como usted sabe, a Juanita y a mí su conmovedor libro Desolación. Pero ahora que estoy un poquito más alto que en el cargo transitorio de ministro, ahora que soy un poco menos transitorio, quiero hacer también algo más permanente, vamos a crear un premio de arte que sea un reconocimiento para nuestros creadores viejos y poco conocidos, o nada de conocidos y un estímulo para quienes vienen por la misma huella. Claro, agregó el escritor, el presidente nos llamó a dos, no sólo a mí, también a Edwards Bello, pero Joaquín es un soñoliento, un chúcaro, un taimado, un orgulloso, un distraído de mal genio, a él no le interesan sino las piernas de las mujeres y las columnas de su página semanal en el diario. Yo solo redacté lo mejor que imaginé el proyecto de proyecto de ley y usted está viendo, Carlos, que ya lo otorgan exactamente, no siempre muy derechamente, cada año. Mis colegas, nuestros colegas los escritores, adormilados por la ignorancia ambiente en que han vivido, estresados, como dicen ahora, por no tener todos el coraje para suicidarse, golpeados por los golpes que te da la vida para despedazarte o para despertarte, ya se están moviendo, incrédulos y fascinados, ino para escribir sino para ser premiados! ¿Yo?, dijo con ingenuidad, como si le preguntaran por otro, ¿quiere usted indignarse porque no me metan en el mausoleo de los inmortales? No creo que lo hagan y hay dos motivos disculpables y recomendados. Mi última novela, La mala estrella de Perucho González (la mala estrella de Alberto Romero, dicen mis hijas), data de 1935. Fui yo el redactor de la idea del presidente Aguirre Cerda. Han tenido pues razón, la tienen, la seguirán teniendo. Porque, ¿cómo puede el arquitecto que construyó la casa ser el primer ocupante de ella? ¿Ni el segundo, ni el tercero? Hay muchas ranas en este charco, Carlos, no nos hagamos ilusiones. No me hacía ilusiones, sentía, mezclado con el no muy lejano ruido del mar, sus palabras más filosóficas que heridas. El viento hinchaba la cortina que parecía empujar un poco la pequeña casita asomada entre las rocas al cielo y al olor de Viña del Mar, me daba la impresión de que ibamos navegando, o quizás huyendo, tratando él de tranquilizarme, tratando yo de no parecer tan extravertido. Respiré profundamente, lo veía, parado yo cerca de la ventana, junto a una vidriera de libros, lo miraba hundido en su sillón, cercano a la chimenea que humeaba un poquito. Me sentía angustiado, no sabía si irme llorando blasfemias o quedarme junto a él mirándolo oscurecer en el crepúsculo. Le pregunté si ahora que estaba jubilado empezaría de nuevo una novela, otra novela, el trabajo que lo espera desde la guerra española. Esa pregunta debió hacérmela antes, Carlos, antes de conocerme, dijo sin ironía, antes y de otra forma. ¿De qué forma?, y me di cuenta de que hacía rato me miraba con una cara de piedad y no de sufrimiento, detrás de sus grandes lentes, se me ocurría que estaba en su nueva cárcel y que quería darme ánimos, quizás ánimos para que no sufriera por él, para que no transformara en odio ese sufrimiento. Se echó hacia atrás, como si se fuera a echar un rato en el suelo de su pequeña celda de condenado por el resto de su vida. Por el pasillo pasaba la forma suave de su mujer, llevando unas copas, haciendo tintinear unos platillos, se asomó pálida para sonreírme, para verificar que él, su marido, su joven marido, su viejo marido, su recién enamorado lleno de sueños y de proyectos, su cansado compañero, tratando de no parecer ni cansado ni enfermo, estaba siempre ahí. Es posible, dijo él, siguiendo una brizna subterránea de soliloquios, creo que toda mi vida estuve equivocado, creo que debiera todo haber ocurrido al revés, que fueran los jóvenes los que dieran ánimo, vitaminas, fuerzas, obligaciones, imaginaciones, a los que hace una eternidad peinamos canàs o calvicie, a los que tenemos, como diría don Adolfo, ya a la telegrafía de la muerte enviándonos urgentes mensajes por los dedos. Don Adolfo era mi padre y seguramente Alberto Romero no había olvidado el nombre porque un día, entre las cosas que le había contado de mi familia, le había dicho que, entrado yo ya en la universidad, me dijo, sabiendo mis dudas entre el Instituto Pedagógico y la Escuela de Derecho, que si algún día escribía algo, que fuera, al menos, tan hermoso como el personaje de Benjamin Constant, que, agregó sin pose y sin burla, en su propia juventud lo había creído su propio retrato. Mire mis manos, Carlos, insistió, sabiéndome distraído o conmovido. Miré sus manos largas, de dedos huesudos, marfileños,

tenía razón, temblaban como los hilos del telégrafo en los cerros del puerto, cuando se avecina la tempestad o se va reventando entre las quebradas. El las había echado hacia la luz, como suelen hacerlo los maridos cuando sus mujeres les piden que les sirvan de secretarios para ovillar la lana. Me estremecí de piedad y no sé si él se daba cuenta, pero fui capaz de hilvanar una explicación nada de plausible. Yo también tiemblo y no sólo mis manos, don Alberto. Y me contestó con una voz aterciopelada, apenas interesada en el tema. Es normal, la juventud, toda ella, es un solo temblor, temblor del recién nacido que manotea con sus manos un poco de luz de la mamá, la madre, su pecho henchido, su voz henchida, son toda luz, toda luz, el temblor del muchacho que desea algo y se desmorona, porque si es verdad que sabe que a su hora lo tendrá, quiere tenerlo enseguida, ahora mismo, sin plazo ni antesala, la inconmensurable, ardiente, dorada llamarada de la juventud, temblor de cielo como decía Huidobro, murmuró con extraña dulzura en la cual había incrustado un reflejo de cielo lejano y friolento, una persistente y acorralada melancolía. Estoy enfermo, Carlos, definitivamente enfermo y prohibido. Debí escribir, escribir y no dormir en las noches, sacrificarme, torturarme, como usted en la corrección de pruebas de la imprenta, sus primeros cuentos, sus asesinados solo suyos, tan suyos como de Alessandri. Uno los hizo pedazos, el otro empezó a reunir esos pedazos. Pero usted estuvo en España en plena guerra civil, junto con Juvencio Valle vieron los bestiales bombardeos nazis de Madrid, usted envió crónicas a Chile, yo creïa que eran el borrador de una novela, grité para darle ánimos, un ánimo que

sabía yo y sabía él era inútil.

Alberto Romero fue siempre un mesurado, un escritor muy cuidadoso en el hablar, nada de pasional como suele parecerlo en sus libros ensimismados y sombrios. No había odio en él ni en su persona ni en su literatura, sólo un afán rastreador de justicia, era un alma tersa, sin dobleces, arrugas ni recovecos, una generosa y amplia inteligencia, lo comprendía todo, lo aceptaba y lo disculpaba todo, de ser teórico o teólogo le habría encontrado una explicación celestial al infierno. Aquellos nutridos artículos acerca de su experiencia de la guerra civil española no los había titulado el infierno fascista en España... España apuñalada por la espalda... España de rodillas se desangra de pie sobre Europa..., como lo habría hecho el desorbitado Droguett, por ejemplo. No, él había titulado sus crónicas, sencilla y púdicamente con algo de mansa filosofía, España está un poco mal, dándole esperanzas al pueblo martirizado y dándoselas también a sí mismo, no menos martirizado pero más secreto. Como jamás escribió o habló de él mismo, de sus sueños, sus ensueños, sus luchas, sus dudas, sus sinsabores, instándolo yo a que lo hiciera -- eso ocurría en mi penúltima visita, antes de que regresara del todo a Santiago-, me contaba que talvez, que pensaba, y era su única y postrera esperanza, grabar su voz, no sólo sus recuerdos, la colección de anécdotas sorprendentes, repentinas, desmesuradas o coloquiales que forman una vida, sino también algunas narraciones, las novelas que no le permitió escribir primero la vida, después la lenta y persistente acechanza del destino. Como no era hombre de círculos, zalemas, saraos, abalorios, como no era un robusto lanzador de homenajes pro domo ni de invectivas, como era un sereno y generoso caminante por los arrabales del mundo y de la literatura, los que solo han leído sus obras, los que no lo conocieron más de lo que lo conocí yo, aunque lo frecuenté menos, los que no hablaron con él tanto como hablé yo, obligándolo a rastrearse un poco, transmitiéndole mis propios problemas y carencias de escritor joven, inexperto, humilde, desconocido, no sabrán jamás el inmenso ser humano, el límpido, contagioso y radioso ser humano que era este hombre que no supo de mezquindades, enemistades ni regateos y que, en cambio, después de una larga y espléndida vida de descubridor literario y de señalador de rumbos, hermano en el arte de Baldomero Lilló, uno en las entrañas de la tierra, el otro en las entrañas del ser humano que vive su muerte en el conventillo, sólo coleccionó olvidos, postergaciones, maledicencias, suficiencias. Cuando hacia el 75 decidí, por fin, salir de Chile, mi última visita fue para dos escritores. La mujer de Coloane me pidió que no le hablara de mi viaje porque Pancho se iba a desesperar y a

sentirse más solo, -ya había estado detenido, pues no negaba, y solía vociferarlo, que era comunista. A Alberto Romero tenía que decirselo, era mi obligación no ocultarle la verdad, porque mi viaje era de negocios, de negocios espirituales de larga data, como creía yo sin equivocarme y lo compruebo mientras escribo estas líneas. Yo lo creía ya en el extranjero, Carlos, me dijo él, muy tranquilo y contento de verme, era una tarde de suave calor de fines de invierno, los últimos días de agosto. Le contesté que no me habría ido sin despedirme y que no lo había hecho antes porque uno de mis hijos, el menor, había estado preso en la cárcel de Isla Teja, en la provincia de Valdivia y que todo ese tiempo había temido que el mayor, ayudante de cátedra en la escuela de Servicio Social de la Universidad Católica, también pudiera caer preso. Me voy para no volver, es lo más seguro, y se me quebró la voz mientras nos abrazábamos. Hablamos un par de horas y eran las últimas, los dos lo pensábamos, en que nos veríamos. ¿Qué piensa de estas matanzas, de estas violaciones, de esta ignominia, de esta repugnancia, de este retroceso de cien años?, le pregunté. Cien años es poco, calculó con una voz que me pareció más joven, hemos regresado al lugar de donde partimos, estamos en la nada, en plena noche, noche no sólo por exceso de oscuridad sino de sangre. Y me recordó una historia que me había contado cuando recién nos conocimos, casi con seguridad en nuestra primera entrevista, la tarde aquella en que yo le preguntaba si la viuda del conventillo había existido o si él la había imaginado, si le costaba realizar, es decir hacer reales, sus invenciones. Yo no invento, Carlos, no tengo imaginación, sólo alguna capacidad de selección y reflexión, sólo registro y verifico, abro los ojos y miro, acerco las manos y toco, absorbo una cuota de ambiente como una esponja, no, y no lo lamento, no tengo imaginación, no hay que tenerla antes de descubrir el mundo visible. La famosa viuda existió tanto y tan completamente que vivió en nuestra casa, era nuestra cocinera, mi padre tenía una situación expectable en la política, era ministro en la década del 20, la romántica y revuelta época del cielito lindo, yo era entonces muy joven y escuchaba esas conversaciones sociales, sociales en los dos sentidos, y políticas, siempre había, a la hora de almuerzo, importantes personajes del mundo ministerial, congresales, financistas, agricultores y, de repente, sin mucha sorpresa, militares, jefes de guarniciones, ministros, ex ministros de guerra y marina, agregados en alguna lejana embajada llamados apresuradamente por sus superiores, yo escuchaba esas charlas formales o misteriosas en la gran mesa hogareña, en el salón, esos susurros en los pasillos, esas risas forzadas en la antesala, ese relumbrar de botines en el escritorio o en el guardarropas, ese relumbrar de botas en el patio, después, el sonar nervioso y amenazador de sables. Una noche había una reunión algo dramática, el silencio me lo anunciaba, el sifencio se teñía de dramatismo, esperando unos gritos, unas órdenes, unos disparos, la puerta de entrada se abría y cerraba con sigilo una y otra vez, entraban políticos de riguroso luto, militares de uniforme dorado y ensangrentado, secretarios fantasmales que parecían cocheros, cocheros que parecían secretarios, buscando un poco de humildad o complicidad con la mirada, mi madre, joven y buenamoza, llamaba a mi padre, se sentían cuchicheos, murmullos, como si anunciaran rezos, se escuchaban ruidos elegantes de pasos que se alejaban deseando no ser notados, botas que entraban pesadamente y salían airosas, livianas, caminando la vereda solitaria y después, rodando por el cielo, como un alivio el ruido de las carrozas y de los automóviles, los primeros automóviles. Hubo un silencio en el salón. Miré a un señor de perita, muy atildado, con una elegancia de pasados siglos, fría y británica, insolente y nervioso tras sus lentes con güincha. Desde un rincón, en el silencio, se alzó una clara pregunta dirigida dignamente a mi padre, dueño de casa y ministro de guerra del gabinete que caía o no caía, que lo botaban o no lo botaban a patadas los militares. La pregunta era directa: ¿Por qué serán tan huevones los generales? Y entonces aquel caballero elegante, insolente, europeo, que se llamaba Luis Izquierdo y que también era ministro, contestó lentamente, alzando la cara y paseándola en redondo: Muy sencillo, colega, iporque los eligen entre los coroneles! ¿Huevones y asesinos? ¿Asesinos y huevones? Eso empezaba a ser, eso seguirían siendo mientras quedara sangre chilena que mandar al matadero privado, mientras quedaran niñas solteras,

madres de familia, jóvenes y tentadoras, para ser violadas delante de sus prometidos, delante de sus maridos, que luego en seguida serían fusilados. Es el uniforme, viejo, es el uniforme el que hace canalla al que no lo es, más canalla al que lo es, es el uniforme el que hace asesino, simple y desvergonzado asesino, a un humilde cadete, ignaro, obtuso, tararita, quien cuando llegaba a la hora de almuerzo a la casa de su polola era sentado en la mesa del pellejo por su futuro suegro, Osvaldo Hiriart Corvalán, ese mismo cadete que, andando el tiempo, se presentaba genuflexo ante Salvador Allende, como lo retrata en sus memorias una de sus víctimas, el general Carlos Prats, a quien mandó descuartizar en Buenos Aires y a quien ordenó después rendirle honores y funerales nacionales, ése, esa cosa degenerada y malvada de nacimiento es producto tipo del uniforme, suspiraba mi amigo. Rafael Gumucio, ex Presidente de los Partidos de la Unidad Popular, cuando nos encontramos en Roma. Se lo dije a Alberto Romero, a trueque de dejarlo más enfermo y más abandonado, pero no podía callarme, lo que él había sido como escritor, lo que había escrito, me empujaba y me disculpaba. Usted sabe que, uno de los pretextos de Pinochet para inaugurar el terror en Chile, fue que la izquierda marxista también lo preparaba, que estaban planeando un segundo Vietnam, sembrando la cizaña entre los partidos políticos de derecha, aterrorizando a la gente, armando y organizando sus milicias, preparándose para una larga guerra civil, robando y saqueando las farmacias de los hospitales para estar listos con sus hospitales clandestinos. Y le conté finalmente una anécdota, que, como la que él me había contado, no era un chiste, sino historia verídica y definitoria ocurrida en la prisión de Isla Teja, cuando los prisioneros políticos eran sacados para llevarlos al interrogatorio a que los sometía el comandante del Regimiento Valdivia, de apellido Bustos. Un interrogatorio en la mañana, en pleno día, no significaba muerte sino tortura, una tortura más, una presión más, una amenaza, otra amenaza, una inyección de pentothal, otro enchufe en la parrilla. Los interrogatorios nocturnos, en realidad de amanecida, eran los más temidos y también los últimos. Ya no se regresaba. Aquella mañana el comandante hizo enfilarse a los reos y les fue preguntando, una vez más, su nombre y su profesión. El corto diálogo se escalonaba así:

-Tú, ¿qué eres? -Profesor primario.

−¿Y tú?−Dentista.

−¿Y tú?

−Cesante.
−¿Y tú?

-Enfermero en el hospital.

-¿Y tú?

-Comerciante, tengo una tienda.

-¿Y tú?

-Doctor en letras.

— iAh, estos son los de los hospitales clandestinos!

La crudeza de estas dos anécdotas muestra no sólo la mentalidad de quienes reemplazaron la apertura social más asombrosa que ha tenido Chile desde su fundación como república. La segunda más importante, después de la de Balmaceda, muerto también trágicamente. Ambos mandatarios están para siempre unidos en la Historia, su sangre los iguala y los hermana, lo estarán aún más cuando nuestra patria se haya recuperado de tanta vileza y tanto salvajismo, unidos para siempre en el recuerdo y en la leyenda de su pueblo martirizado, con el vínculo más duradero, más recio, más humano, si humano supone la calidad total de lealtad, coraje y muerte antes que traicionar su juramento, su programa políticosocial y sus convicciones.

Con nostalgia cierro estos recuerdos de un gran escritor y un grandísimo amigo, recalcando lo que no es un consuelo sino un desconsuelo, que no es el único gran postergado de las letras chilenas. Parecería irrisorio y hasta cruel pensar —y comparar—, que no se le dió el premio nacional de literatura a Rosamel del Valle, a Vicente Huidobro, a Antonio Acevedo Hernández, a María Luisa Bombal y sin embargo le fue otorgado a Daniel de la Vega, a Salvador Reves, a Sady Zañartu. Y es hasta sádico

pensar que a Sady se le premió por ser el autor del himno de uno de los regimientos de Santiago, ellos sí, todos sin excepción, convertidos en mataderos clandestinos. Así como el diario El Mercurio, reseñaba alborozado la obtención del premio nacional por el autor del himno marcial, vale la pena citar, una vez más, al mismo diario, porque no hace tantos meses, es decir no tantos premios nacionales de literatura, que acogía a página entera en su edición dominical, previamente orlado y adobado con laureles, un Himno a la Junta Militar, firmado por Braulio Arenas. Lo curioso, o lo nada de curioso, es que este mismo sujeto, antiguamente iconoclasta, anarquista y surrealista, no hace muchos años difamaba a su compañero de ambiciones artisticas, Teófilo Cid, porque escribía artículos literarios en el diario La Nación, durante la segunda presidencia de Carlos Ibáñez, elegido esta vez, como es histórico, con los votos del Partido Socialista. Hijo putativo, como Arenas, de Vicente Huidobro, Teófilo Cid, que no fue amigo mío, era pobre, escribía para ganarse la vida, no administraba hermanas que trabajaran por él y para él. Cid tenía talento, también tenía dignidad. Ha muerto y su poesía queda. En cambio, Arenas, el antiguo difamador, el actual patinador del asesino Pinochet, vieja ramera helada, amarillenta, ripiosa, flatulenta, desfilando alborozada y esperanzada la vereda para que le tiren, como una propina ensangrentada el esquivo premio, ha exhibido, exhibiéndose, el discurso del gran poder del rastacuero. Poco poeta, poco hombre, pingajo por clasificar, razón tenía quien, conociéndolo bien, lo bautizó de nuevo: Braulio Apenas. Sobrada razón tenía también Ricardo Latcham, el lenguaraz de fino talento y más fino estilete, cuando contaba un día, en la tertulia literaria que sesionaba, alternativamente, en la librería de viejo del judío Torres, calle Alonso Ovalle, en la librería Nascimento, calle Ahumada, segunda cuadra y, en días de primavera exterior e interior, en la esquina de Huérfanos y Estado, que se había acercado a él un joven narcisista a pedirle una recomendación. ¿Para emplearse en una tienda?, preguntó Mariano, Latorre. No, no, mucho más fácil y grácil, necesitaba una recomendación especial y se la entregué gustoso. Recuerdo su texto, yo siempre recuerdo mis textos: Ricardo Latcham certifica que el señor Braulio Arenas es poeta lírico. Y da esta recomendación a petición del interesado. Al terminar de escribir estos recuerdos sobre Alberto Romero,

doy un vistazo a los textos de algunos historiadores, críticos y estructuradores de la literatura hispanoamericana. Estos son:

—Historia de la Literatura Universal—, por Martín de Riquer y José M. Valverde. Tomo 4, La Literatura de Hispanoamérica, por José M. Valverde, catedrático de Universidad. 1977, 477 páginas

tamaño grande.

América Latina en su Literatura— Coordinación e introducción por César Fernández Moreno. "Serie América en su Cultura". 5a. edición. 1978. Siglo veintiuno editores. Unesco. 494 páginas.
 Las corrientes literarias en la América Latina—, por Pedro Henríquez Ureña. Biblioteca Americana, Fondo de Cultura

Económica. 1949, 340 páginas.

La Novela Hispanoamericana. Descubrimiento e invención de América. Ediciones Universitarias de Valparaíso. 1973, 238 pgs. Varios autores, entre ellos: Cedomil Goic, en el Primer Capítulo, Brevísima Relación de la Novela Hispanoamericana, 54 páginas; Luis Iñigo Madrigal, en el Capítulo Tercero, La Novela Naturalista Hispanoamericana. Páginas 71 a 94.

-La Novela Chilena Actual-. José Promis. Edit. Fernando García

Cambeiro. 1977, Buenos Aires. 188 páginas.

-Jean Franco, La Cultura Moderna en América Latina. Primera edición en español, agosto de 1971. Editorial Joaquín Mortiz, México, 359 páginas.

— Jean Franco, Historia de la Literatura Hispanoamericana. 1975, Editorial Ariel, Barcelona, España, 476 páginas. Pues bien, ninguno de estos textos, preparados y craneados por algunos de los mejores especialistas de la literatura hispanoamericana desde sus orígenes hasta la época actual, catedráticos de fama internacional, eternos turistas de congresos culturales o simplemente literarios, algunos felizmente ya muertos, algunos desgraciadamente chilenos, ninguno, repito, cita y menos estudia al escritor a quien estas rápidas páginas han sido dedicadas. ★

11

POESIA

T FRANCISCO VIÑUFIA

DE EXPERTOS PARA INEXPERTOS

- 1 / La bisectriz de un ángulo acarrea siete años de mala suerte.
- 2 / Sólamente la bisectriz de Beatriz nos llevará del infierno al Paraïso.
- 3 / Nuestra bisectriz contiene el origen del grito.
- 4 / Una galaxia cualquiera se expande hasta formar una idea.
- 5 / Sólamente la geometría forma cadenas de memoria.
- 6 / La matemática es únicamente aquellas manos y estos ojos.

OPUS OPERA

- 1 / También la linea más recta entre dos puntos es una idea preconcebida.
- 2 / Un ángulo sirve principalmente para construir esquinas.
- 3 / Todos los ángulos rectos se miden por su capacidad de convertirse en maletas.
- 4 / Los ángulos que sirven para hacer mermelada de cerezas no son correctos.
- 5 / En el fondo los ángulos sirven solamente para mirarlos desde otro punto de vista.

RIOS BRAVOS

OPUS PARA INEXPERTOS

- 1 / Las líneas paralelas se forman a partir de una línea frente al espejo. 2 / Un árbol cualquiera es más grande que otro cuando el otro es más
- 3 / Un número es más grande que dos manzanas, solamente cuando forma una enredadera de flores azules.

pequeño que mis argumentos.

- 4 / Las paralelas sirven para envasar fósforos y lápices.
- 5 / Un ángulo recto se mide por su capacidad de refleiar el silencio.

OBRA PARA CARPINTEROS

- 1 / Un compás sirve siempre para medir las esperas.
- 2 / La cuadratura de un círculo se establece multiplicando la nostalgia por el infinito.
- 3 / Un diámetro se establece solamente mordiendo una manzana
- 4 / Un radio sirve para llegar a la mitad de todos los caminos.
- 5 / Me han asegurado que la vida es eterna debido a que todo es redondo

D EDDY RAFAEL PEREZ

la actitud de las lámparas es la misma de la Iluvia y si uno se entrega a su influencia el espíritu brillará como el ángel de un niño no habrá vida capaz de resistir su hechizo las calles llenas de amor serán ríos bravos las casas estuches maravillosos lavados por dentro encegueceremos a los incrédulos con muchisimo placer beberemos y gritaremos con propiedad diremos la palabra atados a la tierra

solo así necesitaremos el cielo

CON LA PLENITUD DE LA NOCHE levanto mi tiempo y digo descendiente del recuerdo con la plenitud de la noche iré a recoger besos cuando regreses llena de perfumes apasionado sonrio y mato este silencio como si uno no sufriera por eso

D RAMON RIOUELME LA LUCHA PERMANENTE

Me despertaron para trabajar: amanecía sobre los cerros. Desde entonces he venido hablando. escribiendo, trabajando para que las rosas vuelvan a tener el mismo color.

LAS CALLES SOLITARIAS

Las calles solitarias de todas las ciudades suelen ser testigos de cómo el hombre va cambiando la piel de su cuerpo a medida que aumenta la compra y venta de sus propios objetos. Las calles solitarias son devoradas por mis ojos que buscan volver a los años de la infancia que va están en la memoria.

BEBERSE EL MUNDO

Beberse el mundo para que nadie nos cuente historias. El hombre repetía sus hazañas que todos habíamos escuchado desde siempre. El auditorio había envejecido en estos años.

□ ALBERTO PIPINO

REENCUENTROS

¿será el exilio dolor vos allá y yo aquí un nada por el estilo un cuchillito dulce clavado en la zona del más querer? ¿será el haberse quedado o ido la diáspora los días por ahí abrir la tranca? ¿vos y yo?

CONTRA LA PARED

murió también un ángel contra la pared del cielo y aún baila el fuego en su corazón dulcemente murió tan mal un exiliado contra la pared del país y aún baila el fuego en su corazón esperanzadamente murió por ahora la derrota contra la pared del corazón y aún baila el fuego en las arterias violento

□ JORGE CAMPERO ABORTO

Vivimos alegres siendo un estorbo dentro del lago profundo mirarte no pude ni tu tampoco sabía que tu sabías que éramos algo de a mitad nos alimentamos Yo no era más fuerte estaba apoyado en tí aferrado y conmigo te arrancaron la cara el cráneo la mano así llegué primero a la muerte delatándote irreversible ya no éramos dos ni uno ni nada por tanto te busco te busco y te sigo buscando ¿cómo sería la vida hermano?

□ RAUL BARRIENTOS

TANGO CON FACHA DE FUMANDO ESPERO; UN PUNTO DE LUZ CAE AL HOMBRO, COMPLICANDO LA CABEZA: EL BANDONEON BARRE TRISTEMENTE LAS TABLAS

-A ti te lo digo, amor, que no te gusta el tango ni por cazuela de magnate. Andaba yo solo, chascón, con el costado abierto, de un lado al otro a toda máquina. Se fue con mi mejor amigo -a la vermouth dijo que fueporque estaba nerviosita. A ti te lo digo, amor, que Dios bendiga tus nervios. Me llevaron para el norte sin gomina, me devolvieron por una cabeza, solo, fané y destornillado, qué atropello, le hice duro al mogadón en el desfile de disfraces: un general que de golpe, golpe, llega, llega, qué atropello. Llovia sobre la última taza de café. A ti te lo digo, amor, que no te gusta el tango ni mucho menos el bolero.

□ RAUL INOSTROZA

ELEGIA
Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste
Rubén Darro.

Hay un camino oscuro, interminable, en la noche infinita de la pena. luego el paso obstinado de la muerte como un alud envuelto en trapos negros. Solo, donde un golpe feroz azota al pensamiento con la violencia del mar enfurecido; volcado contra las rocas, en espantosa quebrazón de huesos y párpados rasgados, frente a la luz perdida. ¿Cómo queréis que cante a la rosa, al copihue si entre hierros quebrados está mi hermano muerto? Ah, si yo pudiera ser como el trueno y la lluvia lanzaria al espacio mi enérgico gemido. Pero me estoy aqui lleno de sombras, inmóvil, desarmado, contenido. Mi corazón es una ola rota y es un puro alarido la arteria de mi llanto.

□ SEBASTIAN NOMEZ

ROCAS

Las rocas ensucian mucho los dedos. Las rocas son ásperas o suaves. Las rocas son muy duras. Unas pueden lanzarse mientras con otras se hacen estatuas. Con algunas se construyen los hogares.

NUBES

Suave y esponjosa en el cielo. Es un gato, es un perro, pero cualquier cosa que parezca, es una nube. ¿No te gustaría tocar una nube?

EL FUTURO

Me pregunto ¿cómo será el futuro? Me pregunto ¿qué le hará el perro al gato? Me pregunto ¿dónde podremos vivir? Me pregunto si un niño podrá preguntar: "Me pregunto ¿cómo será el futuro?"

□ PEDRO MELENDEZ

CONCIENCIAS

Mi tatarabuelo (me instruyeron) tenia conciencia humanitaria y daba limosnas: alimentaba el vicio. Dicen que está en el cielo.

Mi abuelo (me dijo mi abuela) tenia conciencia social y exigia más derechos: disminuía el vicio. Sé que está en el cementerio.

Mi padre (¿quién me lo dijo?) tenía conciencia revolucionaria y exigía otro sistema: combatía el vicio.
Está en mi corazón.

Y sobre mí ¿qué dirá mi hijo?

■ SERGIO BADILLA

POEMA INSECTAL

Cada año hay más arañas que inventan pesadillas tristes y tejen sus telares cerebralmente al borde de la lluvia. Arrastran silabas con sus patas pegajosas y deslizan, al vacio, los párpados negros de la noche. Cada año hay menos grillos que labran súeños como albañiles sigilosos y acompañan el eco del trueno con sus patas, circunstancialmente moradores de ladrillos y paredes. Cada año las arañas se comen a los grillos y el tiempo sigue en calendarios en este despoblado rincón del mundo.

TENIA LA NECESIDAD

□ ANTONIO MONTERO ABT

La vieja llegó apurada, la función empezaba. Flaca, envuelta en un abrigo de piel entró al foyer y le extendió el ticket de numeración. Ultima función, el cine casi vacío con la lluvia y escoger última fila, el gusto de algunas. Tipa con plata, él se adelantó, ubicó el asiento, bajó la butaca, la frotó y como las luces se van apagando encendió la linterna hasta que estuvo sentada. Junto con devolverle el número ella le pasó un billete, cien pesos bajo el haz de luz, perdone señora, no tengo vuelto dijo bajito porque comienza el noticiero. Vió el gesto en la obscuridad y se retiró perplejo, cien pesos por qué, eso compensa un poco la noche, apenas acomodó a treinta pelagatos y con estos tiempos ni la mitad da propina. El marido debe ser jaibón, sacó la cuenta, un sandwich caliente en la esquina, qué tentación pero no, son treinta pesos y mejor los lleva a la casa. Tiene el gasto de los dos buses hasta la población, más de diez pesos, puede que encuentre algún gallo conocido que maneje esa noche y ya lo llevan gratis, cómo te fue hoy cabro le dirán, buenas gentes, el paradero a seis cuadras de la casa y hasta los cogoteros lo conocen. Escondió el billete, el Juan en la puerta dijo te apuesto a que no viene nadie más, fijo, con la lluvia y el frío no andan ni ratones en la calle. Un vistazo a los zapatos que se le pasarían otra vez, difícil juntar mil para un par más o menos, y la mamá tan jodida que apenas puede lavar, y el Perico ahí enfermo, y la guagua que no hace más que llorar, y la Chita que no encuentra trabajo a pesar de que está buenona, ni con eso. Se paseó por el foyer, a esperar las doce, el Juan le dice quédate un momento y va al baño. Chalo el otro acomodador quién sabe dónde y el administrador en su oficina caliente, ganas de estar alli, café y un pastel sobre la mesa, tragó saliva, él se va por el alambre desde la hora de almuerzo, y para lo que como. Volvió el Juan. Voy adentro dijo, ya vio la película a ratos pero ahí hace calor y se quedó parado en la obscuridad junto a la última fila, la película es buena, conoce el comienzo y el final y a lo mejor si no lo llaman puede ver la mitad que le falta. Los colores son violentos, sucede en España, dicen que los españoles están haciendo películas choras pero la muchacha que hace de protagonista no es linda, ahora las escogen de cualquier lava, ella es una prostituta que se arranca de la correccional y la protege un muchacho campesino que se enamora, no sabe por qué la película lo sobrecoge y qué bueno es escuchar el idioma propio en la pantalla. El sonido comenzó a llegarle por el oído derecho, como un murmullo y él preocupado de la escena violenta, la anciana golpea con el hacha la cabeza del lobo en el cepo, el ruido se hizo más nítido, un vistazo y ahí está la vieja que no mira la película, llora suavecito pero acostumbrado a la penumbra del teatro observó cómo se le estremecen los hombros con los sollozos, raro, sola y llorando, y la película sensacional que se va a farrear, venir a perder el tiempo para esto y en la noche. Y con lluvia. Se concentró en el film, la mujer había dejado de golpear y se derrumbó sobre la hierba, su dilema es trágico, no lo entiende totalmente pero le llega con fuerza. Volvió a mirar hacia la derecha, la vieja está calmada y sus ojos brillantes contemplan sin ver, los labios que le tiritan. Se sintió incómodo y salió, ya está bueno con la mamá que cuando se pone a llorar no la corta, claro que tiene sus razones, difícil parar la olla y el viejo desaparecido hace cinco meses, se echó el pollo le dijeron un día en la población y se sintió mal pero el viejo tan bueno p'al trago y jodido, con la cura los aforraba a todos aunque a veces traía algo de plata. Ahora la cosa está peor, menos mal que le cayó en gracia a ese caballero y tiene la pega, claro que a barrer todo el día y sacudir, y la aspiradora por las alfombras, y los baños, apenas dan abasto con el otro cabro. Las propinas apenas compensan porque lo que es de la paga ni hablar. La mamá dice no te quejes, hasta uniforme te dieron y es cierto, le queda grande aunque menos mal porque los únicos pantalones y chaqueta que tiene ya no aguantan.

El Juan se pasea. Habla poco, está enamorado es lo que dicen. Nada que hacer, volvió adentro a ver otro pedazo de película. Están cazando venados en el bosque, puchas qué precioso, y los colores, pero por qué matan esos bichos tan encachados, escuchó decir que hay prohibición pero es un gobernador, un señor que manda y a lo mejor por eso. Otra vez el sonido y qué triste, se le habrá muerto alguien a la vieja pero por qué aquí, por qué no se queja en su casa que debe ser algo mejor que este lugar como un estadio, la miró y está llorando con la cara descubierta, como si todo su cuerpo estuviera llorando y le dio lástima, hay que estar muy jodido para llorar en esa forma, se acuerda hace dos años, tenía quince y se agarró con el Carlos en una pelea a muerte, tiempo que se tenían pica y los cabros gritando pégale pégale, se dieron duro pero de repente el Carlos que iba perdiendo le plantó una patada en las bolas y ahí no más quedó revolcándose y los cabros gritándole al Carlos maricón, no te la pudiste y él llorando, llorando de un dolor que jamás había tenido, llorando como llora esa vieja platuda que qué es lo que le pasa y a mí qué me importa pero no puedo ir adelante ni sentarme, a la hora que me pillan me llega al piguelo, al otro lo echaron por eso. Salió, bueno le dijo el Juan, ves o no ves la película. Fue a contarle pero se arrepintió, algo como vergüenza y pensó en la vieja ahí dentro llorando pero qué es lo que le pasa y qué tengo que preocuparme, quién se preocupó de mí alguna vez. Tampoco supo por qué volvió adentro, claro, el calor, no es mucho lo que abriga un uniforme que roja la chaqueta llena de botones y negros los pantalones, en la película el gobernador comiendo en la casa campesina con sus acompañantes y la mujer que les sirve y la cara que tiene, su hijo ronda con la prostituta y es lo que le da color al asunto. Pero miren a esa pobre vieja llorando enfundada en su abrigo de pieles como si todo el mundo se le hubiera muerto, no pudo más y se le acercó, señora, qué le pasa, la ayudo. Ella como si no oyera, como en otro lugar y como si su voz hubiera venido muy de lejos el llanto y las convulsiones se le van aquietando, entonces lo mira y mueve la cabeza, nada más. ¿Puedo ayudar? le dijo otra vez y ella mirando adelante mueve la cabeza, a un lado, a otro pero tan lento. Se apartó y en la pantalla el cazador furtivo le hace los puntos al mejor venado, ése que ni el gobernador ni sus ayudantes han podido cazar, qué violencia escondida en la historia, la presiente cuando el cazador abate el gran venado y se precipita sobre él y a golpes de machete le corta la cabeza que chorrea sangre y se lleva el trofeo de cuernos que parecen árboles, cómo sacrifican animales para una película. Miró a la vieja. Los ojos bien abiertos y las lágrimas corriendo y nada en la cara se le mueve, iluminada por ese colorido salvaje de la pantalla, qué hacer. Vió un poco más y ya no pudo, no está tranquilo. El Chalo y Juan fuman un cigarrillo y los acompañó, afuera llueve con furia, a mojarse niños y derecho a la casa dice Juan. Pasa el rato, suena la campana y los pocos espectadores salen a enfrentar el aguacero. Tiene curiosidad, no la ve, han salido todos, hay que darse una vuelta rápida por si alguien se escondió, apagar y cerrar mientras el administrador hace la caja pero la vieja no sale. Entró por su lado y el Chalo por el otro y ahí está la vieja. Como durmiendo con la cabeza hacia atrás. Se acercó, señora, terminó la función. No escucha, la cabeza apoyada en el respaldo, las manos juntas y los ojos bien abiertos. También la boca. Señora, fue a decir cuando se dió cuenta, el Chalo se acerca y la mira y se miran, puchas dijo el Chalo y corrió a llamar al administrador. La miró, no tiene miedo, ya vió otros muertos y sabe lo que viene, como cuando al viejo Martín lo encontraron tieso en la calle y el alboroto y la policía y un médico y después a esperar que el juez dé la orden de levantarlo. Todo en su cabeza cuando llega el administrador y él se aparta pero la sigue mirando, tiene una expresión como de regocijo y tanto que lloraba, debe ser algo bien terrible como la muerte de alguien o que a uno lo dejaran solo, qué haría yo de repente sin la mamá ni la Chita ni la guagua ni el Perico. No se puede vivir con tanta pena, seguro que tenía la necesidad de morirse. *

PILA, RASCA, RASCA

GUILLERMO TREJO

La historia de esta mujer no contenía nada de especial en sí misma, pero estaba tan unida al pasado de mi familia que, en cierta manera, llegaba a incorporársele. Muerta unos cuarenta años antes de mi nacimiento, lo que me entusiasmó siempre fue el apodo con que quedó en la memoria de la casa y de la comarca. La llamaron siempre doña Pila Rasca. Ese nombre tan sugeridor, me construyó una imagen imborrable de estricta creación particular. Pila Rasca exhibía a mis ojos el privilegio de haber frecuentado a mis muertos, abuelos desconocidos para mí, más allá de sus patronimicos y de las remembranzas de mamá. Apareció por la casa cuando mamá era muy pequeña. Se había desempeñado como sirvienta (al decir de entonces) en el cortijo de la hacienda colindante con la de mis abuelos. Entre los señoritos de aquella casa, que eran muchos, sobresalía por su orgullo y don de mando, el mayor de ellos. Se enamoró éste, al parecer, de la pobre Pila, sin que ella, ajena a toda malicia, nunca pensara en los amos sino como tales: personas que venían inmediatamente después de los santos, en una jerarquía muy suya de valores.

A causa de esto mismo, lejos estuvo de imaginar lo que se traía entre manos don Raudo (otro de los nombrecitos de antaño), cuando cada noche, luego de ordenarle que le descalzase las botas, menester para el que se requieren fuerzas masculinas, le impetraba con voz zalamera, y harto aterciopelada, que le rascase las pantorrillas donde el calor del encierro, el polvo de las andanzas del día y la delicadeza de su piel demasiado blanca se confabulaban para conseguir que le brotasen eczemas. "Rasca, rasca, Pila", repetía, en el colmo de la delicia, el altivo don Raudo mientras le acariciaba el cabello que, según mamá, Pila cuidaba con esmero y usaba tan largo que de haberlo librado alguna vez de las horquillas, se le habría derrumbado sobre los hombros para detener su carrera, rebasada ya la mitad del cuerpo.

Al volverse Pila mayor, endiabladamente mayor por la violencia de sus formas, las intenciones del joven agricultor no se hicieron esperar. Pila, carmesí de juventud las mejillas, ágil, pletórica, de una estatura más elevada que la del común de nuestras mujeres y con un innegable ancestro moro en su sangre, dormía en las casas, como llamaban por allí a las habitaciones de los criados. En un mismo cuarto con una fámula anciana que arrastraba su jubilación durante el día y se quejaba de miedos y dolores imaginarios toda la noche. Esta vieja estaba acostumbrada a que el patrono chico -así mentaban entre los criados al fogoso don Raudo-viniera a buscar a Pila para que le sacara las botas y le preparara el café que se bebía antes de dormir. Posible es que don Raudo, en un principio, no sintiera atracción por la muchacha, en vista, sin duda, de la silenciosa ingenuidad de ésta, que la opacaba un tanto, demorando el descubrimiento de sus atractivos. Pero el trato diario se sumaría a la inclinación propia del mozo, que lo aguijaba mareante, cuando se encontraba con faldas, sin reparar mucho en sus dueñas y sí en los efectos apaciguadores que aquéllas le ofrendarían. Decisivo debió ser también un extenso viaje que permitió usar al señoritingo, a guisa de calibrador, la perspectiva. El muy deslumbrador garbo de la

Al decir de mamá, Pila le contó que el amo la pellizcaba, para comenzar y como para tentar suerte, en los carrillos y luego en sitios que su sonrojo individualizaba con grácil elocuencia. Mi madre, la primera vez que narró la historia de Pila a personas mayores, algo osó dejar entrever sobre la audancia de aquellos pellizcos non sanctos; a mí no me particularizó detalles ni resultados. Su relato finalizó dándome a saber que Pila apareció una noche en casa de la abuela, con la cara bañada en lágrimas, sin poder sacar el resuello por motivo de los estertores que la agitaban. La abuela la acogió con cariño, aunque no sin cierta reserva, ya que su congénita diplomacia la impulsaba a medir sus naturales arrebatos aventureros o, más bien, generosos hasta la aventura. No se permitió preguntar nada en ese momento a la plañidera que permanecía echada, gimoteando, a sus augustos pies. Ya sola, bisbiseó, según era su costumbre, algo así como: "En buenas nos hemos metido". Pero su voz, insistía siempre mamá, no se tiñó de ningún arrepentimiento.

hembra produjo el resto.

Y compruebo ahora que surge en mí, mientras pienso, un emotivo acuerdo con el carácter y la conducta de la abuela. ¿Se habría dejado ella desplazar de su sitio, por mucho que un acto suyo le asegurara un mal rato? Por mis venas se levanta una cálida negativa. Debo reconocer que soy más débil que ella. Y que frente a situaciones como la que relato aquí mi papel quizá hubiese sido mucho más cobarde. En todo caso, la mañana venidera ya avanzada, el joven Raudo se hizo anunciar a mi abuela. Esta lo recibió con la cordialidad acostumbrada, pues visitábala con frecuencia. Sin mencionar de manera directa el asunto que lo traía, intentó bordearlo por medio de insinuaciones, con el presunto fin de que fuese la abuela quien le pasara el plato servido. Pero la buena señora se tuteaba con las sutilezas, "¡Qué buena ministra de Relaciones Exteriores hubiera hecho la mamá! ", exclamaba mi madre, en cada ocasión en que me contó alguna de las muchas historietas de la abuela que le conoció o le tocó presenciar. El vecino Raudo se vio en la triste necesidad de tener que confesar a la abuela toda la aventura que, para los demás, se mantenía aún secreta. Con esto, la anciana señora se adueñó de la plaza y pudo dictar condiciones.

Si bien devota, la abuela reconocia que la mayor parte de los mortales prefiere los placeres que le depara un presente seguro, a las dichas inciertas de un mañana celeste que está, además, supeditado al enojoso acto de morir. Fácil, por lo tanto, resulta imaginar que la abuela, en lugar de atemorizar a don Raudo (raudo de cascos como de nombre, lo instó con picardía a que le contase todo. Bajo la presión de su culpa, no se hizo aquél de rogar, pensando por cierto en que la abuela sería, cuando llegara el caso, un buen testigo de descargo a su favor, si no una poderosa abogada defensora.

Junto a las maduras ganas que ya tendría de soltar la pepa (la expresión es de mamá), una molestia inusitada aureoló a su personaje masculino durante la versión de los hechos, por parte del ahora escaldado don Juan, versión que terminó con solicitud para que la abuela dejase intervenir su valioso patrocinio y evitase así el escándalo.

-Bien cuerdo te muestras a los postres -sentenció la benemérita señora, permitiéndose la única chirigota critica en el asunto. Prometió su apoyo, a cambio de que el jovenzuelo le obedeciera en todo cuanto ella decidiese para llevar a buen fin el entuerto, entendiéndose por tal, antes que ninguna otra resolución, el reconocimiento del crío y la manutención de éste y de su madre. Marchóse, pues, atado de manos y contrito el tierno terrateniente. La abuela no se detuvo en pelillos e inició sus diligencias de inmediato, haciendo llamar a Pila. Oída que fue la versión femenina y conforme con ambos de que no la engañaran, tramó una obra de misericordia con la misma eficacia y dominio de la técnica tramoyistica con que un dramaturgo y, a la vez, director de escena, prepara el montaje de su drama. Mamá no conoció más pormenores de la obra. El secreto jugaba un papel principalísimo en el logro del éxito, y la abuela actuó como los mariscales de un país en guerra respecto de sus recursos: subrepticia y muda. Por el contrario, firme, adusta, vuelve aquel atardecer de su visita a las tierras vecinas. Pila Rasca se queda bajo el techo de la abuela. El niño que dio a luz lo prohijó la señora y fue ese viejo jardinero que mi madre se trajo a nuestra casa en la ciudad. Poseía una distinción y una sensible naturaleza que fulguraban en el timbre grave de su hablar. Nunca he conseguido olvidarlo, sobre todo porque tales atributos los empleó siempre en inculcarme aforismos antiguos, enseñarme coplas populares que cantaba con una escalofriante tonalidad de bajo profundo, consejas, misterios, brujerías. Como vistiese siempre de negro, me contestó al inquirirle la razón de su costumbre: De luto por mis dos mamás.

El, dichoso, tuvo dos mamás, si bien la muerte lo hirió también dos veces en lo más terrible: la pérdida de nuestra madre. Bueno como la bondad, cuando le llegó su hora sonreía, al parecer ayudado por brazos maternales en su gran aventura. Yo no lo vi, pero escuché en los comentarios de todos la serenidad que distribuyó esa muerte hermosa y dulce de nuestro jardinero. Con dos mamás no se le teme a nada. **

15

LA CANCION DE LOS POLLITOS

De que no iba a morir. De que Avilés no iba a morir. Lo pensaba sin pensar, ya que el pensamiento lo llevaba en si como la fe o la piel, seguro de que a él no le pasaría nunca nada, pero estaba dispuesto a todo, incluso a despedirse de la vida si había tiempo para ello, lleno de esa terca certidumbre de todos los que saben que van a morir, pero no todavía, para eso falta un buen trecho, siempre viendo la propia muerte tan lejos como la vería un robusto recién nacido. Al sentarse se hundió en la espuma del cojín y en el respaldo donde le dijeron amablemente que apoyara la cabeza también había algo suave y cómodo / ahora seremos amigos -dijo un hombre-, porque somos brutalmente buenos, iguales a los muchachos de antes, ésos que se apisonaban con gomina. Avilés tuvo un relumbrón de sorpresa y/o de felicidad, o posiblemente pura esperanza y comprendió que no podía dejar de asegurar el acuerdo de amistad que le ofrecían, pero no habló pese a que quería hacerlo y se esforzaba en eso que les resulta tan fácil a todos y que él no podía hacer: hablar a través de una boca sumergida en o aplastada por la propia carne del rostro que ocultaba si era joven o viejo a no ser por la abundante cabellera mojada y enrulada, o la ficha de edad, costumbres, picadas de diversión y los colores, una gran cantidad de colores: -de ojos, - de cabellos, -de tez (con/sin cicatrices, bien/mal vestido, lee/escribe (tachar lo que no vale) y todo eso que se pone en los recuadros de cartulina que había sostenido uno de los hombres en la mano y que ahora (¿veia, sentía o no era más que una ilusión?) y que ahora arrojaba sobre una mesita de madera, de pino, sin barniz. Avilés se dijo unas palabras de aliento, no pronunciadas, fue un breve concepto esencial que abulta mucho más que las palabras y entendió en lo que él se decía que no debía ser maricón, que no tenía derecho a quejarse de dolor, porque entre las cosas que se habló (en una fracción de segundo) lo que sonó más fuerte demostraba que todo lo que había ocurrido en otro sitio lejano o cercano apenas unos minutos antes no tenía más consistencia que una pesadilla y se ilusionó con otra realidad, pese a todo el ardor con que escuchaba a los más viejos y cuyos hechos sostenía después con firmeza en los discursos de la Universidad, que ese tipo de acciones y las fugas a la etapanosauria solían practicarse no sólo en los habituales uiquéns oxigenadores sino a diario, aquí mismo, al lado de él. Avilés recordaba, además, algo no muy preciso en el tiempo, pero era una cosa cierta porque la sentía ahora, los otros no han titubeado ni un solo instante en derribarlo de un

puñetazo en el living y Ana llora y grita, Ana pide clemencia absurdamente arrodillada, pide por él y pretende llevarlos de amorosas manos enlazadas al recuerdo de sus madres o esposas, novias o hijos o hasta quienes hiciesen en sus almas el duro, ingrato y dichoso ejercicio de hijos, novias, esposas o madres, antes de continuar estropeándose los zapatos con los golpes, nada más con puras fuerzas, sin pensamientos siquiera, sin pensar dónde se descarga la fuerza y para qué sirve ese derroche.

se descarga la fuerza y para qué sirve ese derroche. sin embargo, esto era en todo diferente y no se atrevió a creer en algo que no fuese una pesadilla / amigo si nos entendemos no habrá dificultad entre nosotros, esa es nuestra palabra—. Como Avilés había comprobado que no podía hablar movió la cabeza aceptando. Esto empezaba a ser bueno, por fin, aunque se avergonzó de hablarse con suelta frivolidad, se avergonzó de privilegiarse mansamente, cuando había tantos otros, / vamos a cantar —dijo un hombre con voz delgada, una lámina de sonidos casi transparente, de manera que cualquier hombre con esa voz se vería tarde o temprano obligado a pensar que algo faltaba en él o quizás sobrase, para la calificación de hombría que necesariamente tendrían que hacerle los demás—, claro que no vamos a cantar todos juntos a la

vez, porque nos gustaría oírte a ti primero, marrano simpaticón ¿conforme? y el primer golpe se aprieta en su mejilla y cae a los pies de Ana y se habla en una fracción de segundo, se dice que éste es su turno, quedará muerto ahí mismo y quizás qué porquería harán con Ana. □ FERNANDO JEREZ

Ni un impulso siquiera, se queda ovillado. Durante las últimas semanas pensó en su delicada situación, sumó lo oído y leído sobre la película rotativa que pasaba en Latinaomérica, e incluso en otros países de más lejos con nombres extraños y ahora entiende de inmediato que sólo tiene sus manos contre el equipo y el entrenamiento de los hombres y no se levanta. Aguarda como algo inevitable la muerte y antes, apresuradamente, aprovecha para decirles a los hombres que con Ana no, respeten a las mujeres, ella

tiene que salvarse, por piedad entonces vas a cantar, simpaticón, una cosa linda que me hace brotar lágrimas de las partes más increibles, dijo el hombre de la voz retrasada en los cinco años, y los otros dos asintieron entre carcajadas uno después del otro, de modo que eran tres los hombres que Avilés no podía ver entre las ruinas desplomadas sobre los ojos, pero que no eran los mismos hombres de antes, aquellos habiaban distinto y mucho menos, seguramente por lo muy ocupados que estuvieron antes de subirlo al carro celular/queremos oír la canción de los pollitos —dijo el de la voz picuda—, pero Avilés discutió sus ocurrencias: no podían hablar en serio, se estaban gastando bromas con él, esos tipos se entretenían, tal vez era la única entretención a que podían echar mano entre sus vidas sobrecargadas de espanto. Avilés se abandonó a la felicidad, se distrajo con ese impedimento que tenía para hablar y que lo salvaba de su incapacidad para elaborar una respuesta, que no lo defraudara a él mismo ni irritara a los hombres, no obstante, el silencio amenzaba prolongar excesivamente el acto y lo llevaba a zancadas largas al sueño, a la tentación de quedarse dormido un poco antes que los dolores se apropiaran por completo de su cuerpo. Hizo un esfuerzo por contestar algo, siquiera con un gesto, pero ningún gesto se componía en su cara que de por sí estaba descompuesta, no desintegrada, más bien engrosada disparejamente, de manera que Avilés la sentía como queda la cara después de la extracción de la muela con esa consecuencia anestésica inolvidable de hinchazón y torpeza/no te pongas pesado -dijo el hombre en tono grave y cursi-, interprétanos/cántate la canción de los pollitos —dijo el otro con la voz más delgada que al principio. Avilés no supo elegir su tentación y se habló torpe y confusamente en una fracción de segundo y después sintió que el rostro se quebraba como un parabrisas derramando el dolor a la caja craneana y a todos los músculos al tiempo que oía su propia, afónica e intermitente voz diciendo no, perdón es que no sé cantar.

y es que no sé cantar, la pura verdad iy estaba enamorado de Nelly! Se habían mirado toda la noche enrojeciendo mutuamente y tocaban discos de Ray Anthony, I can believe that you are in love y The Platters Only You y Los Cuatro Ases con Pretty little poppy y estaba ya en el punto en que se decidía a bailar con Nelly y a alguien ¿Pedro tal vez? se le ocurre jugar a las prendas, a eso de recuperar su lindo reloj pulsera después de cumplir la prueba que todos habían propuesto entre exclamaciones. Y él, que había sido separado del coro escolar, y ni siquiera sabía silbar, pero admiraba a cuantos tocaban la guitarra y cantaban lindas canciones de Los Platters, avanzó hasta el centro de la habitación temblando y sudando mientras todos lo miraban divertidos y él trató de cantar río río devolvedme el amor mío y los otros gritaban tiren el estanque del excusado, pero Nelly apenas reía, se le había llenado el rostro de misericordia.

el hombre de la voz acretinada elevó el tono y dijo no te pongas camote simpaticón, canta la canción de los pollitos y Avilés no vio el gesto de asco del hombre y debe haber sido eso una buena ayuda para que se hablara de las bromas que le estaban haciendo, bromas pesadas, puesto que en una fracción de segundo oyó su propia burla, una burla que insistía en decirle que lo ocurrido en el otro sitio había sido indudablemente verdadero ya que bastaba comprobarlo ahora que se enfrentaba a una repentina dificultad

para respirar, no porque le faltara oxigeno, más bien porque la respiración le restregaba los tejidos y los nervios y hacía una explosión de dolor que no podría soportar mucho tiempo. Un trago de agua le habría aliviado, pero... pero quizás no fuese sino una broma todo eso. Dos hombres al unisono, de completo acuerdo dijeron canta la canción de los pollitos, canta gallo simpaticón, si no te partimos/no sé cantar -dijo Avilés con palabras mal pronunciadas porque el dolor punzaba en cada frase y entonces se dejó sorprender por la idea loca de simular un desmayo-, no sé cantar, no sé ¿qué canción es ésa / iputas!, la canción de los pollitos, ésa que todos hemos interpretado cuando nos hacían dormir, simpaticón / y Avilés se volvió al dolor que le produjo la cara piadosa-irónica de su amor pretendido, al dolor que no alcanzó jamás las dimensiones de este otro dolor en la silla, no el dolor físico, no, el otro dolor (se habló), el dolor que lo aproximaba al llanto liberador, pero mantuvo las lágrimas encerradas en cápsulas de hielo, no por el llanto mismo que por último es un hermoso acto de gotitas que resbalan irrecuperables, desperdiciadas muchas veces, sino más bien por la categoría ruin (se consoló) en que ha caído la belleza y el sentido de las lágrimas y que esos tres hombres por bromistas que fuesen, que fue siempre un gallo de pelea, allá en la tarima de la Universidad, soportando todos los ataques y las injurias con la dignidad varonil de quien está no sólo con la razón, que a veces no es suficiente, también con la mística de un objetivo plural hasta

y el hombre pudo darle a sus palabras delgadas un tono, prehistórico y nocturnal, basta de mariconeo, canta la canción de los pollitos y no te daremos duro, margarito, margarón, y Avilés se dijo y se oyó en eco que no eran bromas, que su salvación era con todo relativamente fácil, que habría sido ridículo morir en un sillón con cojín de espuma nada más por su mala voz y por el infierno de echar afuera una canción entre las heridas que una sobre otra u otra al lado de otra le provocaría el desmayo deseado y, por lo demás, necesitaba sólo la garganta, trataría de mover lo menos posible el pegoteo de la sangre y el sudor. Todo esto en una fracción de segundo. Avilés dijo y aceptó la realidad que se proponia: la de no saber cantar para divertir a nadie; la probabilidad de que los hombres se sintieran burlados, tan burlados que se verían comprometidos a castigarlo. Avilés oyó el reventonazo del aire y lo comentó: debió haber sido una fusta o algo parecido. Se estremeció el aire, y el sonido le latigó el interior y otro hombre habló de electricidad, y otro de la toalla, pero el de la voz aflautada dijó que prefería los golpes de puños y los zapatos puntiagudos. -No te daremos duro si cantas la canción de los pollitos—. Avilés contuvo la respiración, pero no soportó la presión contra los pulmones o los órganos desplazados, soltó el aire y dijo está bien (inclinando la cabeza) y el cerco de la boca empezó a transpirar sangre en brotes espesos y negruzcos después del golpe, y cuando cayó el otro le desafinó más todavía la voz, la voz entrecortada, torpe y sollozante que había empezado a decir los polliitos diiiicennn piiio piiiio piiiiioooo cuuuuannndo tieeenenn hammmmbree cuannndoo tieeenenn friiiiiooooo. Aplausos. Oyó un grito cercano o lejano / ¿quiubo, mierda, no ves como podías cantar la canción de los pollitos? Vamos bien, empezamos a entretenernos.

Pero Avilés ya no podía con el dolor, no sólo ese dolor compensado cuando ocurre en un solo sitio del cuerpo, por ejemplo en la región craneana y el afectado puede en un gesto común y bastante absurdo sobarse la cabeza con la mano sana (Avilés se da cuenta que está atado en la silla), no ese dolor parcial, entonces, sino la totalidad del dolor, de modo que sólo pudo apretar los dientes flojos y en seguida le pareció como una mentira la descarga de una sábana húmeda y arrollada como una cuerda gigante sobre el rostro, y el hombre de la voz indignada: —Viejo —decía— hijo de puta ¿no ves como podías cantar? y el otro (obligado): ¿te lo dijimos no? que si cantabas no te pasaría nada y Avilés sintió la otra descarga, no ya con dolor.

La abuela regresó de New York recargada de maravillas orales y maravillas enlatadas y encartonadas con exteriores brillantes y un recado para la familia: no podían dejar de visitar New York, la maravilla del mundo moderno, facilidades de pago: mensualidades

tan sólo recargadas en el porcentaje del alza del coste de la vida, o puede usted firmar letras en dólares (ya verá cómo es de fácil todo) y la abuela abrió la caja y el niño que estaba siendo encauzado para arquitecto desparramó las piezas en la alfombra y empezó la tarea de montar sobre la base las piezas a escala, siguiendo el modelo del Empire State Building y tenía el modelo muy, pero muy lindo, había avanzado hasta muy arriba en la Universidad, cuando de pronto todo se vino abajo y fue esa la desilusión del niño la tarde que la abuela regresó de New York, porque ¿qué dolor tiene importancia cuando los huesos se apartan de su sitio si maravillosamente lo otro continúa entero, si en los huesos no se entuba ninguna idea o pensamiento? Avilés pensaba sin pensar, porque los huesos lo arrancaban quizás de la quietud y casi lo convertían en un animal retorcido por las llamas de sus heridas, pero la sustancia del pensamiento aún la tenía en alguna parte del cuerpo, que segúía amarrado, sin embargo, a la silla, y lo cierto es que Avilés reconoció lo que él mismo se decía: que iba a morir (y casi no era necesario gastar pensamientos en que iba a morir), pero se entusiasmó con la idea de todos los que yacen en las camas de los hospitales, no sólo con las ideas de los que yacen en las camas de los hospitales enfriándose con la seducción sensual de la muerte, sino también con las ideas de los que caminan a diario a sus oficinas con ese desprecio olímpico hacia un destino que no puede vulnerar ni sus trajes de moda ni sus carpetas colmadas de contratos internacionales, ni la vanidad de sus impensados pensamientos; lo entusiasmó a Avilés la esperanza de que la broma terminaría y se levantaría de la silla, se lavaría con agua fresca las heridas y caminaría como antes a reclutar voluntades deseosas de vivir, se reuniría con su pobre gente y su fe marchita (la de ellos), con su propia fe renovada, no debilitada sino reforzada y vitaminizada por el encuentro fraternal de su sangre y la de los otros que esperan desde antes y después de Cristo y su leyenda, o su verdad o su mentira o lo que sea, desde entonces, esperan cursar la factura del sudor y la sangre. Y el hombre dijo así es que sabías la canción de los pollitos, cabrón, y lo que son las cosas: te sacamos la cresta por no querer cantar, la de golpes que te habrías ahorrado, Margarito simpaticón, y habría sido tan fácil cantar con aplomo ahí en el centro del

living, hacer por último como que esa mala voz y ese desentono lo sacaba a propósito porque era una fiesta de alegría y, sin embargo, la idiotez de la vergüenza saltó a las mejillas transformando el rostro ahí, frente a Nelly; hasta quedar con una torpe y cretina actitud de súplica, tal vez por la misma lucha de empujar y sudar la canción, pensando sin pensar que temblaba, que las piernas se doblarían y dejaría de ser el creido y suficiente de antes. El cretino tímido y cobarde, meándose por una canción.

meándose por nada, porque él ni quería ni pensaba mearse, y el hombre con la voz mucho más delicada ahora, no tanto con la voz de las mujeres, más bien con la exageración que ponen las mujeres exaltadas en la voz le dijo a Avilés: entonces ahora que te decidiste a cantar, ahora que entiendes cómo es la cuestión para no violentarnos, ahora entonces vamos a empezar la fiesta centendido?, y con un puñetazo en la barbilla enderezó la cabeza de Avilés y no comenzó a sangrar ahí en la barbilla, fueron las costras o pelotones viscosos de arriba los que saltaron a sus calzoncillos y después la sangre, y el hombre siguió hablando tranquilamente: vamos a empezar la fiesta, entonces, con la canción de los gatitos ¿okey?, listo maestro, no seai pelotas, simpaticón, cántate la canción de los gatitos.

Pero Avilés no recordaba ninguna canción de los gatitos, llegó a esa conclusión en una fracción de segundo y que no habría podido abrir la boca siquiera y entonces fueron los tres hombres ¿o eran más? los que descargaron bultos sobre él, y sintió el chorro tibio entre las piernas, por nada,

allá adelante, porque era buen orador y le gustaba llegar a la conciencia de los demás, de manera que si fuese necesario morir por la causa...

pero se dejó entusiasmar de nuevo, ¿así era la agonía?, se levantaría, dejaría unos jirones de piel en la silla y les diría a los demás lo mismo de antes, lo mismo, pero ahora con esa voz que tiene después de sentir ese relevo que muy pocos privilegiados pueden contar, ese relevo que tal vez ni el mismo Avilés contaría, el relevo que se produce entre la vida y la muerte o entre la muerte y la vida. **

17

POETAS CHILENOS EN ESPAÑA

En la sección dedicada a Poesía de vez en cuando agrupamos a los poetas por su residencia. Ejemplos de esto han sido Poetas chilenos en Canada, en París y en EE.UU. Estas agrupaciones las hemos hecho sin considerar generaciones. La excepción fue Poesía Nueva de Chile en la cual se antologó a los poetas residentes en el país, basándonos en el encabezamiento, esto es, formalmente poesía nueva.

En esta oportunidad agrupamos a siete poetas residentes en España. En orden cronológico estos son:

Santiago Alcalá (Rancagua 1921), como seudónimo de Gustavo Solis de Ovando Peragallo. Libros: *Cuatro duros carpinteros*, editado por el Instituto de Estudios Políticos para América Latina y Africa, 1980. Tiene inédito el volumen *Me prohiben soñarte*.

Sergio Macías (Gorbea 1938). Premios: Angel Cruchaga Santa María, Primer Premio 1967. Gabriela Mistral, Segundo lugar 1968 y Primer lugar, 1971. Libros: Las Manos del Leñador, 1969; La Sangre en el Bosque, 1974; La 'casa' como símbolo poético en la obra de Pablo Neruda, 1976; En el tiempo de las cosas, 1977; Los poetas chilenos luchan contra el fascismo, 1977; Mecklenburgo Canción de un desterrado, 1978; Nos busca la esperanza, 1979; El jardín de la Amistad, 1979; El niño y la tierra, El Jardinero del Viento, 1980; La Comunión del Dictador, 1983 y Canciones para Chile (antología). Reside en Madrid desde 1978; Radomiro Spotorno Oyarzún (Arica 1950). Abogado. Ha vivido en París y actualmente reside en Madrid. Libros: Jaula de papel, Ed. Grillom, París 1974

Roberto Bolaño (Santiago 1953), co-fundador del Movimiento Infrarrealista en México, 1975. Junto a Bruno Montané, editor de la revista *Rimbaud vuelve a casa*. Libros: *Reinventar el amor*, editado por Taller Martin Pescador, México 1976. Mención en el Concurso Casa de las Américas con *Gorriones cogiendo altura*, escrito junto con Bruno Montané, 1975.

Sergio José González (Santiago 1955), psicólogo y antropólogo. Prepara su tesis sobre Identidad y Exilio en Chile. Fue co-director de la revista La Castaña. Libros inéditos: Señales de humo y Como si oyera llover. Bruno Montané (Valparaïso 1957). Ligado a Roberto Bolaño en sus actividades y creación. Con él fundó el Movimiento Infrarrealista y editaron la revista Rimbaud vuelve a casa. También compartieron la Mención en el Concurso Casa de las Américas con Gorriones cogiendo altura. Reside en Barcelona.

Gonzalo Santelices (Santiago 1962), reside en Madrid. Premio Arcipreste de Hita de Poesía, 1983, con su libro Todo esto para que los muchachos enseñasen sus glandes de tortuga desde el Puente de Brooklyn.

Mención de Honor del Instituto Español del Libro de las Naciones Unidas.

Por supuesto que hay más poetas chilenos residentes en España. Entre

Por supuesto que hay más poetas chilenos residentes en España. Entre ellos Galvarino Plaza, de quien nos fue imposible obtener poemas de última producción y lógicamente omitimos recurrir a las antologías antiguas para reproducir algunos de sus poemas.

GONZALO SANTELICES
BRUNO MONTANE
ROBERTO BOLAÑO
SERGIO MACIAS
SERGIO JOSE GONZALEZ
SANTIAGO ALCALA
RADOMIRO SPOTORNO OYARZUN

□ GONZALO SANTELICES

EN LOS CIPRESES ESTA MARCADO

En los cipreses está marcado el ritmo del otoño, el samurai recoge su pelo como si de lluvia se tratase. En primavera detenidos la nuca del oceáno castiga los búcaros, el cuero de laberinto, así, escuchar la arcilla es ausencia.

Y EL PAJARO DE MARZO

Y el pájaro de marzo araña las lámparas. La calle es entera del invierno; nos huele en esta página, sabe que estuvimos aquí odiándole.

OS HABLO DE SAMARCANDA

Os hablo de Samarcanda, la que grita en los timpanos del plagio, que escupe a los duraznos por ser bellos. Me ata leucemias y soy pasto de la bondad de los jardineros.
Sé que avanza hasta oirse casco de duna. Samarcanda es modal de viento, giro de pájaro, ciudad de Tamerlán apresando estilográficas.
Amadla con los cabellos sueltos.
EL OLFATO PURO DE LA GESTA

El olfato puro de la gesta, la nave de Sidón cargada de palabras hermosas y metros de dioses extenuados muy cerca del mar: todo te llama menos la muerte que disculpaste, esta soledad en ti declarada.

D BRUNO MONTANE

HOMENAJE A TODAS LAS FECHAS

Las formas, las maneras

la gente que uno abandona o cree perdida

Las nebulosas de la realidad

atravesándonos la mente como lejanos animales

Y de pronto el golpe, atorados en el dolor por segundos

más inútiles que chatarra

Lo imprevisto como una trampa:

ácido encuentro,

el sueño echado a perder por la vida

y su intensidad:

la muchacha y su compañero, la locura la represión

palpitando:

un corazón animal y afónico

que suda demasiado como el azar

como la inteligencia de la Historia:

nuestra furia, nuestra tranquilidad.

11, septiembre, 76.

PELIGRO A TODA MAQUINA

La luz amarilla flotando en la oscuridad

tintinea sobre el silencio, más abajo: el agua

La luz zumbando alargada, aves marinas durmiendo entre las rocas.

El peligro a toda máquina

cuando nadie quiere reconocer sus gestos,

su manera al bolsillo la mano,

los ojos tremendos que le cantan a las piernas

de la niña

Noche de agüita casi indefinida

Manchas sepias o azules, entremezcladas en el mantel

de plástico,

en el restaurante de la esquina más cercana

Casi reconocimiento de que así, no, las cosas, el mundo,

la velocidad de la locomotora entrando a la estación

en la ciudad que da al mar,

o la acelerada infernal en medio de la pampa

La agresiva manera de retirarse del lugar

en donde las papas se incendias, (donde domina el miedo)

y las otras posibilidades)

Tiranizado el derecho a no ser uno mismo

Escapando gerundisimo el instantáneo par de piernas

por la calle super vacía, mientras llueve

Y la arena en la imaginación: trillones de pequeños

mundos

O fenomenología de los desvanes desde que estos existen:

niños entre ropa pasada, añeja, pudor de otro siglo

Siempre después de la batalla

aparece el regimiento repartido en chancro por grupitos

Y la pena comienza a coagularse

Todo esto en el desván del universo para ustedes, para mí, para tu manera de escupir a la vez que caminas

respirando exquisito smog de estos lustros

que de a poco se abrasan

Navegando en otro campo activo,

el del corazón dentro del corazón

Aparecen los buques, metáforas viajantes

amoldándose a un viviente deseo

Como si lo humano fuera ciudad mental o campo verde ante una aparente sencillez al escribir versos

que tratan, que se esfuerzan

en darte una parcial imagen

de esta vida

□ ROBERTO BOLAÑO

LOS NIÑOS ROJOS

Como en una película

Después del gran terremoto

Siempre hay un niño

Que no muere

Extraño y dialéctico film

En el otro lado del sistema.

A veces el barco naufraga

En los mares del oriente

Y todos los pasajeros se ahogan

O son devorados por los tiburones

Sin embargo siempre hay una niña

Que sobrevive.

Y sus ojos negros recorren

La isla que es como un laboratorio

Como un mapa de las galaxias

Y también como un montón de juguetes

Esperándola.

La vida tal vez quiere

Seguro que quiere

Que en las grandes catástrofes

Ellos sean pequeñas anti-catástrofes

Formas de criticar

Nuestro destino nuestro azar y nuestros

Crimenes premeditados.

Y ası algunos escapan

Cuando los buses chocan cuando los

Supermercados se incendian

O cuando la aviación de guerra

Destruye totalmente sus pueblos.

Así algunos escapan A las doce del día

A las doce del dia

Protegidos solamente por sus sueños

Y son sombras que se proyectan

En las oficinas

Lentos resplandores

Que creemos ver en la frente

De la mujer que amamos.

Después viene la calma de

La Contrarrevolución después vienen

Los largos interrogatorios eléctricos Y las baladas sobre hombres

Que nunca regresarán a casa.

Los pantanos se ponen más espesos que nunca.

Pero siempre

Creo yo

Queda algún niño

Para sobrevivir rabiosamente

Y contarlo.

□ SERGIO JOSE GONZALEZ

CRONICA DEL AFUERINO

Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo para mostrar al mundo cómo era su casa. Bertold Brecht.

En mi ventana de Madrid se ve la Cordillera idéntica a como la vive mi memoria Soy un afuerino arrastrando guijarros de lluvia revisando la herencia que me habita con tantos rostros caminando por la Alameda cuando la soledad sigue la metamorfosis de la oruga y escribo el secreto de la tierranieve del Mapocho en la bitácora de este viento castellano Soy un fruto del país más austral

y me enfermo de nostalgia viviendo inviernos cuando aquí es verano venciendo las ausencias como náufrago con el mar a dos manos

con la boca llena de alegría verdadera cual jarrón sin flores que de pronto le brota la primavera nacido y criado en el archipiélago de Chile salobre racimo de islas cubriendo el país collares de basalto y diorita nevada que bajaron de los Andes

para quedarse entre los valles como perdices anidadas

Melípilla Pichilemu Curicó nombres mapuches para las islas que el viento sembró (Atacama es una isla con forma de desierto)

En Tocopilla los albatros se detienen como un oasis del océano Antofagasta es otra isla rodeada de nubes y espejos de cobre

Pisagua y Chacabuco islas del dolor Valparaïso y yo navegamos un destierro de siglos Hay una isla con álamos tilos eucaliptus y el Maule

Hay una isla con álamos tilos eucaliptus y el Maule en la cintura: la isla de Talca es Chillán una isla morena de arcilla y mimbre con aguardiente que corre por sus venas pasando el acueducto del Malleco Chile es una isla unida por la Cruz del Sur En Valdivia y Osorno hay islas rodeadas de lagos verdes y araucarias

Chiloé con las velas desplegadas hacia los mares australes trás la niebla En la Artártida comienza la tierra firme e inhóspita.

TRAS-TIERRA

Cómo me duele esta lágrima
Cómo me salva esta lágrima
Larga y angosta lágrima
con desierto jardín y glaciar en las entrañas
Esta lágrima que me sostiene el llanto
más hijo de Ella cuando amo
más cerca aun del territorio que recreo
más lejos cuando el preceptor
cierra el mapa y me la quita.

FLORA CHILENSIS

Hay que seguir cultivando gabrielas y violetas en los jardines de la patria.

□ SERGIO MACIAS

POR CULPA DE KAFKA

Después de leer a Kafka, se dieron un beso de tortuga. Se amaron como dos animalitos, olvidándose desde entonces de la gente.

A veces uno se sube en el otro. Se transportan alegres por toda la habitación. Anoche se convirtieron en dos arañas aterciopeladas. Tejieron una tela inmensa en cuyo centro copularon con luna. Hasta que ella, como nunca de fatigada y con júbilo lo devoró lentamente.

¿QUIEN?

¿Cuando vuelva al lugar en que nací, recordarán mis ojos y las palabras? ¿Quién notará en mis débiles canas, al niño que subía los manzanos de la aldea?

POR LAS CALLES DEL SIGLO XX

Alguien cogió a John Keats.

Lo llevó de paseo por las calles del siglo XX.

En la esquina más populosa leyó:
"Durante muchos años mis trabajos tienen que permanecer mudos"

El alma que leía se estremeció de lágrimas.
Todo se volvió silencio hasta que le tocaron el corazón.

Era John Keats que comenzaba a hablar de nuevo.

POR LAS CALLES DE MADRID

Dicen que llegó del sur con muchos líquenes, con lluvias que hacen nacer las primaveras.
Cada noche se sienta por Pretil de los Consejos, a dialogar con una estrella.
Dicen que camina por la calle de la Sal, para recibir en su boca la miel del cielo.
Dicen que su cabeza está allí, lejos de los odios humanos, junto a un astro que palpita en su corazón de solitario.

SOLITARIO

Vi a una nube con forma de pájaro. Vi a un pájaro atravesar la nube. Vi llevarse por el viento a nubes y pájaros. A un hombre quedarse solo bajo el cielo profundo.

LA SENTENCIA

En polvo te convertirás.
Pero la lluvia renacerá en tus huesos.
Tu vino lo beberá otra boca,
y tus besos cantarán en el agua,
en los árboles,
en el viento,
mientras una mariposa negra revolotea
sobre los párpados de tu hijo.

D SANTIAGO ALCALA

MINERO DEL CARBON

Sufro tu obscuridad y tu impotencia. Pero es mentirosa mi pena; hipócrita mi lágrima; insolente mi boca, cuando nombro tu miseria, tu explotación increible. la suma de sudores de tu cama caliente. Hermano. compañero. ¿quién soy yo para nombrarte, si nunca, nunca, seré capaz de hacer caminar mi poesía entre tu silicosis v tú: entre el derrumbe v tú: entre el llanto de tu madre y tú: entre tu desesperanza y tú? Pero, un día, compañero, tu nieto v mi nieto, entrarán al parque de Lota, como dueños. Y el tuvo.

será Comandante.

NOSTALGIA Abro mi ventana y dejo que entre, tranquilo, el aire fresco. Está nevando. Respiro con deleite. El aire va penetrando y equilibrando mi cuerpo y mi alma. Naci en medio de la nieve. Amo la nieve. Amo la montaña, señorona y tranquila, quieta, acogedora, escuchante v seria. que sólo permite romper su silencio que ella misma hizo nacer y al que deja correr, infantil y alegre, por entre su regazo cariñoso. Pauta de notas cariñosas para ser escuchadas sólo por mí. Montaña. Mi montaña. Está nevando.

□ RADOMIRO SPOTORNO OYARZUN

CON GRIETAS

Con grietas de memoria entreteje su tela de muerte la araña del tiempo. Acecha agazapada en el rincón del cuarto mientras los amantes adormecidos hilan su propio olvido.

LA LLUVIA

En el Norte no llueve nunca

algunas mañanas frías una fina niebla moja el aire la camanchaca v si hubo mucha camanchaca si una nube cayó a tierra y la besó brotarán las añañucas flores fugaces, finas copas de pie largo para que los cerros desérticos sacien un poco tanta sed de vida. Pero no llueve nunca. Para ver llover tuve que ir a Santiago y ahí la maravilla que cae del cielo. Fue infinitamente dulce ese agua fue cristal pulverizado de una carcajada agujas divertidas como de azúcar. Por eso cada vez que llueve me pongo desproporcionadamente alegre y mis amigos no me entienden. SANTIAGO

A Nicolás Yerobi

Santiago es fea, no podemos decir otra cosa. Todo lo que es bonito en Santiago no es Santiago. La Cordillera El Cielo La Iluvia La Gente pero la ciudad misma es fea iAh mi fea Santiago! ¿Ustedes han sido amados por una mujer fea? Son especialmente tiernas te acarician con sus manos regordetas como si tú fueras el mismísimo Adonis Asi ama Santiago. De pronto una triste esquina te estremece, una calle húmeda y fría te besa dulcemente. Si te sentaras en una placita humilde en un viejo banco cojo se abriría a ti entre asombrada y sonriente. ¿Qué será de mi feïsima Santiago?

PEDRO ROJAS

□ JORGE DIAZ

A los que componen las palabras letra a letra en los agujeros de la clandestinidad.

Basado en un personaje real.

A Eliana Vidal, En recuerdo de una jornada de teatro.

PERSONAJES
PEDRO ROJAS, 50 años.
JUANA VAZQUEZ, 45 años.
TENIENTE, 35 años.
Y VOCES, RUIDOS, EFECTOS DE SONIDO.

Los nombres de los dos personajes principales provienen de un poema de César Vallejo, al cual le colocó música Daniel Viglietti. Los versos de Pablo Neruda que se incluyen en el texto son fragmentos de: Oda a la vida (Odas elementales) Saludo (1949) (Canto General)

La gran alegría (Canto General).

AMBITO VACIO. NO HAY DECORADOS. SOLO ALGUNOS ELEMENTOS DE ATREZZO QUE TIENEN QUE VER DIRECTAMENTE CON LA ACCION Y LA SITUACION, LA OBRA DEBE PODER REPRESENTARSE EN CUALQUIER ESPACIO DONDE SE REUNAN UN GRUPO DE PERSONAS. SERIA DESEABLE DISPONER DE ELEMENTOS DE ILUMINACION SUFICIENTES. ES INDISPENSABLE DISPONER DE UN SISTEMA DE MEGAFONIA. EL ACTOR 1 Y LA ACTRIZ ESTAN YA CARACTERIZADOS COMO PEDRO ROJAS Y JUANA VAZQUEZ. ROPAS MODESTAS DE TRABAJADORES MANUALES CHILENOS. BAJO UN FOCO DE LUZ BLANCA Y FRIA SE ADELANTAN Y HABLAN FRENTE AL PUBLICO DIRECTA Y SENCILLAMENTE. NO HA HABIDO MUSICA NI SONIDO ALGUNO QUE PRECEDA ESTOS PARLAMENTOS.



ACTOR 1 Nosotros conocemos muy bien el silencio de las poblaciones baio el toque de queda.

ACTRIZ

Podemos diferenciar los pequeños ruidos sin importancia de los otros, los que nos hacen incorporarnos, alertas: ladridos, pasos precipitados, el frenazo de un jeep...

ACTOR 1 La mayoría duerme, algunos velan, todos tienen miedo. Pedro Rojas trabaja.

ACTRIZ Pedro Rojas hace funcionar la máquina ciclostyl en un sótano disimulado bajo el gallinero que tiene en el patio de su casa.

ACTOR 1 Ferroviario, militante anónimo, padre de dos desaparecidos, Pedro Rojas ha cubierto el sótano con cajas de huevo vacías para apagar el ruido de la pequeña máquina, con la que imprime propaganda clandestina.

CAMBIA LA LUZ FRIA Y BLANCA. LUZ AMBIENTE QUE SE SUPONE QUE PROVIENE DE DOS VELAS QUE ESTAN ENCENDIDAS SOBRE UNA PEQUEÑA MESA SOBRE LA QUE TRABAJA PEDRO ROJAS. (LA UTILERIA DEBE SER ABSOLUTAMENTE REALISTA ASI COMO LA MAQUINA CICLOSTYL Y SUS ACCESORIOS). PEDRO ROJAS ES UN HOMBRE MADURO DE GESTOS LENTOS PERO MIRADA ALERTA. LLEVA UNOS ANTEOJOS PEQUEÑOS DE ARO METALICO, SE QUITA LOS ANTEOJOS Y SE FROTA LOS OJOS. ENCIENDE UN CIGARRILLO O DA LAS ULTIMAS CHUPADAS A UNO QUE YA TENIA ENCENDIDO EN ALGUN SITIO. SE ESCUCHAN TRES GOLPES PAUSADOS SOBRE LA MADERA QUE CUBRE LA TRAMPILLA QUE DA ACCESO AL SOTANO. PEDRO, ATENTO, VA HACIA EL FONDO DONDE SE SUGIERE UNA ESCALERILLA. POR ELLA BAJA UNA MUJER. ES JUANA VAZQUEZ. LLEVA UN TAZON DE LECHE. LO DEJA SOBRE LA MESA.

JUANA Tómate la leche antes de que se enfrie.

UN SILENCIO MIENTRAS JUANA DESMENUZA MIGAS
DE PAN SOBRE EL TAZON PORQUE SABE QUE ESO LE
GUSTA A PEDRO.

Ya son las cuatro. Termina con eso. Pareces cansado. PEDRO Son tus anteojos. Ya no me sirven. Tendría que

JUANA Al principio te servían. Lo que pasa es que aquí no se ve nada.

JUANA ENCIENDE UNA BOMBILLA QUE CUELGA EN EL SOTANO. RUIDO DE GALLINAS ALBOROTADAS.

PEDRO	(ENERGICO PERO EN VOZ BAJA) iApaga! En		PEDRO ABRE EL LIBRO Y LEE, CON CIERTA LENTITUD
	cuanto enciendo la luz las malditas gallinas se creen que amaneció.		DEL PRINCIPIANTE, UN FRAGMENTO. Cuando salí de allí, perseguido, erizado de barbas y
JUANA	(SONRIENDO) Así pondrán más huevos.		pobreza, sin ropa, sin papel para escribir las letras que
PEDRO	Pero arman la casa de putas. Los vecinos terminarán		son mi vida, sin nada más que un pequeño saco, traje
	sospechando. Es mejor trabajar con las velas.		dos libros y una sección de espino recién cortada al
	JUANA APAGA LA BOMBILLA. EL RECINTO QUEDA NUEVAMENTE ILUMINADO SOLAMENTE POR LAS	IUANA	árbol. Me gusta. Parece que habla de tu vida.
	VELAS. JUANA SE ACERCA A LA MAQUINA CICLOSTYL.	PEDRO	Y de la tuya y la de todos.
JUANA	Vete a dormir. Yo puedo terminar estos volantes,	JUANA	(DULCEMENTE) No todos tienen que leer y escribir.
	para eso no necesito los anteojos.	,	Alguien tiene que hervir la leche, hacer la sopa y darle
PEDRO	Yo tampoco. Podría hacerlo en la oscuridad. Déjalo.		de comer a las gallinas.
HILANIA	Ya no queda papel. Lo más jodido es lo otro.	PEDRO	(SERIO) Eso también se hace mejor sabiendo leer y
JUANA PEDRO	¿Los textos, las letras? Sĭ, armar las planchas, copiar los originales que me		escribir.
TLDRO	entregan.	JUANA	Tú sabes leer y no tienes anteojos y yo que los tengo, no me sirven de nada
JUANA	No puedo ayudarte en eso. Si supiera leer	PEDRO	El hijo de puta que me los rompió en un interrogatorio
PEDRO	Te falta muy poco. Si tuvieras un poco más de	ILDRO	usaba unos gruesos anteojos de miope.
	paciencia		PEDRO LE DEVUELVE LOS ANTEOJOS A JUANA.
JUANA	No puedo, Pedro. Sabes que lo intento, pero ya estoy		Póntelos.
DEDDO	muy vieja para aprender a leer.	JUANA	¿Otra vez?
PEDRO	A los niños les cuesta igual, qué te crees. IUANA SE SIENTA.	PEDRO	Sĭ, vamos a intentarlo de nuevo.
JUANA	Tú no sabes lo cansada que estoy, Pedro. Eso de leer		PEDRO ABRE EL LIBRO DE NERUDA.
jornitre	me llegó muy tarde. Déjalo.	JUANA	Lee. (CON DIFICULTAD) TTdaslatude
	PEDRO HACE UNA PAUSA Y SE SIENTA JUNTO A ELLA.	JUANA	Conozco algunas letras, eso es todo. ¿pero qué hago
	LA MIRA A LOS OJOS Y LE COGE LAS MANOS.		con ellas? (SONRIE TRISTEMENTE)
PEDRO	Sé lo cansada que estás.		PEDRO LE QUITA LOS ANTEOJOS Y SE LOS PONE. LEE.
	En el campo de concentración, molido por las palizas	PEDRO	Todas las noches leo tu descripción, tus ríos, ellos guían
	y los interrogatorios, los compañeros me enseñaron a leer, sin un papel, sin un lápiz, rayando con las uñas		mi sueño, mi exilio, mi frontera
	en el yeso de la pared. Aprendí de pura rabia, de puro		PEDRO LE DA LOS ANTEOJOS.
	cansancio.	JUANA PEDRO	(CON DIFICULTAD) Todas lasna
	Había un metalúrgico que escribía así, en el aire, y me	JUANA	No
	obligaba a repetir letra a letra	JUANA	PEDRO LE QUITA DE NUEVO LOS ANTEOJOS. JUANA
	PEDRO DIBUJA EN EL AIRE CON SU DEDO.		SE RIE.
JUANA	(FASCINADA CON EL GESTO DE PEDRO EN EL	JUANA	Con un solo par de anteojos no podemos seguir.
	AIRE) ¿Y qué escribía?	PEDRO	iMaldita sea! Tendrían que ser letras más grandes
PEDRO	Palabras palabras que me sonaban bien. Yo las veía.		para poder verlas sin anteojos.
JUANA PEDRO	¿Qué decían? (RECITANDO LENTAMENTE, COMO SI LEYERA		PEDRO RECOGE UN PAPEL DE PERIODICO MUY ARRUGADO Y LO ALISA.
TEDRO	LAS PALABRAS EN EL AIRE)		Estas si que las veo. Fijate bien en estas palabras. El
	Vida,		otro día conocías las letras. No las habrás olvidado,
	eres como una viña:		supongo.
	atesoras la luz y la repartes	JUANA	El otro día, el otro día iqué sé yo lo que conocía
	transformada en racimos.		el otro día!
	El que de ti reniega	PEDRO	Inténtalo.
	que espere un minuto, una noche,		JUANA MIRA ATENTAMENTE EL PAPEL Y MODULA CON ESFUERZO.
	un año corto o largo,	JUANA	ELELORRE
	que salga	PEDRO	No, or or
	de su soledad mentirosa,	JUANA	EL ORDEN
	que indague y luche, junte	PEDRO	Repite.
	sus manos a otras manos,	JUANA	ELORDEN
	que no adopte ni halague a la desdicha,	PEDRO	Sigue.
	que la rechace dándole	JUANA	SESERE (IMPACIENTE) iPor favor, la E no es igual que la A!
	forma de muro,	PEDRO	Bah, casi iguales.
	como a la piedra los picapedreros.	PEDRO	No me discutas. No son iguales.
JUANA	El metalúrgico era un poeta.	JUANA	(INTENTANDOLO DE NUEVO) SERA
PEDRO	Quizás lo era, anda tú a saber, pero estas palabras las	PEDRO	Bien. "El Orden será
	escribió otro camarada.	JUANA	CARA
	(CON SENCILLEZ, CASI PARA SI) Me enseñaron a	PEDRO	No. ¿Qué letra es ésta?
	leer y a escribir en la prisión con los versos de Pablo Neruda. Los sabían de memoria.	JUANA	Gue.
	Después de tres años de estar allí, al salir, compré el	PEDRO	Bien. ¿Entonces?
	primer libro de mi vida.	JUANA PEDRO	GARANTIEsto no lo sé. ¿Qué letra es? ZZ¿No has oĭdo hablar del Plan Z?
	PEDRO COGE UN LIBRO VIEJO, Y MANOSEADO QUE HAY	JUANA	(SONRIENDO) iY quién no!
	CERCA DE LA MESA.	PEDRO	Bueno, pues esta letra es el Plan Z.
	Canto General.		23
			23



		JUANA	(ALGO CRISPADA) Aprender a leer, aprender a usar la multicopista, aprender a esconder la propaganda
JUAI			iPedro, todo esto es injusto!
PEDI	RO Repite.	PEDRO	
JUAI	NA GARANTIZADO.		Claro que es injusto.
PEDI	O Y ahota la frase completa.	JUANA	No me entiendes. Quiero decir que es injusto que se espere tanto de nosotros. También tenemos que
JUA1 PEDI	O Muy bien, muy bien.		aprender otras cosas: a reirnos, a sentarnos a la mesa sin ver a nuestros hijos, en fin, a vivir. (SE LE
	AHORA PEDRO SE DA CUENTA DE LO QUE HA ESTADO LEYENDO. TERMINA DE LEER EL TITULAR EN SILENCIO (PARA SI) ¡Basura!		QUIEBRA LA VOZ. AHORA HABLA EN VOZ BAJA, INSEGURA) A veces pienso que estamos locos, que
HIAN			estamos equivocados. Mientras nosotros nos
JUANA PEDRO	RO Escucha: "El orden será garantizado por las Fuerzas		encerramos en este sótano, mientras tú escondes el material entre el carbón, mientras yo llevo la
	Armadas hasta 1998, por lo menos". iEso se creen ellos!		propaganda bajo las lechugas, la gente van y vienen,
	(ARRUGANDO EL PAPEL DEL PERIODICO)		se reunen, comen, hacen bromas, tienen hijos se
	¿Por qué compras esta mierda? Nunca había visto		hacen el amor.
	"El Mercurio" en esta casa.		PEDRO ROJAS, CON SU CARA GRAVE Y SU ASPECTO REPOSADO, LE TOMA LAS MANOS Y SE LAS APRIETA
JUAN			SIN DECIR ŃADA. UN SILENCIO. JUANA SE RECOBRA.
PEDI	carnicería.	IUANA	La leche se enfría. ¿Quieres que le eche más pan?
JUAN	- Para to attract data survey bara ta carring that	PEDRO	(SONRIENDO) No, está bien.
JUAI	de que el Orden será garantizado por las Fuerzas		PEDRO EMPUÑA LA CUCHARA PARA TOMAR SU SOPA
	Armadas hasta 1998?		DE PAN Y LECHE CUANDO ALGO LO PONE TENSO, ALERTA, ALGO QUE VIENE DEL EXTERIOR.
PEDI	O Para eso también. Hay que leerlo todo.		JUANA TAMBIEN SE PONE TENSA. SE ESCUCHAN UNOS
JUAN	IA (SUAVEMENTE) Hemos tenido dos hijos sin saber		RUIDOS CONFUSOS. PEDRO, AUN CON LA CUCHARA EN LA MANO, SE PONE DE PIE LENTAMENTE, SIN
DEDI	leer, Pedro.		HACER EL MÉNOR RUIDO.
PEDI	O (DESPUES DE UNA PAUSA) Juana, en la cárcel no podía dormir. No era por los golpes porque llega un	JUANA	(EN VOZ BAJA) ¿Qué pasa?
	momento en que el cuerpo se anestesia y ya no sientes		PEDRO LA HACE CALLAR CON UN GESTO. JUANA APAGA LAS VELAS. EN LA OSCURIDAD SE ESCUCHA
	nada. No podía dormir porque pensaba en muchas		LA VOZ SUSURRADA PERO ENERGICA DE PEDRO.
	cosas. (UNA PAUSA) Pensaba que ellos tienen armas.	PEDRO	¡Escapa! ¡Avisa a los compañeros!
	No me refiero a las metralletas. Tienen otras armas		JUANA INICIA UN MOVIMIENTO HACIA LA ESCALERILLA.
	también: saben leer, han estudiado. Están doblemente armados.		iPor ahí no! iPor atrás! iCuidado con las gallinas! iAvisa a los compañeros!
JUAN			JUANA DESAPARECE EN LA OSCURIDAD DEL FONDO.
PEDI	dan una especie de fuerza que ellos no conocen. Es		ESTALLA EL ESCANDALO DE LAS GALLINAS EN LA PARTE SUPERIOR, SE ESCUCHAN GOLPES VIOLENTOS SOBRE LA MADERA. LA VOZ EN OFF QUE SE ESCUCHA
24	nuestra única arma. Por eso tienes que aprender a leer.		PROVIENE DE UN MEGAFONO.
44			

VOZ EN		LUCHO	¡Ya se me trancó el papel orra vez!
	iEstán rodeados! iNo se muevan! iEsto es un operativo militar!	JUANA	iPero si la máquina trabaja solita, Lucho! No te pongas nervioso. Basta que la mires trabajar y
	JN FUERTE HAZ DE LUZ ASOMA POR LA TRAMPILLA. EL TENIENTE, ARMADO CON UNA PISTOLA EN LA MANO		coloques el papel a tiempo.
[DERECHA Y UNA LINTERNA EN LA MANO IZQUIERDA,	LUCHO	Ya, pero como es la primera vez
	BAJA POR LA ESCALERILLA. ES LA UNICA LUZ QUE HAY EN LA ESCENA.	JUANA	Hay que tener el material listo para esta noche. Van a
E	EL TENIENTE LE ECHA EL CHORRO DE LUZ SOBRE LA	LUCHO	venir a buscarlo de Barrancas. Por mí estará listo, segurosiempre que esta
	CARA A PEDRO. DA ALGUNAS ORDENES A LOS SOLDADOS QUE LO	LUCITO	porquería no se vuelva a trancar.
	ACOMPAÑAN PERO QUE NO VEMOS.	JUANA	Sin esta "porquería" estaríamos mudos, como
TENIENTE	iLos brazos contra la pared! iVamos, mierda! PEDRO, TRANQUILO, SE PONE CONTRA LA PARED		amordazados.
	CON LOS BRAZOS EN ALTO.		Bueno, me falta todavía armar una plancha y escribir la última página. La termino mientras tú tiras las
	¿Hay alguien más contigo?		otras dos.
PEDRO	(DE ESPALDAS) No.	LUCHO	De acuerdo.
TENIENTE	iLas armas! ¿Qué?	JUANA	iTrajiste la bicicleta?
TENIENTE	¿Dónde escondes las armas?	LUCHO	Sĩ.
PEDRO	No hay armas.	JUANA	Mejor te vuelves a pie o en el bus. Deja la bicicleta para el compañero de Barrancas que tiene que llevar el
TENIENTE	Apostaria que hay un arsenal debajo del gallinero.		paquete.
	Hay que tener huevos para hacer esto, gallitoy	LUCHO	Es que la necesito para ir a la fábrica.
	gallinas no te faltan (SE RIE) ¿Cómo te llamas? PEDRO ROJAS NO CONTESTA.	JUANA	Mañana te la devolverá. ¿No puedes ir a la fábrica en
	iContesta, hijo de putal iDate la vuelta que quiero	1110110	micro?
	verte la cara!	LUCHO	Sí, poder, puedo.
	PEDRO SE DA VUELTA Y LO MIRA SERENAMENTE.	JUANA	El martes vuelves temprano, esto ya estará terminado y te llevas la bicicleta.
PEDRO	Pedro Rojas.	LUCHO.	Digale que no tiene luces. No vaya a chocarla. Es lo
	EL TENIENTE COGE UNO DE LOS VOLANTES DE PROPAGANDA Y LEE EN VOZ ALTA.		único que tengo.
TENIENTE	"Compañeros, el aparato represivo de la dictadura	JUANA	No te preocupes. Ah, el próximo material lo vas a
	no podrá contener la resistencia popular si nos		hacer tú solito. Yo me tengo que ir a Renca todo el mes. Unos compañeros van a montar una máquina. No
	organizamos en una forma que"		saben usarla.
	SE INTERRUMPE Y ARRUGA EL PAPEL CON UNA	LUCHO	Usted ha estudiado, ¿no?
	LENTA Y SORDA COLERA. Te gusta escribir chistes malos, ¿verdad?	JUANA	Se aprende poco lavando ropa ajena todo el día en el
	(SUAVEMENTE AMENAZADOR) Muy bien. Te		pilón de la población, ino crees? Estuve en la artesa
	vas a empezar a comer todos estos papeles	LUCHO	hasta los cuarenta años sin saber ni la A. ¿Y cuándo aprendió, entonces? Todo esto lo hace
	despacito. Los masticas bien, uno por uno. Te vas	LUCITO	mejor que nadie. Yo no sé casi nada. A veces me da
	a tragar todas estas hojas. Tienes toda la noche		rabia.
	para comerte la propaganda. No es mucha ¿no? Al ojo, unos tres mil volantes ¿Sabes lo que se	JUANA	Aprenderás.
	siente después de tragar treinta hojas de papel, sólo	LUCHO	¿Y usted, cómo se las arregló?
	las primeras treinta? Bueno, pues tú te vas a	JUANA LUCHO	Me enseñó Pedro. ¿Pedro?
	tragar tres mil, bueno, así al ojo, aunque pueden ser	JUANA	Pedro Rojas. Tú no lo conociste. Ya han pasado cinco
	más. (CON VIOLENCIA) iDesnúdate! Deja todo en		años. Me enseñó a leer escribiendo en el aire con su
	el suelo.		dedo grande. Yo veĭa las letras clarito. Escribĭa así
	INSTINTIVAMENTE, PEDRO BAJA LA MANO EN LA		JUANA ESCRIBE EN EL AIRE CON EL DEDO Y MIENTRAS ESCRIBE LAS LETRAS, HABLA.
	QUE AUN TIENE LA CUCHARA. BRILLA EL METAL EN SU MANO. SE ESCUCHA EL GRITO DE UN	JUANA	iVIVAN LOS COMPAÑEROS! Firmado: PEDRO
	SOLDADO DESDE LA OSCURIDAD.		ROJAS.
SOLDADO	(EN OFF) iCuidado, va armado!		JUANA COGE UN LIBRO VIEJO, MUY USADO, DE LA MESA.
	SE ESCUCHA UNA RAFAGA DE METRALLETA. PEDRO ROJAS CAE AL SUELO HERIDO DE MUERTE.		Dejó este libro que ha pasado por muchas manos.
	EL TENIENTE ACERCA LA LINTERNA AL CUERPO Y		Ahora te lo dejo a ti. Lo escribió un camarada.
	ENFOCA LA MANO CON LA CUCHARA DE LA SOPA EMPUÑADA.		JUANA ABRE EL LIBRO Y LEE UNOS VERSOS.
TENIENTE	(A LOS SOLDADOS QUE NO SE VEN)		Escribo para el pueblo aunque no pueda
	ildiotas, no estaba armado! Sólo tenía una		leer mi poesía con sus ojos rurales. Vendrá el instante en que una línea, el aire
	cuchara.		que removió mi vida, llegará a sus orejas,
	SE APAGA LA LINTERNA DEL TENIENTE. OSCURIDAD.		y entonces el labriego levantará los ojos,
	SE ESCUCHA EL RUIDO DEL MOTOR DEL JEEP		el minero sonreirá rompiendo piedras,
	MILITAR. ALGUNAS ORDENES EN TERCER PLANO. LAS GALLINAS ALBOROTAN.		el palanquero se limpiará la frente, el pescador verá mejor el brillo
	SILENCIO.		de un pez que palpitando le quemará las manos,
	NUEVAMENTE EMPIEZA A ESCUCHARSE EL RUIDO DE LA MAQUINA MULTICOPISTA QUE ESTA		el mecánico, limpio, recién lavado, lleno
	REPRODUĈIENDO VOLANTES DE PROPAGANDA. SE ENCIENDE LA LUZ GENERAL QUE DA LA		de aroma de jabón mirará mis poemas,
	BOMBILLA DEL SOTANO.		y ellos dirán tal vez: "Fue un camarada". JUANA CIERRA EL LIBRO, EMOCIONADA, Y SE LO DA
	HA DESAPARECIDO EL CUERPO DE PEDRO ROJAS Y EL TENIENTE.		AL MUCHACHO QUE LO APRIETA EN SUS MANOS.
	JUANA VAZQUEZ ESTA JUNTO A UN MUCHACHO	OSCUF	0.0
	MUY JOVEN AL QUE ESTA ENSEÑANDO EL FUNCIONAMIENTO DE LA MAQUINA MULTICOPISTA .	MADRID, CUMPLIE	12 DE JULIO DE 1984. EN EL DIA EN QUE PABLO NERUDA IA 80 AÑOS. 🜟
			25

CONVERSACIONES CON MATTA

Quinto día, Noviembre de 1981, en casa del pintor, en Paris.

□ EDUARDO CARRASCO

Nota del Editor. Esta serie de entrevistas realizadas por Eduardo Carrasco, director del conjunto Quilapayún, al pintor Roberto Matta, ha sido publicada en los siguientes números: Primera entrevista, No.23, enero | marzo, 1983 | páginas 29 a 31. Segunda entrevista, No.24, abril / junio, 1983 / páginas 29 a 33. Tercera entrevista, No.26, octubre | diciembre, 1983 | pgs.27 a 32. Cuarta entrevista, No.28, abril | Junio, 1984 | páginas 28 a 31.

Quinta entrevista (primera parte). No.29, julio / septiembre, 1984 / páginas 28, 29 y 30, y (segunda parte), en el presente número.

CARRASCO: ¿Pero por qué?

MATTA: Ahhh, historias... una historia que yo nunca he entendido

bien. Los surrealistas me... CARRASCO: Te excluveron. MATTA: Me excluyeron...

CARRASCO: ¿Y qué motivos podían tener?

MATTA: No se supo bien... Yo creo que es una cosa... Pero fué toda una crisis porque cuando me excluyeron a mí un grupo de surrealistas protestaron y rompieron con el grupo. Es decir, a partir de esa exclusión el grupo se rompió. Es muy largo todo éso... se necesitan muchos detalles para saber de qué se trata. Pero yo creo que fué eso que se llama "crisis de crecimiento" y el surrealismo, es decir, el grupo surrealista, la historia de esos hombres, no tenía sentido a partir de ese momento porque el surrealismo no es una cosa... O el surrealismo es la poesía como siempre, ¿entiendes tú? o es la denominación de la historia de un grupo de hombres que tenían veinte años al fin de la primera guerra mundial en el momento de la revolución soviética y que creyeron que iba a cambiar el mundo y que entonces se concebían como los poetas de la revolución internacional, ¿entiendes tú? Entonces estos hombres, que tenían entonces veinte años, en el 48 ya tenían casi todos cincuenta años y las cosas que habían pasado invalidaban algunos de estos postulados. De la misma manera como en la Unión Soviética no ocurrió el verdadero comunismo, es decir, se construyó el país pero las cosas volvieron en cierto sentido a los mismos problemas de antes, estos hechos no fueron reconocidos por los partidos de la clase obrera y los surrealistas se encontraron aislados y empezaron a dividirse entre ellos y durante el período del exilio que vivimos en Nueva York, por decirlo así, nadie se decia la verdad completamente, es decir, que la cosa no funcionaba y cuando de repente se acabó la guerra, uno se encontró de frentón con el hecho de que este grupo surrealista no había hecho el surrealismo en el sentido de haber despertado una conciencia poética verdadera en todos, sino sólo en algunos individuos y que muchos de estos individuos habían escogido el camino del éxito, de la carrera profesional y esas cosas, como por ejemplo Dalí y otra gente. Entonces era una crisis enorme y en el medio de esa crisis como siempre más o menos me ha tocado a mí, yo era el chivo expiatorio, yo era el tipo más frágil porque siendo extranjero de extranjeridad verdadera, siendo un poco provocador, por consiguiente, indisciplinado, haciendo un trabajo sin categoría, que no se podía decir qué cosa era verdaderamente (porque parecían más bien formas abstractas que la cosa onírica que les interesaba a los surrealistas), el rayo me pescó a mí como pararrayos.

CARRASCO: ¿Y te criticaron abiertamente, y te acusaron? MATTA: No, hicieron una especie de tribunal. Pero esto es muy difícil... esto... explicar esto implicaría hacer un trabajo enorme... de ver cómo ocurren estas cosas... porque la voluntad del movimiento surrealista era comportarse de una manera sin compromisos. Con la burguesía ser revolucionario, es decir, ser el arte al servicio de la revolución, (la revista se llamaba así). Y la revolución, como todos sabemos, es una cosa muy vaga, porque revolución y contrarrevolución son paralelas. Pero había una especie de optimismo que poco a poco se fue apagando y en el que había mucho de megalomanía, creer que se poseía la verdad. Entonces había todo un sistema de controles y de acusaciones y de juicios y de cosas así, en que los tipos que no se comportaban de acuerdo con el criterio revolucionario aparecían como traidores. Ahora bien, la antidisciplina aparecía también como contrarrevolucionaria y yo entendía el surrealismo precisamente como la indisciplina, la indisciplina de todas las disciplinas ¿entiendes tú? a condición que fuera siempre guiada por la voluntad de ver algo que estaba escondido. Entonces si había algo que estaba escondido nada me podía impedir decirlo en voz alta. Y esto provocaba problemas precisamente porque eran provocaciones. Porque de una parte había la preocupación del comportamiento verdaderamente revolucionario y de otra parte la voluntad de tener razón y la voluntad medio dogmática de poder, del ejercicio de un poder para oprimir a quien no estaba de acuerdo contigo, incluso si no estar de acuerdo fuera más cierto que estar de acuerdo... y etcétera, etcétera, etc.

Pero en esa reunión que se hizo, que fue como una especie de juicio, vo no estaba agui, vo me encontraba todavía en USA. Yo me vine dos meses después de esta cosa... Se instituyó un tribunal, pero cuando esto ocurrió, hubo algunos de los tipos que estaban nombrados en él, que encontraron que la cosa era tan monstruosa y tan absurda que protestaron. Yo siempre he tenido esta cosa un poco de niño bueno que es un poco irresponsable e indisciplinado pero nunca malintencionado, nunca dañando a nadie, por eso, este grupo protestó y quebró, rompió con la dirección.

CARRASCO: iQué horrible!

MATTA: Y comprendido Marcel Duchamp que no estuvo de acuerdo con esta cosa; Tanguy no estuvo de acuerdo con esta cosa; Brauner tampoco y muchos jóvenes tampoco estuvieron de acuerdo. Entonces el grupo se dividió en dos: se quedó Breton y Perret con todos los más jóvenes y por el otro lado, los otros.

Pero esto ya había ocurrido por lo menos dos o tres veces antes con otra gente. Había ocurrido este tipo de problema por ahí por el 36 cuando el grupo rompió con Aragón y después ésto ocurrió de nuevo cuando rompieron con Masson, con Bataille y con otros... Es decir, varias veces ocurrió este tipo de cosas, de procesos...

CARRASCO: ¿Pero de qué te acusaban?

MATTA: Probablemente me acusaban de una especie de libertinaje, de no tener... pero no era objetiva la acusación; la verdad es que me tomaron como chivo expiatorio porque... es como si a tí te acusaran por ejemplo de adulterio, ¿entiendes? y te dijeran "usted no puede ser amigo nuestro porque es un adúltero"...

CARRASCO: Es decir, no tenía nada que ver con los principios del surrealismo...

MATTA: No, y además, dentro de este especie de análisis surrealista de qué cosa es el amor, no entra la palabra adulterio, ¿entiendes? Porque la palabra adulterio es dentro de un criterio moral de una sociedad que era la que ellos pretendían destruir. Además, que había adulterio, es decir... había esta cosa rara que... existe, que es... que era tan importante en el surrealismo, que era lo que se llamaba "L'amour fou", pero parecía... es decir, yo no... CARRASCO: ¿Qué cosa era este "amour fou"?

MATTA: El amor sin control, sin restricciones, sin limitaciones. Pero todo esto fue muy raro porque en el 48 volví definitivamente a Europa, nunca fuí a USA después, es decir, he pasado pero nunca volví a vivir allí, y me encontré completamente solo, completamente solo... solo, solo, solo. Nadie me saludaba. Yo encontraba en la calle a estos tipos que eran mis amigos y no me saludaban. De manera que por la segunda vez, o la tercera vez, comenzó para mí un exilio. Pero un exilio de raíces, un exilio que hace que... Y así, solo, me fuí a Italia. En Italia no conocía a nadie, no tenía un peso. Todo empezó de nuevo... muy raro, ¿sabes? muy raro... No es como si tú viajaras... es como si un árbol viajara, ¿entiendes? ... porque te encuentras sin tierra... Hay que inventar una maleta para las raíces, una maleta para llevarte las raíces... Pero eso me ha pasado varias veces en la vida...

CARRASCO: Te pasó de Chile a Liverpool...

MATTA: Después me pasó aquí; después me pasó de aquí a USA y después de USA aquí de pasaje para Italia donde todo empezaba de nuevo... Y de Italia de nuevo aquí...

CARRASCO: ¿Por qué te fué mal en Italia?

MATTA: Ah, en Italia nadie me... Eso es muy curioso. En Italia que es siempre un lugar acogedor al nivel general, nadie puede sentirse completamente perdido, pero desde el punto de vista de las relaciones con el mundo artístico todas las puertas estaban cerradas. Yo estuve allí como cinco años y casi nunca vendí nada. Vendí unos dibujos y cosas así pero nada más. Al principio, por supuesto, vino toda esa cosa simpática italiana en la que todos te abren todo, todo, pero cuando ven que tú puedes llegar a ser una amenaza te cierran todo de nuevo inmediatamente.... Al final yo no tenía nada que hacer, no veía a nadie. Tenía una casa siempre bien hecha, una casa donde había una terraza y allí yo había plantado plantas y hacía el jardín. La terraza era formidable, grande como este cuarto y en ella yo había plantado las flores más maravillosas porque como no tenía nada que hacer arreglaba la tierra, sacaba las hojas muertas, cortaba las flores y todas esas cosas... Y tenía un hijo con el que iba a caminar en el jardín. No hacía

CARRASCO: ¿Hasta que de repente te fué mejor?

MATTA: No, no, mejor en el sentido... En realidad siempre me ha ido mejor pero no se vé...

CARRASCO: ¿Qué pasó después? Porque en Italia estamos en el cincuentai...

MATTA: En el cincuentaitrés... No, cincuentaicuatro.

CARRASCO: ¿O sea que después de USA hubo un tiempo largo

en el que también estuviste aquí en Francia?

MATTA: No, estuve un año aquí. Un año, pero la presión era tan grande que me fui... Es decir... no es que uno se vaya o se quede. Como te dije, es siempre como el corcho, es el agua la que te lleva, no se sabe dónde...

CARRASCO: No es que tú hayas dispuesto las cosas así, la vida te

empujó para allá...

MATTA: Sĭ, sĭ, éso. Pero es que eso se parece a estos dieciseis mil abuelos que uno ha tenido. Porque, ¿por qué hay gente que es de origen vasco? Yo soy medio vasco, medio genovés, medio no se sabe qué cosa de provenzal, de catalán, toda esa clase de cosas que están en 16000 abuelos. Estos tipos, ¿por qué no están en Pamplona? porque hay parientes de ellos que se quedaron siempre en Pamplona. ¿Por qué estos dieciseis mil comenzaron a irse no se sabe para dónde? Y ¿por qué no paran de irse, por qué se siguen yendo? Mis hijos siguen siendo así, errantes. Ahora esta errancia, esta gitanería, que existe en todos los pueblos, en los irlandeses y en otros, existe en algunos y en otros no, que son los que se quedan alli para siempre.

CARRASCO: Es verdad que hay una línea de los que se quedan y otra de los que se van...

MATTA: El otro día alguien me preguntó por mi pasado y vo contesté así: (Porque yo vivo como estamos hablando ahora. No es que te esté contando un cuento porque ahora estamos juntos). "Yo no me acuerdo cómo era yo cuando era chileno. Porque ahora no soy nada, pero cuando era adolescente, digamos, era chileno y de ello no tengo ninguna duda; aunque en esa época algunos chilenos me veian como un poco extranjero, pero en fin, era porque estaba educado un poco a la francesa, pero de eso vo no me daba cuenta. Pero yo no me acuerdo, no me acuerdo, de manera que se puede contestar de una manera que es muy rara y que es que uno ha sido varias cosas en la vida y después se olvida de qué cosa ha sido... hasta que uno es nada o todo... no se sabe lo que es, ¿no es cierto? " Pero por ejemplo, si me dices: "tienes que hablar de Chile"; yo no me acuerdo de todas esas cosas patrioteras de condicionamiento local al que tú correspondes. Fijate que yo soy un tipo que hizo la guardia. Hice el servicio militar porque siempre he tratado de hacer la cosa completa, como tenía que hacerse. Y de toda la gente que yo conozco y que aparecen como verdaderos chilenos, nadie hizo la guardia, porque nadie la ha hecho. Yo he limpiado caballos toda la noche; he limpiado toda la mierda de los caballos; me he puesto firme con los tenientes y toda esa clase de cosas; salía sólo los domingos en la tarde, con ropa inmunda durante toda la semana y he hecho todas esas cosas porque había que hacerlas... no sé por qué. Y he comulgado todos los primeros viernes del mes durante años porque había que comulgar todos los meses; he ido a misa durante años todos los domingos; he hecho toda esta clase de cosas. CARRASCO: Empecinado en ser.

MATTA: Yo soy como las gallinas, que tú les haces una raya blanca y ella se queda ahí mirando la raya blanca. Yo soy igual. Es raro, ¿sabes? Por eso lo que te decía el otro día es verdad, que soy muy

CARRASCO: Es muy divertido.

MATTA: Sí, lo único que es divertido es no tomarlo en serio. Esa es la única cosa que puede divertir. En realidad yo no tomo la cosa en serio. Yo no tomo ni siguiera la vida en serio. Eso de morirse o no morirse para mi no tiene ninguna importancia; es un chiste pesado vivir y es un chiste pesado morirse.

CARRASCO: Tómarse en serio puede tener distintas significaciones. Tomarse en serio puede querer decir sentirse concernido por uno

mismo, asumirse enteramente...

MATTA: Es que son los otros los que te hacen... A mí por ejemplo me ocurre que digo una cosa y nadie la toma en serio; en cambio hay tipos que tienen voz de tribuno, y ahora hay que tener voz de televisión. Los tipos con voz de televisión que dicen de manera imponente así: "Buenos días amigo, por favor siéntense". Tu les entiendes todo lo que van a decir después. Cuando se parece a un anuncio, entonces es serio. Hay que caminar de una cierta manera y hacer toda esta serie de cosas... por ejemplo Pablo tenía éso naturalmente. Pablo hablaba como en la televisión. Por el contrario, yo hablo como... como decirte... como un quiltro. Huillillillilli. No soy de esos perros que te hacen: guou, guou, guou. Yo hago asi: huillillillillil, con la cola entre las piernas, asi. Y hay perros chiquititos, chiquititos que hacen "guou, guou, guou" y hay perros grandes que hacen "huillillillilli", de manera que no tiene nada que ver con el porte. Tiene más bien algo que ver con el sonido.

CARRASCO: Tú dices que nadie te toma en serio...

MATTA: No, nadie me toma en serio.

CARRASCO: Probablemente hay una cierta equivocación. MATTA: Probablemente, pero no me toman en serio. Yo me tomo en serie, no en serio: yo veo toda esa serie de tipos que he sido...

CARRASCO: Yo creo que se debería tomarte en serio. MATTA: Sĭ, pero nadie quiere tomarme en serio. CARRASCO: Yo tengo pensado escribir una presentación de todo esto que se llame "tomemos en serio a Matta". No se trata de que no nos riamos contigo. Tomarse en serio la risa es reírse. Lo serio no tiene necesariamente que ver con la tristeza, ni con las caras largas. Tomarse en serio algo es sentirse concernido por ese algo.

Una de las cosas que más me impresionaron en el encuentro de Thorn donde te conocí fue precisamente esto: yo era observador y veía allí un sinnúmero de personas todas serias, tipos que venían con sus discursos preparados y que sin duda se tomaban muy en serio ellos mismos y el asunto en que estábamos. Pero esta seriedad me parecía poco seria en algunos casos. Parecía más bien una cosa de ceremonia y de formalidad, más un deseo de adularse mutuamente y de rodear los brindis con "hermosas palabras", que de reflexionar seriamente sobre el problema que entonces nos convocaba. Y de pronto llegaste tú y leíste tu provocación que en realidad junto a lo que levó Cortázar fueron las únicas intervenciones verdaderamente serias de la reunión. Los elogios a Neruda y Gabriela Mistral, o las adulaciones a cada uno de los que estaban sentados en la mesa, no sé de qué podrían servir en un momento tan dramático como el que vive nuestra cultura chilena en estos días. En cambio, lo que dijo Cortázar sobre el exilio y lo que tu dijiste detrás de tus bromas y juegos de palabras eran cosas que iban directamente al grano y no es raro que después hubieran sido precisamente éstas, las únicas intervenciones que se publicaron. MATTA: La gente cree que vo les tomo el pelo. No es que les tome el pelo. Yo monto al pelo pero no tomo el pelo. CARRASCO: Tal vez la gente no te tome en serio por protección, por no meterse en el cuesco de la breva. Tal vez, más que enfrentar la cuestión se trata a veces de eludir la cuestión. Se trata más bien de defender posiciones en vez de ganar posiciones. Por eso estas entrevistas son para tomarte en serio, no para mirar lo que tú dices con condescendencia y decir al final: "¡Qué loco es este Matta, las cosas que dice...! " Tomarte en serio para descubrir el río de fondo del que hablábamos el otro día. MATTA: No, lo que pasa es que hay que enfrentar el problema así: estamos a poto pelado y el resto son todas tonteras. Por lo tanto hay que empezar de cero, con una mano por delante y una mano por detrás, y yo digo eso, que es así la cosa. No es que mi persona tenga ningún interés en esta cuestión sino el hecho de que alguien diga que estamos a poto pelado. Esto es lo importante porque si no, van a seguir con esta jerigonza haciéndose ilusiones de que en América Latina es a los señores ricos a guienes hay que obedecer y que ellos son los únicos que deben mandar. Hay que empezar a concebir otros conceptos del mando y otros conceptos del obedecer y etcétera, etcétera, para salir de esa especie de corral. En toda la América Latina son los mismos tipos, los mismos viejos estos de los fundos, casi todos de origen vasco. En Argentina, en Uruguay, en el Perú son todos estos vasqueros de una vez que se transforman en presidentes de la república, en don José Parrapacha de Liñamarra y cosas así y que en cada país tienen una especie de impresionante e intimidante bigote blanco y que se llaman don Arzobispo de Irarrazapula y Echevarroya y que intimidan y crean el mito de sí mismos. Todos estos nombres son nombres de huasos vizcainos: don Francisco de Irarrázabal, todos estos son unos mierdas terribles, yo los conozco porque hasta emparentados son todos estos vascos increibles, de manera que no hay ni que respetarlos. Yo, tenía un tío que estaba casado que era primo hermano de mi papá y que estaba tan impresionado con su nombre (él se llamaba Tagle), también tenía un ruido así "rrrr" algunas generaciones antes, y este tipo tenía una señora que se llamaba Irarrázabal y todos sus hijos se casaban con Irarrázabal, los tres hijos se casaron con Irarrázabal y mi padre decía que a este tío que se llamaba Alberto, le hubiera gustado morirse para que su mujer, la viuda, se hubiera podido casar con don Francisco Irarrázabal. Es terrible, pero es así. Y tú dices este nombre Irarrázabal en Pamplona por ejemplo, y es un nombre de huaso como todos los demás nombres. Pero llegan a estos pueblos de la

América Latina y toman este caracter así de propaganda, de prestigio y que impresionan: en el campo impresionan estos

nombres. Los campesinos dicen "don Francisco" y todos empiezan

a obedecer. Esta es la cosa de la que hay que salirse. Porque estos

pero sin ninguna visión del mundo. Solo dar órdenes imponentes,

pero nada más. Y sus hijos son todos arrodillados y todo alrededor

tipos además son unos tontos terribles, ¿sabes tú?, sin ninguna,

es esta especie de mazamorra falsa patriarcal que ha establecido

una especie de comando y de uso o manera o¿Cómo se dice

MATTA: Han hecho un modo de empleo de la autoridad que se transforma en estos monstruos que hay ahora vestidos de muñeca, con estrellas y charreteras y todo esto y que por reflejo condicionado se hacen obedecer. Eso es lo que hay que decir. Hay que decir estas cosas.

Hay que perforar para pasar al otro lado y ver qué pasa verdaderamente al otro lado. Hay estos muros por todas partes. sin ventanas y hay que perforar y ver que del otro lado hay ríos o mares o en fin, en fin, cosas. Son así las cosas. Esta es la función de Perogrullo o de Urdemales o de Verdejo. Esa clase de personajes son mitos emancipadores, como Sancho Panza, así, rehabilitan al pueblo y eso es muy importante porque hay una proyección a través de estas especies de clases que hacen pensar al pueblo de un lado y a estos tipos de que hablábamos hace un momento, del otro lado, como si no fueran del pueblo y lo que pasa es que estos tipos son también del pueblo. El señor Carrarázabal es tan pueblo como el otro, sólo que él se ha autonombrado mandador. El problema es que se crea un estado de desorientación y de barbarie y entonces de pura ignorancia, rabia y hambre, se rompe todo; porque no saben qué hacer y entonces es como un perro al que lo tienen siempre amarrado y tú lo sueltas y se pone a morder a todo el mundo. Cuando hubo aquí la contrarrevolución fueron los pobres y los campesinos quienes la hicieron motivados por los nobles y por los curas. Pero el gran problema que tenía la Convención eran los pobres que so pretexto de federalismo y otras ideas así se sublevaban en contra del gobierno central, que era el gobierno revolucionario y durante todo el período de la Convención hubo esta especie de estado de alerta y de guerra civil hecha por la ignorancia. Mientras se estaba tratando de hacer la constitución en la que había idealismo y todo lo que tú quieras, pero donde se establecían por primera vez los derechos del hombre y del ciudadano, estos pobres luchaban por el rey y por el altar, centiendes tú? que era uno de los mitos opresivos porque en el altar no había ya nada de religioso en el sentido poético de la palabra "religión", reunir a la gente y unirse y hacer una cultura, el rey y el altar eran las voces de orden contra la revolución francesa hecha por el pueblo. Entonces esta palabra "pueblo" no se puede usar verdaderamente porque a veces se vuelve en contra del pueblo, que no sabe lo que hace en su desesperación. Tú propones cosas que deberían tener su consentimiento y en vez de eso, ellos hacen todo para sabotear la cosa. Ustedes tienen que hablar de estas cosas.

CARRASCO: Nosotros vamos a seguir hablando, no te preocupes. Pero estamos en esta conversación porque es bueno llegar al nudo del asunto que es lo único que puede permitir que una experiencia sea transmisible. Las experiencias son transmisibles en la medida en que uno vea en la vida del otro o vea en lo que hace el otro. MATTA: Se podría decir que en las cuestiones que tienen que ver con ser humano las cosas no son transmisibles, es decir, cada generación comienza todo de nuevo. Sin embargo en la cuestión tecnológica, en eso que se llama ciencia y en las cosas así, la cosa es transmisible. Si se ha llegado al avión es porque cuatro generaciones se metieron en eso. Pero ser humano, ya van miles de generaciones y cada vez se empieza de nuevo: es como si en cada generación se empezara de nuevo con la bicicleta. Se hace un poquitito más rápido pero llegan apenas al automóvil y de ahí no pasan. Por eso, lo que se necesita es que en las cuestiones de humanidad se pudiera pasar a (vagamente ocurre pero siempre con retrocesos salvajes que hace que apenas el tipo está descubriendo el motor a explosión para poderlo aplicar a las alas y al viento, los tipos comienzan con la bicicleta de nuevo) lo que ocurre con la técnica. Y lo más terrible es que la cosa vuelve con discusiones terribles sobre la bicicleta y para más remate sobre la bicicleta de madera. Ahí es donde está la cuestión. La próxima vez que venga un renacimiento, es decir, las condiciones para un renacimiento, las condiciones en que se discuta de nuevo el humanismo como aeropuerto para todos en común, ¿ves tú? ahí tal vez venga en Latináfrica y entre los latinafros de América. Porque el espíritu de humor y de poesía y de curisodad existe en América Latina, es decir, existe en la cosa euroafricana de América Latina. En Africa está la cosa como cansada y en Europa lo mismo. Ahora, esto euroafro, en América tiene todavía como la última chance de esta

para los remedios? Ehhh... CARRASCO: Modo de empleo.

cuestión que planteó el mediterráneo a partir de la Grecia y de los turcos y árabes e italianos, españoles y franceses. Allí se planteó esta cosa del tribuno, del hombre que se interesa en la república, en la política en el sentido de construir un arte de las relaciones humanas. Ahora bien, esta cosa se ha gastado inútilmente en Africa y en el mismo Mediterráneo. Pero hay esta especie de nieto o este injerto, esta especie de semilla, de polen que está tratando de parir sin poder llegar a hacerlo definitivamente, con todos los síntomas del parto y sin llegar a poner el dedo en la cuestión. Entonces eso es lo que yo les digo a los cubanos y que digo en estas reuniones que se hacen, pero como nadie me toma en serio...

Fijate la ponencia que yo hacía en... y era yo presidente de una de las tres comisiones del congreso en La Habana y allí hice la ponencia de la "guerrilla interior", o sea, cómo un hombre hace para crecer y nadie la tomó en serio... Cuando yo estaba allí, el tipo que era secretario de la juventud, que se llamaba Jaime Grombet también estaba presente y dos o tres años después, me encontré con él en otra visita a Cuba y vino a saludarme muy calurosamente y me dijo: "Ah, Matta, y cómo va la guerrilla interior..." CARRASCO: Cuando eras tú el que debería haberle preguntado a él.

MATTA: Si, pero él veïa esto como una especie de locura mía de haber hablado de estas cosas, ¿ves?

CARRASCO: Creo que eso va a cambiar porque las nuevas generaciones van a empezar a encontrarse con ese problema. Por

todos lados ya está apareciendo esto...

MATTA: Yo no creo que haya que tomarme a mí en serio. Mas bien son ustedes los que tienen que tomarse en serio, cada uno... Se trata de que cada uno seriamente quiera crecer... ser serio como un árbol es serio en su crecer, ¿ves tú? Esta cuestión de confrontación consigo mismo y de realidad, ¿entiendes? Eso es lo que la gente llama la revolución: consentir en este acuerdo, en este contrato social. El contrato social se tiene que hacer con hombres que quieren ser hombres y no con hombres que quieren seguir siendo niños chicos o vivir de rentas o de seguridades sociales o de cosas de ese tipo. Estas son todas trampas terribles, ¿sabes? Hay enfermos y hay inválidos y hay mucha gente que tiene que tener seguridad social, pero que todo un pueblo de trabajadores tenga que vivir sólo soñando con la seguridad social es una especie de increible imbecilidad. Hay viejos que tienen que tener seguridad social, hay niños inválidos, hay... El sindicalismo ha visto mal la cosa, ha propuesto que todos tienen que tener una cama de hospital. No se trata de que todos tengan que tener una cama de hospital sino sólo los enfermos que lo necesiten. (Suena el teléfono.) Espera un momento...

Era un tipo que llamaba por teléfono y me dice: "¿Podría hablar con Matta el pintor?" Yo le digo: "pintor no". El me dice: "¿poeta?" Yo digo: "No." El dice: "¿Filósofo?" Yo digo: "No, potósofo."... Y ¿ésto—indicando la grabadora— ha estado

funcionando todo el tiempo?

CARRASCO: Cuando salíamos de una de las reuniones en Polonia

tú te pusiste a enseñarnos a cagar, ¿te acuerdas?

MATTA: Es cierto. Es que la gente no habla de cosas increibles, ¿sabes? Es incomprensible que la gente hable de comer y que no hable de cagar. Comer y cagar son inseparables.

CARRASCO: Recuerdo que tú me contaste una vez que llegaste atrasado a una reunión de señores y señoras muy serios y para

explicarles tu retraso les dijiste: "estaba cagando".

MATTA: Pero esto lo hago incluso si no es cierto. Por ejemplo, la gente me está esperando y yo entro y digo: "discúlpenme pero estaba cagando". Se crea un silencio increible porque éste es el más grande tabú. El pudor no lo tienen en matarte, en robarte, pero lo tienen en el sentido de que alguien los vea cagando. Que alguien los vea cagando, eso les molesta muchísimo.

CARRASCO: O reconocer que cagan porque ni siquiera es que los

vean... que cagan, que mean, que transpiran...

MATTA: Mear es menos. Se puede mear, digamos, relativamente sin problemas. Pero cagar no se puede. Mear es aceptable porque es agua, ¿sabes? Pero el cagar tiene que ver con cadáveres. Hay algo de podrido en Dinamarca y que sale del excusado. En Chile hay una cosa que es muy buena que es la definición del

eructo. ¿La conoces? CARRASCO: No.

MATTA: Es un peo mal tirado que de puro apresurado no alcanzó a llegar al poto.

El eructo es permitido en algunas sociedades. Por ejemplo la María Antonieta, una amiga, fue a China. Ella es rubia y muy buenamoza y le tocó estar con dirigentes chinos en un almuerzo y de tanto en tanto mientras comía, el dirigente que estaba sentado al lado se volvía hacia ella y le hacía: hoc, hoc, hoc y esto era un piropo: Quería decir: "Qué contento estoy, comiendo bien al lado suyo..." Eso se usa allá.

Y me acuerdo de otra cosa. Nosotros, en el grupo surrealista jugábamos a veces al "juego de la verdad" y este juego consistia en que uno hacía de victima o no sé cómo llamarlo, y a él se le podían hacer todo tipo de preguntas y estaba obligado a decir la verdad. Y

si no decía la verdad le daban una penalidad.

CARRASCO: ¿Y cómo se sabía si decía o no la verdad...?

MATTA: Ah, bueno, había que decir la verdad. La penalidad venía si se sospechaba que el tipo mentía. Pero claro, el juego consistía en ser honesto, se trataba de eso. Y un día Bretón que era muy serio y respetable tuvo que hacer de víctima y era a él a quien había que preguntarle cosas. Y otro tipo de ahí del grupo le preguntó: "André, cuando tú estás en la cama y te tiras un peo, metes la nariz debajo de las sábanas o arriba de las sábanas?" Y Bretón se puso furioso porque esto era salirse de las leyes del juego.

Es decir, que hay una cuestión del propio cadáver, porque el propio olor no cadaveriza y que se expresa en eso que dice "el hediondo"

olor no cadaveriza y que se expresa en eso que dice "el hediondo no se huele", el propio olor no humilla, pero el de los otros sí. Pero hay un límite que yo he descubierto del propio cuerpo y de la propia excrementación y es éste: tú puedes escupir en tu propio plato y puedes seguir comiendo sin gran asco. Pero si esto ocurre en el plato del otro es imposible. Por otro lado tu puedes estar mascando una cosa sin asco, por ejemplo, puedes estar mascando un pedazo de pan con un poco de vino sin problemas (aunque a mi me da un poco de asco esto porque no me gusta beber al mismo tiempo que como, pero en fin...) Pero tú te metes en la boca una cosa así con carne y con un poco de verduras y la puedes tener en la boca y estar hablando y después te la tragas. Pero si por acaso esa misma cosa la devuelves y la pones en el plato y la dejas ahí un rato, no te la puedes meter en la boca después de nuevo. Y eso que es tu propia cosa. Ahora con otra persona es un verdadero suplicio. Entonces este asco es una cuestión o de temperatura o de tiempo. Es decir, si está mascado más de algunos segundos, no sé cuántos, ya se transforma en una cosa insoportable. De manera que ¿ves tu? todas estas cosas tienen que ver con la representación del mundo. Porque el mundo se separa de tí a partir de una cierta temperatura de la cosa que te estás comiendo, el mundo tú lo expulsas, expulsas tu yo hacia un yo que ya no es tuyo...

CARRASCO: Y queda allí como algo ajeno, horrible...

MATTA: De manera que no es por escatología que uno habla de cagar y mear, no es por hacer chistes de mal gusto que uno habla de estas cosas, ni por grosería, sino porque esto es integrante de nuestra vida cotidiana y existen estos hoyos así, que los hombres quieren desconocer. Son formas de ceguera como la obediencia ciega: uno obedece a estas órdenes que vienen de otras regiones heredadas sin analizarlas y sin someterlas a crítica alguna...

¿Por qué esta grabadora pestañea?

CARRASCO: Es mágica: eso significa que la cinta se está acabando. Así te dice ella que dentro de poco se va a terminar...

MATTA: ¿Cómo se dice eso... hacer asi?

CARRASCO: Guiñar, guiñar el ojo. Te hace un guiño.

MATTA: Bueno, vamos ahora a la exposición de Seguy. Ah, pero mañana tú te vas. ¿Se acabó el cuento, no?

CARRASCO: Claro, yo me voy.

MATTA: ¿Y cuánto tiempo vas a estar allá?

CARRASCO: Dos semanas.
MATTA: ¿Y sabes dónde vas?

CARRASCO: A Varadero.
MATTA: ¿Y van todos, o vas solo?

CARRASCO: Vamos todos.
MATTA: Ah, qué bueno. Bueno, ahora... vamos. *

BIBLIOGRAFIA DE MANUEL ROJAS (CUENTOS)

DARIO A. CORTES

1.- CUENTOS / PUBLICACION INICIAL.-

"Laguna", La Montaña, (Buenos Aires, 23 marzo, 1922). "El hombre de los ojos azules", Caras y Caretas, (Buenos Aires, 18 mayo, 1923). (También con el título: "Leyendas de la Patagonia".)

"Un espíritu inquieto", Caras y Caretas, (Buenos Aires, 11 junio,

"El cachorro", Atenea, (Concepción, Chile, núm.3, 2 mayo, 1926). "El bonete maulino", Hombres del sur, (Santiago: Editorial

Nascimento, 1926).

"Un mendigo", El diario Ilustrado, (Santiago, Chile, 22 Ago., 1926) "El colocolo", La Nación, (Santiago, Chile, 19 Sept., 1926). "Una pelea en la pampa", Claridad, (Santiago, Chile, año VII, núm. 135, Oct.-Nov., 1926).

"El vaso de leche", El Mercurio (Santiago, Chile, 16 enero, 1927). "Una historia sin interés", El Mercurio, (Santiago, Chile, 13 Feb.,

"La compañera de viaje", La Nación, (Santiago, Chile, 24 abril, 1927).

"El delincuente", La Nación, (Santiago, Chile, 1 mayo, 1927). (También con el título: "Un delincuente".)

"Bandidos en los caminos", El Mercurio, (Santiago, Chile, 21 Ago., 1927).

"Un ladrón y su mujer", Zig-Zag, núm. 1210 (Santiago, Chile, 28 abril, 1928).

"La suerte de Cucho Vial", La Nación, (Santiago, Chile, 6 mayo,

"Historia de hospital", La Nación, (Santiago, Chile, 15 julio, 1928).

"La aventura de Mr. Jaiba", El Diario Ilustrado, (Santiago, Chile,

12 Ago., 1928).

"El hombre de la rosa", La Nación, (Santiago, Chile, 4 Nov., 1928). "El León y el Hombre", La Nación, (Santiago, Chile, 6 enero, 1929). "Poco sueldo", La Nación, (Santiago, Chile, 7 abril, 1929).

"Canto y baile", La Nación, (Santiago, Chile, 21 julio, 1929).

"El trampolín", La Nación, (Santiago, Chile, 3 Oct. 1929).

"El fantasma del patio", La Nación, (Santiago, Chile, 27 Oct., 1929). "Pedro, el pequenero", El delincuente, (Santiago, Chile: Imprenta Universitaria, 1929).

"Corazones sencillos", La Información (Santiago, Chile), núm.136,

(enero 1930).

"El rancho en la montaña", Atenea, (Concepción, Chile, núm 63, 13 mayo, 1930).

"Mares libres", El Mercurio, (Santiago, Chile, 26 Ago., 1951). "Pancho Rojas", Revista de Occidente, núm. 71

15 Sept., 1951).

"Oro en el sur", Revista Sociedad de Escritores de Chile, año 1, núm. I (Sept. 1951). (También con el título: "El delirio del oro".) "Una carabina y una cotorra", El Mercurio, (Santiago, Chile, 28 Oct.,

"Zapatos subdesarrollados", Política, (Caracas, 13 enero, 1961).

2.- ANTOLOGIAS DE SUS CUENTOS.-

Hombres del sur. Santiago, Chile: Editorial Nascimento, 1926.

Prólogo de Raúl Silva Castro.

El Delincuente. Santiago, Chile: Imprenta Universitaria, 1929. Travesia, novelas breves. Santiago, Chile: Editorial Nascimento,

El bonete maulino. Santiago, Chile: Editorial Cruz del Sur, 1943. Prólogo biográfico de González Vera.

Antología de cuentos. Santiago, Chile: Editorial Zig-Zag, 1957.

Prólogo de Enrique Espinoza.

El vaso de leche y sus mejores cuentos. Santiago, Chile: Editorial

Nascimento, 1959.

El hombre de la rosa. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1963. Cuentos del sur y diario de México. México: Ediciones Era, 1963. El bonete maulino y otros cuentos. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1968. Estudio preliminar de Leonidas Morales. Cuentos. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970. Mares libres y otros cuentos. Valparaíso: Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso, Chile, 1975. Selección, prólogo y notas de Norman L. Cortés.

3.- CUENTOS INCLUIDOS EN VOLUMENES DE SUS OBRAS.-

Obras completas. Santiago, Chile: Editorial Zig-Zag, 1961. Además de ensayos y novelas, contiene los siguientes cuentos: "Una carabina y una cotorra", "Bandidos en los caminos", "Oro en el sur", "La aventura de Mr. Jaiba", "Pancho Rojas", "Pedro, el pequenero", "El fantasma del patio", "El rancho en la montaña", "Mares libres", "Historia de hospital", "Poco sueldo", "Laguna", "El delincuente", "El vaso de leche", "Un ladrón y su mujer", "El vaso de leche", "Un ladrón y su colocolo", "Canto y baile", "El hombre de la rosa", "El bonete maulino", "La suerte de Cucho Vial", "Un espíritu inquieto", "El León y el Hombre".

Antología autobiográfica. Santiago, Chile: Ediciones Ercilla, 1962. Contiene: "Laguna" y "El vaso de leche".

Obras escogidas. 2 tomos. Santiago, Chile: Editorial Zig-Zag, 1969. Incluye los mismos cuentos recogidos en Obras completas (1961). Obras. Madrid: Editorial Aguilar, 1973. Prólogo de Jorge Campos. Contiene: "Laguna", "El bonete maulino", "El delincuente" "El colocolo", "Pedro, el pequenero", "El fantasma del patio", "El vaso de leche", "Historia de hospital", 'Un ladrón y su mujer", "Canto y baile", "El hombre de la rosa", "El León y el Hombre", "Poco sueldo", "Mares libres", "Oro en el sur", "Pancho Rojas", "Una carabina y una cotorra"

"Una carabina y una cotorra".

4.- ANTOLOGIAS GENERALES QUE INCLUYEN SUS CUENTOS .-

Chilean Short Stories. Ed. Arturo Torres-Rioseco. New York: Prentice Hall, Inc., 1929.

Spanish America in Song and Story. Ed. Henry Alfred Holmes. New York: Henry Holt and Co., 1932.

Tres cuentos chilenos Mariano Latorre, Salvador Reyes, Manuel Rojas. Cuadernos de Literatura, No. 1. Santiago, Chile: Orbe, 1933.

Los cuentistas chilenos. Antología general desde los origenes hasta nuestros días. Ed. Raúl Silva Castro. Santiago, Chile: Zig Zag,

Cuentos hispánicos. Ed. John Crow. New York: Henry Holt and Co., 1939.

Antología del cuento hispanoamericano. Ed. Antonio R. Manzor.

Santiago, Chile: Zig-Zag, 1939. Tales from Spanish America. Eds. Raymond Leonard Grismer y

Nicholson B. Adams. New York: Oxford University Press, 1944. Cuentos del sur. Ed. Alberto Vásquez. New York: Longmans Green and Co. 1944.

Lecturas chilenas. Ed. Roque Esteban Scarpa. Santiago, Chile: Zig-Zag, 1944.

Algunos cuentos chilenos. 2a. edición. Ed. Armando Donoso.

Buenos Aires-México: Espasa-Calpe, S.A., 1945.

An Anthology of Spanish American Literature. Tomo II. Eds. Herman E. Hespelt et al. New York: F.S. Crofts & Co., 1946. Cuentos de acá y de allá. Ed. Malcom C. Batchelor. Boston: The Riverside Press, 1953.

Cuentos contemporáneos hispanoamericanos. Ed. Aquiles Nazoa.

La Paz, Bolivia: Editorial Buriball, 1957.

Relatos humorísticos chilenos. Ed. Abelardo Clariana. Santiago, Chile: Zig-Zag, 1957.

Cuentos alegres, Ed. Mario B. Rodríguez. New York: Henry Holt and Co., 1958.

Diez cuentos hispanoamericanos. Eds. Alejandro Arratia y Carlos Hamilton. New York: Oxford University Press, 1958.

El mar en la literatura chilena. Ed. Manuel Montesinos. Santiago, Chile: Editorial del Pacífico, S.A., 1958.

Antología del cuento chileno moderno (1938-1958). Ed. María Flora Yáñez. Santiago, Chile: Editorial Pacifico, S.A., 1958.

Pacifico, S.A., 1958. Literatura hispanoamericana. Antología e introducción histórica. Eds. Enrique Anderson Imbert y Eugenio Florit. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1960.

Antología del cuento chileno. Editada por el Instituto de Literatura

Chilena. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1963. 28 cuentistas chilenos del siglo XX, Ed. Antonio de Undurraga. Santiago, Chile: Zig-Zag, 1963.

Short Stories of Latin America. Ed. Arturo Torres-Ríoseco, New York: Las Américas Publishing Co., 1963.

Antología del cuento hispanoamericano. Vol. I. Ed. Seymour Menton. México: Fondo de Cultura Económica, 1964. Antología contemporánea del cuento hispanoamericano. Ed. Abelardo Gómez Benoit. Lima: Instituto Latinoamericano de Vinculación Cultural, 1964.

Diez cuentos de hispanoamérica. Ed. Jaime Peralta-Ulloa. Göteborg, Akademiförlager-Gumperts, 1966.

Policías en el cuento chileno. Ed. Darío de la Fuente. Santiago, Chile: Talleres de Arancibia, Hnos., 1966.

Cuentos chilenos. Eds. Fidel Sepúlveda y Manuel Pereira. Santiago, Chile: Fondo Editorial Educación Moderna, 1967.

Continuing Spanish I, MLA. Eds. Lawrence Poston, Jr. et al. New York: American Book Company, 1967.

Cuentos de cabecera. Ed. Poblete Varas. Santiago, Chile: Zig-Zag,

Diez cuentistas chilenos. Ed. Marcela Righini. Buenos Aires: Ediciones Riomar, 1968.

Siglo Veinte, Eds. Luis Leal y Joseph H. Silverman. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1968

Florilegio de cuentos hispanoamericanos. Ed. Paul Rogers. New York: Macmillan, Co., 1968.

Antología del cuento chileno. Vol. I. Ed. Enrique Lafourcade: Barcelona. Acervo, 1969.

Tres cuentistas hispanoamericanos. Eds. Donald Yates et al.

New York: Macmillan Co., 1969

Breve estudio y antología de los premios nacionales de literatura. Ed. Hernán del Solar. Santiago, Chile: Zig-Zag, 1969.

Chile. Serie Cuentísticas Latinoamericanas, Vol. II. México, D.F., Editorial Bogavante, 1969.

Antología de cuentos chilenos. Ed. Nicomedes Guzmán. Santiago, Chile: Editorial Nascimento, 1969.

Antología del cuento chileno. Ed. José Miguel Minguez Sender. Barcelona: Bruguera, S.A., 1970.

Cuentos.hispanoamericanos. Ed. Mario Rodríguez Fernández.

Santiago, Chile: Universitaria, 1970.

Diez cuentos de bandidos. Ed. Enrique Lihn. Santiago, Chile: Empresa Editora Nacional, Quimantú Limitada, 1972.

Narrativa andina. Ed. Eduardo Congrains Martin. Lima: Editora Italperú, S.A., 1972.

Antología del cuento chileno. Eds. Alfonso Calderón et al. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1974.

El cuento en hispanoamérica. Ed. Mario Castro Arenas. Lima, Perú: Editorial Universo, 1974.

Antología del cuento chileno-boliviano, Ed, Guillermo Viscarra

Fabré. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1975. Así escriben los chilenos. Ed. Jorge Marchant. Buenos Aires: Ediciones Orión, 1977.

Cuentos y microcuentos. Una antología de la narrativa breve. Ed. Guillermo Castillo-Feliú. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1978.

Lecturas modernas de hispanoamérica. Ed. Miguel Navascués. New Jersey: Prentice-Hall, Inc., 1980.

5.- TRADUCCIONES.-

"Bandits of the Highways" ("Bandidos en los caminos", 1927). Américas (Franciscan Society), 2, núm. 39 (August 1939). "A Glass of Milk" ("El vaso de leche", 1927). Traducido al inglés por Joseph Leonard Grucci. American Preface, 6 (Winter 1941-42), pp. 184-92.

"The Glass of Milk" ("El vaso de leche", 1927). Traducido al ingles por Ann Murray y Nancy Farnsworth. Amigos, 3 (1950), pp.33-41. "Gold in the South" ("Oro en el sur", 1951). Americas (Washington, D.C.), 6, núm. 6 (May 1954), pp.12-15; pp.22-23. "Stakan Moloka: Rasskaz" ("El vaso de leche", 1927). Traducido

al ruso del inglés. Smena (Moscow), 8, (1956), pp.18-19. "Un mendigo" ("Un mendigo", 1926). Traducido al ruso por Lucĭa Janikova. *Cuentos chilenos*. (Moscú, (1961), pp.120-127. "The Cub" ("El cachorro", 1926). Traducido al inglés por William E. Colford. *Classic Tales from Spanish America*. New York:

Barron's Educational Services, 1962, pp.3-14. "The Glass of Milk" ("El vaso de leche", 1927). Traducido al

inglés por W.E. Colford. Classic Tales from Spanish America. New York: Barron's Educational Services, 1962, pp.15-24. "The Glass of Milk" ("El vaso de leche", 1927). Traducido al inglés por Zoila Nelken y Rosalie Torres-Ríoseco. En: Short

Stories of Latin America. Ed. Arturo Torres-Rioseco. New York: Las Américas, 1963, pp.121-129. *

31

LIBROS

Humberto Diàz-Casanueva, LA APARICION, Caracas, Plural, 1984,

por Nain Nómez, Queen's University

Humberto Díaz-Casanueva (1908), autor de doce libros de poemas y uno de los poetas más importantes de América Latina, acaba de publicar dos nuevos poemas-libros: El traspaso de la antorcha (Caracas: Equinoccio, 1984) y La aparición (Caracas: Plural, 1984). Desde su primer texto, El aventurero de Saba de 1926, el poeta chileno se ha caracterizado por una escritura que intenta reconstruir la identidad del Ser, perdida desde sus origenes. Por sus raíces filosóficas y su carácter hermético, esta poesía hecha de conjuros y exploraciones lingüísticas, ha sido lectura de minorías y no ha tenido

la divulgación que su originalidad merece.

La aparición, confirma el camino de sus libros anteriores, pero, como ha señalado Evelyne Minard, es también una de sus obras más complejas y extrañas. La fuerza desesperante que da atmósfera al poema, expresa una obsesión temática llena de fatalismo que parece enturbiar la totalidad del mundo del hablante. Por otro lado, pareciera que nunca antes, Díaz-Casanueva hubiera cantado al amor con tanta energía y al mismo tiempo con tanta desesperanza. El epigrafe de por si problematiza la escritura total. ¿Qué relación tiene la "aparición" del poema con esa Beatriz que sumerge al poeta en las aguas redentoras? Ya en la primera parte se advierte una carencia que se exterioriza a través de los sentidos y que se expande en imágenes de impotencia y esterilidad: "Tengo hambre / hambre demente en la boca / en el chasquido del Ojo / en los pies / febricitantes (. . .) Me está punzando la piedra que / da luna. . ." Las imágenes vuelven una y otra vez a expresar la contradicción central que muestra la alegría de vivir y la exaltación generadora ("Me dan ganas de besar gaviotas", "quemadura del león que me dilata") por un lado y una angustia llena de impotencia ("porque tambaleo en mi imagen", "vienen días inconclusos") por otro. Frente a este dualismo, la aparición es "milagrosamente cierta" y cumple la misión posible de rescatar al hablante de la petrificación total. El texto lo señala con los versos: "Me dicen / si ella ha llegado alguien / no puede morir todavía". La aparición tiene por misión, ahuyentar a la muerte ejerciendo un nuevo tipo de exorcismo cuyo destino consiste en el regeneramiento vital simbolizado por el agua: "Comamos / partamos esta piedra musgosa / vomitemos en todos los charcos". Sin embargo, poco a poco la certidumbre de este recomienzo,

dado por la aparición se va desvaneciendo y es reemplazada por la premonición más certera de la muerte dada por la "joven borracha sin mejillas / vestida de percal" y por el "gemido del agua hermética" sin cauce ni salida. Esta ilusión que se desvanece, se reitera con la imagen de los fuegos fatuos y los símbolos de desintegración:

grietas, sombras, anillo pulverizado.

El poema circula dentro de una atmósfera que se va haciendo más angustiante en la medida que la aparición confirma lo que ya el hablante sabía de antemano: que ella, cualquiera sea la forma que revista, no puede salvar al hablante de las determinaciones temporoespaciales que lo circundan. En esta lucha contra el tiempo, en que el ser integro se siente amenazado en su potencia sexual y espiritual, no sirven de nada ni la memoria de la historia ni la creación poética. Por eso "el canto es el quejido de la voz / el sonido de las encías coloradas" y para el hablante la luz es dañina y bebe agua árida que no puede calmar su sed. Cada intento de superar su corporeidad en el aqui y el ahora, se ve contrarrestada por un debilitamiento de los sentidos, que es como una dealéctica negativa del deseo de vivir y gozar en plenitud de los mismos. La imagen de los trenes repletos de sombra anuncia la degradación y la desesperanza del final. El hablante exclama desesperado: "DOTO a mi vida de

pasión redentora que lo salve. Pero todo es inútil y la pasión del acto sexual se convierte en un reencuentro con su propio origen y final a través de la imagen de las "aguas uterinas" y el "tañido de unas venas cortadas". El amor es sólo "un fuego destrozado" donde "vida y muerte tienen una sola orilla" Hacia el final, el texto se llena con la presencia feroz de la muerte, ya que el conjuro de la aparición no es suficiente para cambiar el designio inexorable del tiempo. Trenes y túneles llenos de noche, anuncian la mutilación final de la vida, mientras la memoria del poeta busca en la matriz el reencuentro con la nada, que es la otra cara de la potencia encarnada en la aparición. En La aparición, se vislumbra la posibilidad de superar la condición temporal del hablante, por medio de una visión que es agente amoroso y regenerador con el que éste busca identificarse y trascenderse a si mismo para recuperar su potencia. Pero este intento fracasa, ya que el triunfo sobre el tiempo es ilusorio y la

una esperanza agónica", comparándose a Cristo en su deseo de una

intento fracasa, ya que el triunfo sobre el tiempo es ilusorio y la aparición es sólo la última mensajera de la sombra y el espejo inflexible de su destino mortal. Con este poema de estremecedora belleza y desesperación y esta aparición-musa de revitalizadora poesía, Díaz-Casanueva, nos enfrenta a problemas esenciales del ser—tiempo, muerte— al mismo tiempo que nos demuestra que su producción literaria mantiene una fuerza y originalidad incontrovertible. **

Pedro Bravo-Elizondo, LOS "ENGANCHADOS" EN LA ERA DEL SALITRE, Madrid, Ediciones Literatura Americana Reunida, 1983, 103 pp.

por Andrés Sabella.

La historia de los "enganches" salitreros ha provocado numerosos estudios que detallaron la verdad de esta forma de atraer brazos fuertes para el trabajo de la industria, entre los años 1830-1930. Pedro Bravo Elizondo, iquiqueño, doctorado en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Iowa y, actualmente, profesor de la Universidad Estatal de Wichita, publica Los enganchados en la era del salitre, ocho partes en que se entrelazan sus alcances y análisis, con páginas de escritores que abordaron el tema. (A. de Guafra, Carlos Pezoa Véliz, Mariano Latorre, Alejandro Escobar y Carvallo y Andrés Sabella).

Las faenas calicheras exigian que quienes laboraban alli, fuesen capaces de soportar la aspereza de la región y de las tareas que la desarrollaban. Para decidir a los futuros "enchanchados" fue preciso tentarles con una esperanza fuerte: la de ganar, fácilmente, y en gran cantidad, los esquivos pesos que se ofertaban en otras

labores del país.

Entró, entonces, en escena un personaje clásico y legendario: el "enganchador", un artista en la obra de convencer y conmover a los jóvenes que ansiaban una "vida mejor" que la de sus ranchos y conventillos. A. de Guafra, en crónicas aparecidas en "El Despertar de los Trabajadores", de Iquique, (noviembre de 1917), los llama "los arrieros del carneraje humano".

Alejandro Escobar y Carvallo escribió, en Tocopilla, en 1906, el poema "La Pampa de Chile". En 1905, en "Hacia allá...", Victor Domingo Silva describia lo que era ésta y la épica de sus

trabajos. Escobar la pintó así:

Allí trabaja la inhumana gente, | luchando a brazo con la "costra" dura. | El sudor baña la tostada frente, | y tiembla la viril musculatura.

Y, en 1896, Clodomiro Castro publicaba, en Iquique, el poema "Las Pampas Salitreras", descubierto, casualmente, por nosotros en la Biblioteca Nacional, en julio de 1942. Lo consideramos el primero de la Literatura Nortina que trató el tema, expuesto en cinco cantos de versos "rasos".

iPobres obreros! en confusa mezcla | con la esposa, los chicos y los "monos", | apenas hay a sus cansados lomos | lugar estrecho

donde reposar, (El Campamento).

Pedro Bravo Elizondo, con rigurosa documentación y claridad, actualiza una de las fases más dramáticas de la explotación en esta industria, que durante veinticuatro años (1890-1914), concentró 138.805 obreros (Oficina Central de Estadísticas, 1916).

Diamela Eltit, LUMPERICA, Santiago, Las Ediciones del Ornitorrinco, 1983, 195 pp.

por Marjorie Agosín, Wellesley College

Al hablar de novela femenina chilena, o mejor dicho, la novela escrita por mujeres, los únicos nombres que continúan en los escaparates de librerías y en las empolvadas cubiertas de los libros son los de las indiscutibles Bombal y Brunet. No olvidemos que ambas incursionan en el terreno de la novela en las décadas de los treinta y cuarenta. Actualmente en Chile, al hablar de novela escrita por mujeres, caemos en numerosas interrogantes y desconcertantes silencios que no pueden dejar de preguntarse ¿hay novelistas mujeres en el Chile de hoy?, ¿la mujer que escribe novelas continúa en esa milenaria tradición del silencio y el susurro, de la escritura a hurtadillas?

Es fácil encontrar poetisas pero no mujeres que escriban largas novelas. Al menos esta es la situación en Chile, verificable por la cantidad de estudios y textos donde simplemente no aparecen las

novelistas.

Todo este preámbulo que a mi me parece necesario, es para llamar la atención sobre el surgimiento de una nueva novelista y una nueva novela: Lumpérica de Diamela Eltit. Sugestivo título netamente femenino, porque intuimos que alude a "lumpen" y posiblemente a América, matriz tierra que engendra a nuestro continente. Lumpérica es ambas cosas: la historia de una mujer del lumpen denotada en el texto por la configuración: L Iluminada. También es una mujer marginada de América, desposeida de bienes, de identidad, mujer-lumpen, mujer vagabunda en una fantasmagórica plaza en Santiago de Chile circundada por otros marginados: Aparecen en extraños ropajes... más bien una suma de trapos los envuelve. (p.26)

La definición más cercana a un posible argumento en Lumpérica es la ambigua historia de una mujer en una plaza asediada por extrañas presencias y vivencias, donde ella misma es una interrogante en un lugar público que parece ser el único sitio posible para su existir, Está enferma o más bien se enferma de estar en ese estado (p.29). Porque esa "permanente enfermedad", esa condición de mujer-lumpen, mujer que permanece en la inmensidad de la plaza es el único espacio narrativo vital del texto. Sin embargo, de la infatigable presencia de L Iluminada aparecen sub-historias, subtextos, sub-fragmentos que vuelven, no obstante, a gravitar dentro

del espacio de dicha plaza.

Una de las sub-historias más fascinantes, es la de un interrogador y un interrogado. El primero siempre pregunta por L Iluminada, por mendigos, locos, esperpénticos habitantes de una plaza pública que se torna cada vez más en un espacio amenazador. El interrogador podría leerse como el torturador que asedia al Chile de hoy, la victima, el ciudadano indefenso que contesta por el terror al silencio. El trasfondo y el fondo de todas las escenas es la plaza que se ve fantasmagórica como algo irreal para ejemplificar un sitio de opereta o un espacio para la representación (p.40).

El espacio representado en Lumpérica es múltiple y las escenas aparentemente inconexas, están seguidas por otras escenas que tienden a explicar o a reivindicar lo escrito anteriormente. Por ejemplo, cada escena está acompañada por acotaciones como: Comentario, indicación, errores. Todos estos vocablos aluden a la palabra escena y esta es precisamente la estructura de Lumpérica, estructura como escena fragmentaria cinematográfica, pero también literaria ya que cada escena o mejor dicho cada narración de la escena es una re-elaboración de la anterior. Confluyen en este libro, el texto o la historia de una mujer anónima en la plaza pública, luego su caída en el sentido físico y literal. Esta caída está acompañada nuevamente por el interrogador que no es otro que un torturador, en la plaza: un espacio circunscrito y reglamentado. Una vez que se la ha conocido bien se percibe inmediatamente cualquier extrañeza. (p.130)

El lugar es la circunferencia de otra historia o mejor dicho una posible lectura: Chile, el espacio cerrado amenazador como la

plaza solitaria en el toque de queda y la mujer L lluminada con un trozo de cal en su mano intentando escribir la historia de lo que no se pudo decir, porque al final del texto se mutila, desaparece. Deciamos que en Lumpérica confluye la historia central de L Iluminada, la reflexión de la historia como quien hiciera una película por medio de cortes y superposiciones sistemáticas. También Lumpérica, al postular o elaborar sobre lo dicho, es una obra de intensa reflexión sobre la escritura que no es uniforme sino que se va modificando, gestando, naciéndose. Es la historia de L Iluminada como asimismo una colección de poemas que no siempre siguen la lógica de un discurso racionalmente construïdo sino más bien, nos inducen a reflexionar y a hacer acotaciones y proyecciones hacia el interior de esa plaza que circunscribe al texto, pero también lo abre a numerosas especulaciones y posibilidades. Lumpérica es una novela difícil, o no entiendo a Lumpérica. Todos estos cánones nos fallarían porque aquí la escritura es una aglomeración, un núcleo de tejidos que abarcan lo erótico, lo violento, lo monstruoso de la represión y por cierto, la poesía. Leerla no es tarea fácil pero sí necesaria para comprobar como trabajan las novelistas chilenas en la actualidad y a la vez para cerciorarnos que a lo mejor esta novela nos incita a proponer una nueva manera de leer, al darnos cuenta que Lumpérica es un discurso diferente, la voz de una nueva mujer. *

Victor M. Valenzuela. ANTI-UNITED STATES SENTIMENT IN LATIN AMERICAN LITERATURE AND OTHER ESSAYS. Bethlehem, Pennsylvania, Moravian Book Shop, 1982, 90 pp.

por Pedro Bravo-Elizondo, Wichita State University

"Los norteamericanos tienen tal insufrible arrogancia, que rehusan tomar en serio cualquier investigación o crítica de nuestra sociedad" expresó en una entrevista el profesor Henry Nash Smith de la Universidad de California, Berkeley. Todo ello proviene, según el mismo profesor del concepto de "Destino Manifiesto" término acuñado en 1840 por un editor, en los tiempos en que había un gran deseo de conseguir más territorio. Desde el punto de vista literario, no deja de tener razón nuestro citado profesor, pero olvida un hecho aún más importante que Víctor Valenzuela destaca en su obra: la "Doctrina Monroe" nacida el 2 de diciembre de 1823, para malaventura de América Latina. Diríamos que ambos términos se complementan, pues el uno encierra en sí una connotación moral, mientras que el otro denota una acción político-militar, un equivalente del "A Dios rogando, y con el mazo dando." Tal concepto justificó para diversos presidentes de USA, la intervención en América Latina, convirtiéndose así en guardián de los países latinoamericanos. El ejemplo más reciente es la "Operación Rescate" en Granada, denominada "Invasión" por los periodistas I norteamericanos, pese a ser amonestados por tal predicamento, por la Casa Blanca.

Con este marco de referencias, el profesor Valenzuela analiza la Doctrina Monroe en América Latina, la intervención de los Estados Unidos en Chile, el sentimiento antinorteamericano en la literatura de nuestros païses, para ofrecer finalmente una interpretación de lo que nos separa y diferencia con los EE.UU. del Norte. El análisis literario de Valenzuela abarca trabajos de este siglo, para limitar sus observaciones al presente: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Enrique Laguerre, Carlos Luis Fallas, Miguel A. Asturias, César Vallejo, José Arévalo, Fernando Alegría, Antonio Skármeta, Poli Délano, etc., son algunos de los autores citados en su estudio. Lo que prueba el libro de Víctor Valenzuela es la gravitación del entorno por sobre la ficción literaria, a la vez que resalta la función del escritor en América Latina, siempre solidario con su gente y

su tiempo histórico. Las fuentes bibliográficas citadas en el estudio que comentamos, tal vez convenzan al lector norteamericano de la seriedad y profundidad del trabajo del profesor Valenzuela. Nosotros no necesitamos tal convencimiento, pues sufrimos en carne propia la arrogancia de ciertos líderes de este gran país. Aquí estriba el mérito del trabajo: difundir, propagar, recordar al norteamericano medio el por qué del sentimiento antinorteamericano en América Latina. Así guizás, en un futuro no lejano, logremos entendernos gracias a nuestras diferencias. *

33

LITERATURA CHILENA

CREACION Y CRITICA

APARECE 4 VECES AL AÑO **DESDE ENERO DE 1981**

INVIERNO Enero / Marzo PRIMAVERA Abril / Junio VERANO Julio / Septiembre OTOÑO Octubre / Diciembre

SUBSCRIPCIONES:

INVIDIDUALES:

1 AÑO \$ 16.-

2 AÑOS \$ 28.-

3 AÑOS \$ 40.-

INSTITUCIONES:

1 AÑO \$ 22.- P.O.Box 3013

Hollywood, Ca. 90078 2 AÑOS \$ 40 .-

U.S.A. 3 AÑOS \$ 58.-

LITER ATUR A CHILENA en el EXILIO

COLECCION COMPLETA PUBLICADA DESDE SU INICIACION HASTA SU TERMINO

14 NUMEROS EN TOTAL 3.1/2 AÑOS Desde ENERO de 1977 hasta ABRIL de 1980

COLECCION COMPLETA

Personal

\$ 44 -

Instituciones

\$ 60.-

Solicitela a nuestra dirección postal

P.O.BOX 3013

HOLLYWOOD, CALIFORNIA 90078, USA.

TRADICION Y MARGINALIDAD EN LA LITERATURA CHILENA DEL SIGLO XX.

Aneios No. 1 de LITERATURA CHILENA, creación y crítica.

Editado por Lucia Guerra-Cunningham y Juan Villegas.

Trabajos de: Juan Armando Epple / Nain Nomez laime Quezada / Poli Délano / David Valjalo Juan Gabriel Araya / Hernán Lavín Cerda René Jara / Jorge Hernandez-Martin / Ivonne Gordon / Peter Roster / Fernando Alegría.

Selección de los trabajos del Simposio de Literatura Chilena Contemporánea realizado en la Universidad de California, Irvine, del 18 al 23 de Octubre de 1982.

Valor \$ 5. Solicitelo a nuestro P.O.Box 3013 / Hollywood, Ca. 90078

ARAUCARIA

DE CHILE

Dirigida por VOLODIA TEITELBOIM Secretario de Redacción CARLOS ORELLANA

La Correspondencia, pedidos, envío de valores dirigidos a nombre de Revista Araucaria Apartado 5056, Madrid 5, España.

Valor de subscripción:

Un año\$ 24.00

Dos años....\$ 45.00

Tres años... \$ 65.00

En los EE.UU.

Araucaria de Chile P.O.Box 497, Cathedral Station. New York, N.Y. 10025

CARTA DEL EDITOR

Con el presente número (No.30, Octubre / Diciembre 1984) la revista cumple ocho años de publicación. Pese a todas las dificultades que nuestros lectores deben suponer, tratamos de continuar en esta labor, a pesar que los inconvenientes sobre todo de carácter económico producen obstáculos que constantemente han atrasado la publicación de los números en la fecha oportuna, pero que en todo caso han salido a la luz pública.

El fallecimiento del novelista Alberto Romero años atrás, lógicamente nos preocupó y fue materia de solicitar a algunos colaboradores un trabajo sobre don Alberto. De Carlos Droguett teníamos pendiente estas páginas que por la capacidad de la

revista no habíamos podido incluir. Este es un justo y merecido recuerdo.

Diversos poemas de diez autores se incluyen en esta selección de poesía y acogiendo la insinuación de algunos lectores consideramos poetas de otras nacionalidades. En esta selección figuran Francisco Viñuela, exiliado en Quebec, Canada, quien tenemos entendido tiene dos novelas inéditas. Eddy Rafael Pérez, venezolano, tiene a su haber tres libros de poemas. El último de ellos se titula Yo quisiera que me escribieran una carta desde cualquier lugar del mundo. Desde tu alma, si es preciso. Ramón Riquelme escribe desde 1965 y los poemas que seleccionamos han sido tomados del libros del Maitén N*5, Los Castigos. Alberto Pipino (Buenos Aires 1942) ha publicado Espeso País con prólogo de Juan Gelman. Actualmente vive en París. Jorge Campero, en Ediciones Paternos de La Paz, Bolivia, recientemente ha entregado Arbol Eventual. Raúl Barrientos, constante colaborador de esta revista, no necesita mayores antecedentes. Recientemente se ha trasladado de Nueva York a Pennsylvania. Raúl Inostroza, poeta y ensayista, es profesor de California State University en Long Beach. Sebastián Nómez en un volumen junto con Naín, titulado Escrito para un lugar de reunión (Toronto, Canada, 1983) se inicia como poeta. Desconocemos su edad exacta, pero sabemos que no es adolescente todavía. El libro está ilustrado por él. De Pedro Meléndez ya hemos publicado algunos poemas. Es profesor en Boulder, Colorado. Sergio Badilla (Valparaíso 1947) formó parte del grupo Taller de Estocolmo. Recientemente la editorial LAR le ha publicado Cantonírico.

En narrativa entregamos tres cuentos de autores residentes en el país. Las tres narraciones son completamente diferentes en su temática, y lo hemos preferido así, para poder precisar qué es lo que se publica dentro de las fronteras. Antonio Montero Abt tiene publicados Nos vemos en Santiago y Asunto de familia. La Editorial Universitaria recientemente aumentó estos con El Círculo Dramático. Guillermo Trejo, anteriormente el poeta Alonso Laredo, ha sido editado por Taller Nueve bajo el título La casa del descalzado. Fernando Jerez residió en México por largo tiempo y ha re-editado Así es la cosa con Ediciones Cerro

Huelén. La primera edición fue de Editorial Samo, México D.F.

De Poetas Chilenos en España damos los antecedentes en la introducción de esta muestra que incluye a Gonzalo Santelices, Bruno Montané, Roberto Bolaño, Sergio Macías, Sergio José González, Santiago Alcalá y Radomiro Spotorno Oyarzún (páginas 18 a la 21).

En teatro publicamos del dramaturgo Jorge Díaz un fragmento de Pedro Rojas. (Siempre César Vallejo, una vez más antologado.) En este número terminamos la serie de *Conversaciones con Matta*, valiosas entrevistas realizadas por Eduardo Carrasco en su exilio en París al pintor Roberto Matta sobre quien solamente agregamos como antecedente que fue el más joven de los firmantes del Manifiesto Surrealista encabezado por André Breton; el único chileno y en este momento el único sobreviviente de los que estamparon su firma en dicho manifiesto.

Continuamos con las referencias bibliográficas iniciadas en números anteriores. Esta vez el profesor Dario A. Cortés nos entrega

un completo trabajo sobre esta materia relacionada con los cuentos del prosista Manuel Rojas.

Son cinco las crónicas de libros en esta oportunidad. El poeta Naĭn Nómez se refiere al libro *La aparición* de Humberto Dĭaz-Casanueva, quien regresó al paĭs despues de larga residencia en New York, donde fue hasta 1973, Embajador de Chile en Las Naciones Unidas. Sobre el libro de Pedro Bravo-Elizondo titulado *Los "enganchados" en la era del salitre* hace referencia el también nortino Andrés Sabella, de quien recordamos su novela *Norte Grande*. Marjorie Agosĭn escribe sobre *Lumpérica* de Diamela Eltit; Bravo-Elizondo se refiere al libro de Vĭctor M. Valenzuela que dice relación con el sentimiento anti-norteamericano en la literatura nuestra y Jorge Etcheverry desde Ottawa comenta el libro *Seudónimos de la muerte* del poeta Gonzalo Millán, quien residió en Canada y también está de regreso. Para terminar con libros entregamos una lista parcial de una página completa de algunos de los últimos libros recibidos. Hubiésemos querido ampliar esto pero como buen editor agregamos una queja más de las que nunca faltan, refiriéndonos a las pocas páginas de esta revista.

Las citas de la contraportada corresponden a Santiago Arcos y Alejandro Venegas, citas del Chile de antes que cobran actualidad. De don Francisco Goya y Lucientes, el eterno Goya, nos permitimos reproducir e ilustrar este número. Algunas son de El 2 de

mayo y Los Fusilamientos y otras, de su serie de litografías Los desastres de la querra.

Dewil Varjano

LITERATURA CHILENA creación y crítica

Vivían pacificamente en Concepción los ciudadanos Rojas, Tirapegui, Lamas y Serrano - sin esperanzas después de las derrotas sufridas por el partido que habían sostenido, se dedicaban a sus asuntos personales, sin pensar, sin desear otra cosa más que vivir olvidados - pero nuestro gobierno no quiere tan sólo mandar sin que lo incomoden - ahogar todo pensamiento - matar todo patriotismo; quiere más, quiere satisfacer sus caprichos, quiere que le paguen los medios que ha tenido - los malos ratos que le han hecho pasar - nuestro gobierno se venga, es rencoroso como un corso y usa medios de que se avergonzaría una ramera.

Santiago Arcos | Carta a Francisco Bilbao enviada desde la cárcel | 29 de octubre de 1852

Pero queremos que Chile sea una excepción y le estamos preparando el terreno, en lo cual hemos obrado con tal acierto que, en menos de 20 años, gracias a leyes absurdas que favorecen al magnate a expensa del proletario, hemos conseguido encarecer la vida a tal punto que morirse de hambre y de miseria ha dejado de ser aquí una expresión figurada.

Alejandro Venegas (Dr. J. Valdés Cange) | Sinceridad. Chile íntimo en 1910.